

José González Castillo y Alberto T. Weisbach (Fot. Zuretti y Fiorini)

BAMBALINAS
REVISTA TEATRAL
BALCARCE 345 Buenos Aires
No. 52

Acquaforte y Los dientes del perro

2.ª edición Con el estilo "¿Qué has hecho de mi cariño?"

BAMBALINAS

Obras publicadas:

N.º 1: **EL COMPLOT DEL SILENCIO**, de Iglesias Paz. (Agotada).— N.º 2: **LAS DE ENFRENTE**, de Mertens. (Agotada). — N.º 3: **EL FESTIN DE LOS LOBOS**, de Cayol. (Agotada). — N.º 4: **FRUTA PICADA**, de García Velloso. (Agotada). — N.º 5: **TARJETAS DE PESAME**, de Duhau. (Agotada). — N.º 6: **AMALIA**, de Castellanos. — N.º 7: **LA CHUSMA**, de Novión. — N.º 8: **LAS DE SARRASQUETA**, de Pellerano. — SUPLEMENTO: **LA HORA DEL BALCON**, de Mertens. — N.º 9: **EL SARGENTO PALMA**, de Coronado. (Agotada). — N.º 10: **LAS TERMAS DE COLO-COLO**, de García Velloso. (Agotada). —N.º 11: **LA FAMILIA DE MI SASTRE**, de Mertens. — N.º 12: **EN FAMILIA**, de Sánchez. (Agotada). — N.º 13: **LA ESPADA DE DAMOCLES**, de Discépolo y de Rosa.

N.º 14: **EL NOVIO DE MARTINA**, de Darthés y Damel. — N.º 15: **LA MONTAÑA DE LAS BRUJAS**, de Sánchez Gardel. (Agotada). — N.º 16: **TRABAJO FINO**, de Darthés y Damel, y **LAS CURAS MILAGROSAS**, de Ortiz Grognet.— N.º 17: **EL TREN DE LAS 10.30**, de Mertens. — N.º 18: **JUSTICIA DE ANTAÑO**, de Coronado. (Agotada). — N.º 19: **LA DAMA DE COEUR**, de Iglesias Paz. — N.º 20: **EL ANZUELO**, de Cayol; **DIPLOMACIA CONYUGAL**, de Iglesias Paz; **AQUELLA NOCHE...**, de Casariego, y **EL TIRANUELO**, de Aquino. —Número 21: **EL GAUCHO ROBLES**, de Saldías y Casariego. (Agotada).— N.º 22: **DIOGENES**, de Soria. (Agotada). — N.º 23: **EL MOVIMIENTO CONTINUO**, de Discépolo y de Rosa. (Agotada). — N.º 24: **LA CONQUISTA**, de Iglesias Paz. — N.º 25: **EL MARIDO DE LA VIUDA** y **EL MANDATO DIVVINO**, de Duhau. — N.º 26: **¡HECHIZAO!**, de Aloisi (de nuestro concurso), y **DOÑA ROSARIO**, de Novión.

N.º 27: **LOS INTEGROS**, de Uria y Cuevas (de nuestro concurso), y **NIÑERIAS** y **EL PRIMER HIJO**, de Nicolau Roig. — N.º 28: **EL PECADO ORIGINAL**, de Iglesias Paz; **LA PRIMERA DISCORDIA**, de Mertens, y **TIERRA BARBARA**, de Bourel Allen (de nuestro concurso). N.º 29: **LOS LOCOS DEL 4.º PISO** y **EL PRINCIPE SOÑADO**, de Collazo. — N.º 30: **EL NOVIO DE MAMA**, de Discépolo y de Rosa. — N.º 31: **LA BAMBOLLA**, de Martínez Cuitiño. — N.º 32: **EL DISTINGUIDO CIUDADANO**, de Saldías y Casariego. — N.º 33: **LA CARABINA DE AMBROSIO**, de Mertens. — N.º 34: **LOS MUERTOS**, de Sánchez. (Agotada). — N.º 35: **LA ENEMIGA**, de Iglesias Paz. — N.º 36: **EL CABALLO DE BASTOS**, de Saldías. — N.º 37: **EL TANGO EN PARIS**, de García Velloso. — N.º 38: **FACUNDO**, de Peña. — N.º 39: **ENTRE EL HIERRO**, de Discépolo.

BAMBALINAS
REVISTA TEATRAL
PUBLICA EN CADA NUMERO UNA OBRA DE EXITO EXTRAORDINARIO DEL TEATRO NACIONAL
Administración y Dirección
BALCARCE 345
U. T. 232, AVENIDA
APARECE
LOS SABADOS
FUNDADOR:
FEDERICO MERTENS
ADMINISTRADOR:
NEMESIO A. FERRARI
No. 52 (SEGUNDA EDICION)

Nuestra segunda edición

Al lanzar a la circulación esta segunda edición, cumple *Bambalinas* con el grato deber de expresar una vez más su agradecimiento a los autores, que confiados en nuestra probidad nos entregan sus obras para ser publicadas, y a las lectores que día a día corroboran la buena fé que hemos puesto al servicio de empresa tan noble, alentándonos con su creciente favor y con sus palabras de entusiasta adhesión.

Como hemos dicho en ocasión anterior, *Bambalinas* no fué nunca, ni lo será jamás lucrativo negocio, por lo tanto, no omitimos esfuerzo ni - erogación que pueda traducirse en provecho del teatro nacional y en satisfacción de nuestros lectores. Por eso hoy, llenos de legítimo orgullo, podemos decir que *Bambalinas* puede competir ventajosamente con todas las publicaciones teatrales; inclusas aun aquellas de elevado costo.

A BAMBALINAS
se le imita: jamás se le iguala.

745

José González Castillo y Alberto T. Weisbach

ACQUAFORTE

Trazos fuertes de la vida del Riachuelo, en un acto y dos cuadros

Estrenada en el Teatro Nacional por la compañía Vittone—Pomar el 20 de Septiembre de 1917

REPARTO

Santuza	Sra.	M. E. Pomar	Pipirichio	Sr.	Marcelo Ruggero
Vecchia Catherina	»	Aurelia Ferrer	Papparullo	»	R. Bracigliano
Carmen	»	Olinda Bozán	Comisario	»	Samuel Giménez
Casiana	»	Sabina Vittone	Oficial	»	Angel Baamonde
Pietro Sotile	Sr.	Luis Vittone	Practicante	»	Heraclio Sena
Vanni	»	Segundo Pomar	Cabo	»	Juan Zorzoli
Cumpá Petro	»	José Franco	Agente	»	Luis Alfaro
Chicho	»	Alfredo Camiña	Invitados, músicos, etc.		

La acción en el Riachuelo. (Buenos Aires)

ADVERTENCIA

El lenguaje que se habla en esta pieza no es, precisamente, el napolitano que llamaremos puro o de ciudad, sino esa jerga que constituye la mezcla de los dialectos meridionales en nuestros bajo-fondos italianos. No está, pues, sujeto a ortografía alguna, sino simplemente a las necesidades de su fonética, y, por momentos, a las de su pronunciación figurada.

De la observación o conocimiento que los artistas tengan de ese lenguaje, tipos y costumbres, dependerá la mayor o menor verdad de su interpretación.

Los Autores.

Cuadro primero

La escena representa el interior de una casa de napolitanos en la Boca del Riachuelo. Puertas practicables a derecha e izquierda, que se suponen pertenecen a otras tantas habitaciones de madera y de las cuales se baja al patio por unas pequeñas escaleras fijas de 3 o 4 peldaños. Las piezas tienen patas de madera, como las antiguas casas lacustres. A foro, a la izquierda, casino de madera con puerta vidriera hacia el patio, con un letrero que dice: "Cantina de Vini Italiani". Este casino debe ocupar más de la mitad del foro. El resto debe constituirlo la entrada a la casa, especie de cerco con puerta, hecho de duelas de bordalesas, amarradas con alambre. A través de este cerco se verá una perspectiva del puerto (Riachuelo), con su maremágnum de mástiles. Está oscureciendo y deben ya verse encendidos los farolitos de los barcos. La escena está adornada con faroles chinescos y guirnaldas de papel, como acostumbran ornamentar sus casas los napolitanos el día de la Madona.

Casiana y Carmen. Luego Vecchia Catherina

(*Al levantarse el telón se oirá un coro de voces masculinas, que, en la cantina, entonan sin música la popular canción italiana "Oh, la violeta" u otra cualquiera, mezclándose a las voces del canto los gritos de los jugadores de murra. Entran de la calle doña Casiana y Carmen, ambas llevando sobre la cabeza enormes atados de ropa, manteniéndolos en equilibrio con las manos en jarra, como hacen las lavanderas. Doña Casiana traerá además un ramo de flores en el atado de ropa*).

CASIANA.—(*Dejando en el suelo su atado frente a una de las puertas de la derecha. A Carmen*). Bueno, che gringa; llevá esa ropa adentro, que

no se la vayan a robar... Y preparate, ¿no? Porque vos también sos de las invitadas. Yo voy a arreglar el patio.

CARMEN.—¿Me ne pongo la bata rosa o la bianca?

CASIANA.—Ponete la blanca. ¿Dónde has visto ir a un baile con bata rosa?... En tu tierra...

CARMEN.—¡Ma qué tierra! Yo siempre me né ido a la matiné de la Verdi con la rosa, me né ido...

CASIANA.—Bueno. Aura no vas a la Verdi. Ponete la blanca o te la quito...

CARMEN.—(*Levanta el atado*). E que a Pietro le né gusta má la rosa, le né gusta... (*Mutis por derecha*).

CASIANA.—(*En la puerta de la cantina*). ¡Doña Catalina!... ¡Doña Catalina!... (*Sale ésta. Tipo de napolitana vieja*). ¿Y qué hace, pues? ¿Todavía no ha arreglao el altar? Aura no más comienzan a cair los invitados...

CATHERINA.—Eh, tanto trabaco. ¿E dove ponime la Madonna?

CASIANA.—¡Aquí, pues! (*Señalando el sitio, entre las puertas segunda y tercera de la izquierda*). Con una mesita y un mantel hacemos el altarcito, y con estas flores lo adornamos. ¿Está Santuza?

CATHERINA.—Sí; se né está sirviendo a la cantina.

CASIANA.—Llamelá, pues. Entre las dos lo arreglaremos. ¿Cómo es posible que festejemos a la Madonna del Carmen y no le hagamos ni un miserable altarcito?...

CATHERINA.—¿Ga envetate a molti ragazze?

CASIANA.—¡A casi todas las del barrio... Y aura no más cain! En la cantina va ha de haber una punta de paisanos, ¿no?...

CATHERINA.—Sí; sonno diversi.

CASIANA.—Güeno; llámela a Santuza, no hay que perder tiempo.

CATHERINA.—(*Llamando*). Bene... ¡Ei, Santuza!... ¡Vieni cá! Stá doña Casigana... (*Mutis por izquierda*).

Casiana y Santuza. Lüego Vecchia Catherina

CASIANA.—Buenas tardes... ¿Cómo te va?

SANTUZA.—Buenas... ¿Cómo le va? ¿Tan temprano?...

CASIANA.—¡Qué temprano ha de ser, muchacha, si son más de las siete! Aura no más llegan las invitadas. Fijate que me juí a los tres conventillos de la güelta de Rocha y me las invité a todas... Va a ser una fiesta así. (*Ademán*). Tu tata va a vender vino hasta decir basta...

SANTUZA.—¿Y esas flores?

CASIANA.—Son para adornarle un altarcito a la Virgen. ¡Vos comprendés!... ¡Cómo vamos a celebrar el día sin acordarnos de la pobre! Vamos a hacerlo aquí... (*Toma una de las mesitas que habrá en el patio y la coloca en el sitio indicado*). Tráite un mantel limpio y dos botellas vacías, che, o si tenés dos floreros... (*Santuza entra a la cantina, saliendo a poco con lo que le piden. Vecchia Catherina sale por donde entró con una oleografía de la Virgen del Carmen*). ¡Güeno!... (*Arreglando el altar*). Aura le ponemos estas flores aquí... y hemos cumplido con el santo... Lo demás es cuenta de las muchachas. (*A Santuza*). ¿Tu hermano va a tráir los músicos?

SANTUZA.—Sí; me dijo que iban a venir temprano.

CATHERINA.—Tuo patre, ¿stá solo?...

SANTUZA.—Sí; vaya usté, mama, a ayudarlo...

CATHERINA.—Cú permesso...

CASIANA.—Atienda no más... Con Santuza nos arreglaremos... (*Mutis de Catherina a la cantina. Cuando quedan solas*). ¿A que no sabés quién va a venir?

SANTUZA.—No, pero me lo supongo... ¡Vanni!...

CASIANA.—El mesmo. Desde que supo que íbamos a dar un baile, no

hace más que preguntarme que cuándo es; si se lleva a cabo; si vas a estar vos... ¡Cómo te quiere, che!. ¡Cada día está más metido!...

SANTUZA.—¿Y va a venir esta noche?

CASIANA.—Sí; así me lo dijo, y me mandó que te avisara. El martes se embarca en el "Póvera Margherita" y creo que pa mucho tiempo.

SANTUZA.—¡Pues hace muy mal en venir!

CASIANA.—¡Cómo! ¿Muy mal? ¿No querés verlo ya?...

SANTUZA.—No, no es eso...

CASIANA.—¿Entonces?...

SANTUZA.—Es que.. usted sabe hasta qué punto hemos llevado esas relaciones... Y yo tengo mucho miedo de que esto concluya mal, muy mal...

CASIANA.—¡Bah! ¿Por qué, zonza?

SANTUZA.—¡Por que mi hermano ya lo sabe o lo desconfía todo! Desde la pelea con Vanni las otras noches... anda así, serio, y me ha largao algunas indirectas que me hacen creer que lo sabe todo... Y usted lo conoce a Vanni...

CASIANA.—¡Bah! ¡Pavadas, che, pavadas!. Todos son lo mismo... Puros aspamentos al principio y después, cuando la cosa ya no tiene remedio, se ablandan como badana, se hacen los zonzos... y como los chanchos: ¡carne y uña!

SANTUZA.—No, doña Casiana, usted no conoce a mi hermano. Es de los de mi tata. ¿No ve que ni siquiera ha aprendido a hablar, con los años que lleva acá... ¡No, por favor! Vaya y dígale a Vanni que no venga, que antes de irse yo trataré de verlo, porque es preciso que esto se arregle; ¡pero que no venga, por favor! ¡Vaya, digaseló!... (*Aparece Chicho por el foro*).

CASIANA.—Pts... Callate... Tu hermano... (*Transición*). Güeno... Mañana te entregaré los manteles y las servilletas. Hasta luego... (*Mutis para su pieza. Chicho, que se ha parado en el centro de la escena, la ve irse, con gesto de marcada desconfianza. Chicho es el tipo del napolitano hosco y vengativo. Santuza se pone a arreglar las flores del altarcito, Chicho va hasta ella, quiere hablarla, pero al ver la imagen de la Virgen hace una semigenuflexión y se retira unos pasos. Aparece en la puerta de la cantina Cumpá Petro, viejito napolitano del verdadero tipo clásico*).

Santuza, Chicho y Cumpá Petro

PETRO.—(*Al ver a Chicho*). Chicho... ¿Cosa fae?... T'estano aspettando tutti i cumpá pe cominchare a festa... (*Chicho lo mira con sorna*). ¿Ma cosa riche, figlio mio?... ¡No stare cosí!... Oggi e la festa d'a Maronna du Cármine, e noi, i meridionali que vóleno a sua grazia, si débbeno lasciare tutti altri pensieri, qui non siano di ioia e di religgione...

CHICHO.—(*Tomándolo por un brazo y hablando en voz alta y marcadamente como para que oiga Santuza, mientras la mira con odio*). Dimi, patre: ¿se nell giorno d'a Maronna, uno meridionale ti fá beffa, pói di disonorati... cosa fae tú?...

PETRO.—(*Incorporándose*). A Maronna non vó la vendetta... Ma io, come patre, e si il disonore e al mio nome, ¡io lo concenso!...

CHICHO.—(*Con un gesto de alegría, mientras se muerde el dedo índice*). ¡Tú!...

PETRO.—Sempre qui si rispette il giorno... Perché la vendetta si pó fare anche cincue generazzione poi...

CHICHO.—(*Satisfecho y empujando al padre hacia la cantina*). ¡Bene!... ¡Iamo!...

PETRO.—Má... adesso voglio sapere...

CHICHO.—(*Insistiendo*). Dopo lo saprai tutto... ¡Iamo!... Io voglio parlare di cualque cosa có Santuza...

PETRO.—¡Sae, Chicho! A vendetta si pó aspettare...

CHICHO.—Lu só... (*Gritándole*). ¡Iamo!... (*Cumpá Petro se mete en*

la cantina. Aparece Casiana, con una plancha. Al verla, Chicho se pone a mirarla. Casiana se echa a cantar cualquier milonga, cambia su plancha y mutis. A Santuza). Santuza... ¿Cosa ti parlaba quista... signora?

SANTUZA.—Nada... de la ropa... de la fiesta de hoy... que van a venir muchas muchachas.

CHICHO.—¿E anche... Vanni?...

SANTUZA.—No me ha dicho nada de Vanni. ¡No sé!...

CHICHO.—(*Tomándola de la muñeca y haciéndola doblarse de dolor*). Non fingire... (*Siniestro*). ¡Lo só tutto! ¡Tuto!... Má, ti lo dico, Santuza, bisogna que i nostri patri ábbiano la festa in pace, ¿sae?... Que Vanni non venga cá, ¿sae?...

SANTUZA.—¿Y si él quiere venir, qué culpa tengo yo? ¿Cómo puedo impedírselo?...

CHICHO.—Tu poi dírselo... ¡Ya lo sae! Iio non voglio que venga cá... ¿Hai capito?...

SANTUZA.—Pero, ¿qué tenés, últimamente, que meterte en mis cosas? ¡Vamos a ver!...

CHICHO.—Non sonno le tue cose, sonno le nostra... E' il mio honore e il de tuo patre, ¡sae! Managgia la... (*Va a decir Madonna, pero mira la imagen, se contiene y se persigna. Luego, cambiando de todo*). Santuza... ascolta. ¡Non essere cosí! ¡Per la tua maronna! Dirle di non venire cá quista notte. Domani mattina, io lo chercaró, e si arrangiamo tutto, tutto. ¡Ti lo giuro!...

SANTUZA.—¿Qué vas a arreglar? ¿Por qué no hablás claro? ¿Qué vas a arreglar?... ¿Y cómo?... ¿Vas a peliarlo? (*Con rabia*). ¡Te matará!...

CHICHO.—¿A mé?... ¿A mé?... ¡Amazzarmi!... ¡Oh, Dío!... (*Se ríe siniestramente*). ¡¡Bene!!... ¡¡Va!!... ¡Chiámalo! ¡Qui venga cá!... ¡¡Vá!!... (*Le da un empellón que casi la hace caer de bruces y se dirige a la puerta de la cantina, resueltamente. Entra en ella con un saludo alegre y sonoro*). ¡Salute tutta la cumpañía! (*Mutis. Santuza queda sola en la escena, mirándole azorada. Luego reacciona y se dirige a la puerta de Casiana*).

Santuza y Casiana. Luego Sotile

CASIANA.—(*Sale*). ¡Che!... ¡qué bruto!... ¡Y parece que está cabrero de verdá!...

SANTUZA.—Sí. ¡Yo lo conozco! ¡Y aquí va a ocurrir algo terrible!... ¡Por favor! Vaya, digalé a Vanni que no venga, que yo a las... ¿a qué hora le diré?... A las ocho y media estaré en la vuelta de Rocha, frente a la cantina... Vaya, digalé que me espere... que no venga hasta que yo llegue...

CASIANA.—Pero tené en cuenta que si no vas...

SANTUZA.—¡Sí, iré!... ¡No tenga miedo!... En un descuido cualquiera me voy... total será cosa de un momento...

CASIANA.—¡Si es así, voy!...

SANTUZA.—No tarde, ¿eh?... ¡Vuelva en seguida!...

CASIANA.—En un minuto... (*Mutis por foro. Aparece, por foro, Pietro Sotile, un italiano acriollado y compadrón, elegantemente vestido*).

SOTILE.—Buena noche a toda la congorencia. ¿Come está Santuza?...

SANTUZA.—(*Fría*). Buenas noches. (*Mutis por izquierda*).

SOTILE.—Esta tana cascarienda, sá creide quien sabe qué... desde que el tane ese de Vanni le anta arrastrante el ala... ¡Total un tallarín cun pesto, e minga de menega!... (*Da un silbido largo y en forma de atención de clarín*).

Carmen y Sotile

CARMEN.—(*Saliendo*). ¿Has madrogade vos, para ver a to gringrida?...

SOTILE.—He madrogado per la fiesta... Yo sé lo que son tos paisanes pal morfe e pá lo rabiole...

CARMEN.—¿Antonce, per yo, no?

SOTILE.—¡Yo sé lo que te digue!... Llegare tarde a una fiesta de italianes, es come casarse con una viude. Tode se vuelva hablare de catáveros, come se dice volgarmente, de las botelles lequedades...

CARMEN.—(*Ríe*). Só más rana vos.

SOTILE.—E a la fuerza. Yo me he formao sole... Empecé cuntanto requechos en el Reachuelo y era una catita de diece añes cuante dentré al corralono del Raitú, pa lavare lo carro. Al poque tiempe, ya me diérono pescante e montar los cadeneres en el centre. No tenía quince abriles, cuanto me ne confiaban los anemales, pa llevarlos al herrajo, y por último, después de hacere la concrecione me né dieron las rientas, que lleve hasta hoy, gracias a Dios, de la chata ventedoso de la tropa... ¡Una carrera así, no la hace nencún tano de éstos!...

CARMEN.—Clare que no, me ratoncide. ¿E por qué te agaré esto cariño?... Nada más perché sos un muchacho con asperaciones...

SOTILE.—Salí; no macaniés... Vos, al prencipie, no me agarrastes nada... Si antabas queriéndole dar corte a "El Mugre". Negale, negale...

CARMEN.—¡E come no, que lo niegue! El me campaneaba. Me decía que me iba a dar la plata pa poner un tallere de planchado...

SOTILE.—E vos... ¿no jugabas nada?...

CARMEN.—Te lo juro que no. Me dejaba no má... Y de no... ¿Cómo iba a darle l'esquinase que le dí?... ¿No te arrecordás má, en la Verdi?... En cuanto te vide a vos, en aquellos lanceros... ¡Mamita!... Lo bailabas suelto, me acuerdo, la ibas de acá... (*Hace una corrida con las manos atrás*). Un salodite compadrite... y esta otra pasada... ¡Ay, Dió... Pero merá, se con decirte que estoy arrajontando meneguina pa poner el tallere... ¡Se me escapó!...; ¡e yo que quería darte la sorpresa! Bueno, ya lo dije... Porqué yo no quiero que hagás nada, me ratoncide, ¿sabés?... Nada más que ir conmigue a las sociedades...

SOTILE.—Lo sábado, lo mattené, é los domincos... ¡Yo no puede cortare mi carrera!...

CARMEN.—Pero, me ratoncide, siente come sos, on mochache de asperaciones... Serías dueño e no tendrías que dependere de nadie.

SOTILE.—Eso es cierde. Con tal de no tener padronos.. perche yo soy socialisda, ¿no?... pero... (*Aparte*). Va entrande la gringa... ¡Y es una fija, perché estos spaghettos cuando amarrocan es de endeveras!

CARMEN.—Vos tenés que hacer un sacreficio por to gringa, ¿eh, me ratoncide?...

SOTILE.—(*Como resolviéndose*). Buene, por vos no más lo hague.

CARMEN.—¡Ay, me ratoncide! ¡Cuánta prueba de cariño me das!... Merá: en lo único que te voy a incomodar es... por ona tablilla pá la ventana... Le ponés... "Planchadora francesa", y me le pentás una plancha y una tejera de encanutas... En negro, sobre un fondo blanco...

SOTILE.—Lástema que sea en fonto blanco...

CARMEN.—¿Por qué, me ratoncide?...

SOTILE.—Y, porque pensaba pentar una camisa...

CARMEN.—Y no se puede, ¿verdá?...

SOTILE.—Siendo blanco el ledrere e blanca la camisa...

CARMEN.—Bueno, no emporta...

SOTILE.—¿Digue yo?...

CARMEN.—¿Qué decís vos, me ratoncide?

SOTILE.—¿A qué viene eso de "Planchadora francesa"?...

CARMEN.—Qué sé yo. Todas ponen así... Dicen que no hay como la francesa pa alizare camisas de hombre...

SOTILE.—Debe ser. Tenco entendide que laburan bien, en camisas..,

Dichos y Casiana

CASIANA.—(*Gipando de cansancio*). ¡Qué carrera he dao!... (*Al ver a Sotile*). Qué, ¿ya está usté acá, engatuzando a esta desgraciada?...

SOTILE.—Permídame, señora. Osté se ne está tomande muche encremente co esta cóvene... e conmigue... Yo soy un muchache que se ha creado sole...

CASIANA.—Se ve que su madre se ha tomao poco trabajo...

SOTILE.—¡Más o menos egual al de la suya!

CASIANA.—¡Pedazo e pelandrún!... Y vos, ¿qué hacés ahí?... Seguí con tu trabajo, o te quito la bata... (*Se asoma a la cantina y luego a la puerta por donde hizo mutis Santuza, y hace unas señas*).

CARMEN.—(*A Sotile*). ¿Ha viste me ratoncide lo que señefica tené padrona?... ¿Cuánte rompereme el yugue?...

SOTILE.—Mañana misme te pinte lo ledrere, pa que te ne pongas pe tu cuenta a trabajá en ropa blanca... ¡Antá no más! Después se veremo en el baile...

CARMEN.—En cuanto empiece la fiesta, estoy acá...

SOTILE.—Vaya no más...

Sotile, Casiana y Santuza

SANTUZA.—(*Saliendo*). ¿Y, lo vió?

CASIANA.—Sí... y le dije que no viniera... Vos sabés como es... Se encaprichó más pero tanto rogarle y decirle, consintió en esperarte hasta las ocho y cuarenta... Diez minutos, nada más. Que si no llegás a esa hora, vendrá aquí (*Imitándolo*). "¡Perché io non ó pavura de nessuno!..."

SANTUZA.—¡Sí, iré!...

CASIANA.—¡Ya sabés!... ¡No te vayas a olvidar!

SOTILE.—(*Aparte*). ¿En qué negocie antarán esta vieca arcabocila y esta desgraciade de Santuza?

SANTUZA.—Usté me va a hacer un servicio, doña Casiana. Cuando yo le avise, trate de distraer a Chicho, así yo aprovecho y me voy...

CASIANA.—Perdé cuidado. A mí no me respeta nada él, pero, en fin, por vos lo haré...

SANTUZA.—Gracias... (*Al ver salir a Chicho*). Ahí viene...

Dichos y Chicho. Luego, Pipiricchio, Papparullo, Músicos, concurrentes, etc.

CHICHO.—(*Al amigo Sotile*). ¡Oh, Pietro! ¿Come va?

SOTILE.—Ya lo ves, che, italiane... Respontiente a las reiteradas envetaciones de los amigues, a complire co lo debere sociale...

CHICHO.—Grazzie. Tú estai uno amico leale... ¡Il vero amico! (*Le da la mano con efusión*).

SOTILE.—¡En la adversidade y en la gloria, che!... ¡En la buena y en la mala suerte!...

CHICHO.—¡Grazzie!...

SANTUZA.—(*Después de recibir un codazo de Casiana, estimulándola a acercarse a Chicho, va y le dice*:) ¿Eh?... ¿Cuándo cominciano a festa?... (*Sonriente*). ¡Mio fratello caro!... (*Mutis de Casiana por derecha*).

CHICHO.—Súbito, mía cara sorella... Propio in mezzo minuto... ¿sentite?... (*Se oye la música de una rondalla que se acerca, de acordeones, flauta, guitarra, etc.*)

SANTUZA.—¿La música?...

CHICHO.—¡Sí, la música! (*Siniestramente*). Per essere il giorno della nostra Maronna, bisogna cá ioia é música! ¿Hai capito?... ¿Ioia e música..., mía cara sorella!...

SANTUZA.—¡Sí! ¡Sí tendriamo ioia!...

SOTILE.—(*Aparte*). Me né está pareciente que estongo sentiende olore a quemade acá!...

CHICHO.—(*Yendo a la puerta de la cantina*). ¡Eh, paisan! ¡La música!... ¡A o ballo!... ¡Iamo!... ¡Iamo!... ¡Pe la Maronna!... (*Salen de la fonda, hombres y mujeres. Por la puerta de la derecha entran los músicos. Casiana y Carmen salen de su cuarto. Por foro, Pipirichio y Papparullo, dos tanitos carboneros de una barcaza, sucios, feos y ridículos, hasta decir basta. Hablan a dúo y con los mismos ademanes simultáneos*).

LOS DOS.—Bona sira.

CHICHO.—Bona sera... ¿Cosa vó?...

SOTILE.—¿De dónde se ne habrano escapade esto dose carcamanos?...

PAPPARULLO.—Scusati, signore... Noialtri siami taliani...

PIPIRICHIO.—¡Ecco!... Siami taliani, noi...

SOTILE.—¿No digan?... ¿Son taliano ostedes?... ¡Sin embargue, parecene alemane o inglese!...

CHICHO.—¿E cosa vó?...

PAPPARULLO.—¡Si voliami un pó d'acqua per bire!...

PIPIRICHIO.—¡Ecco, per bire, un poco d'acqua!...

CHICHO.—¿Acqua?... ¿Non vi piace chiú il vino?...

LOS DOS TANITOS.—(*Riendo estúpidamente*). ¡Eh... sí... sí!...

PAPPARULLO.—(*A Pipirichio*). ¿Ti piace el vino?

PIPIRICHIO.—(*A Papparullo*). Eh... sí... ¿Y a té?

PAPPARULLO.—¡Pure tampien!...

CHICHO.—¡Bene! Restate cuí. Si prenderai dall vino meridionale propio.

LOS DOS.—(*Riendo*). ¿Del meridionale? ¡Ja, ja!...

CHICHO.—¿De qué paese siate voialtri?

PAPPARULLO.—Di la provincia di Cocenza...

PIPIRICHIO.—¡Ecco! ¡Provincia di Cocenza!...

SOTILE.—E digan, che cacatúas... ¿En qué barco lo hanne traide que vienen tan limpide?...

PAPPARULLO.—¡Siamo marinaio a la "Regina Margherita", a la Buca!

PIPIRICHIO.—¡Ecco!... ¡A la Buca!...

CHICHO.—Bene, passate a la cantina. Questo giorno é il giorno d'a Maronna a cuí si festeca al uso nostro...

LOS DOS.—(*Ríen otra vez*). ¿Al uso nostro?

CHICHO.—¡Iamo!... (*Los lleva a la cantina*).

PAPPARULLO.—(*A Sotile*). ¡Addío, signore!...

PIPIRICHIO.—(*A íd.*) ¡Signore, addío!...

SOTILE.—¡Dío te ne mande una cangarena, papagalle! (*Solo*). ¡E hay gente que se ne va a Palerme a vere anemales rare!... (*Empieza el baile. Luego, cantos regionales, etc. Bailan varias parejas, menos Chicho, que vuelve y queda silencioso en un sitio visible. En un silencio de la tarantela se le acerca Sotile y le invita con un vaso de vino*). Amigue Chicho... ¡A la salude de la Madonna! ¡de la Italia! ¡e de nosotre!... Sírvase.

CHICHO.—Grazzie, non bebo.

SOTILE.—¿Me desprecea?

CHICHO.—No. Bisogna non vere... ¡Non voglio!...

SOTILE.—Como guste, entonces... Salute... (*Se bebe de un sorbo el contenido del vaso*).

PETRO.—(*El viejito, que lo ha visto, se le acerca y le ofrece un vaso*). Eh, Chicho... ¿Cosa ti stae fachendo?... ¿Per ché non bere?

CHICHO.—Non songo volontiere, tata...

PETRO.—¡Ma, ti lo prego io!, ¡figlio mío! ¿Per ché non bere? E il giorno de la Maronna e di la mamma (*llorando*). ¡Eh!... ¡Catherina!... Vieni cá... (*En un costado del escenario, Santuza y Casiana observan la escena*).

CASIANA.—¡Andá ahora! Aprovechá, zonza... Mirá que se te hace tarde...

SANTUZA.—¿Y si se da cuenta?...

CASIANA.—Dejámelo a mi cargo no más. Yo la voy a mandar a Carmen que lo saque... ¡Aprovechá pero volvé pronto!...

SANTUZA.—Bueno... ¡Le recomiendo!... (*Se escabulle por el foro*).

CATHERINA.—¿Per ché mi chiamate?

PETRO.—¡Eh, Catherina! Prega al tuo figlio di bere un gotto di vino meridionale, a la nostra salute, propio come a gente fina... ¡Pe la Maronna!...

CATHERINA.—Bevi, figlio mío. ¿Cosa sentite? ¿Sei malatto?...

CHICHO.—¡No! ¡Qué malattia!...

CATHERINA.—¿E dunque?...

PETRO.—¡Prende, poi!...

CHICHO.—¡Bene! ¡Lo prenderó! (*Brindando*). ¡Pe té, mama!... ¡E per té, patre! ¡Pe il nostro nome, e ve il nostro onore! ¡Salute!...

CATHERINA y PETRO.—¡Salute, figlio mío!

CASIANA.—(*Acercándose*). ¡Muy bien! ¡Así me gusta!... Que en el día de la Madonna no haya tristezas... Ahora podemos bailar otra cosa.

PETRO.—¡Ecco!... ¡A o ballo!...

CATHERINA.—¡Sí, balla, figlio mío!...

CHICHO.—¡No... ballare, no!... (*Casiana hace una seña a Carmen y ésta se acerca*).

CATHERINA.—¿E pe ché no?...

CHICHO.—(*Con energía*). ¡Pe ché non voglio!... ¿Hai capito? (*La vieja hace un gesto de resignación*).

CARMEN.—(*Con zalamería*). ¿E conmigue tampoque querése bailare una piecide?...

CHICHO.—Scuzate, ma peró.... (*Endulzándose*).

CARMEN.—¿Me né va a despreciare?...

CHICHO.—¡Oh, no!...

CARMEN.—Entonces... (*Lo toma del brazo*).

PETRO y CATHERINA.—¡Va, figlio mío, balla!...

CARMEN.—A vere esa múseca... ¡Una tarantella!

CHICHO.—(*A Sotile*). Con permesso, amico Pietro...

SOTILE.—¡Sírvase no más, amigue, come se fôerano sardine! Para eso estano la mojiere. (*Aparte*). ¡Me ne estoy sentiende un olore a quemade!... (*Sale. Todos aplauden. La orquesta ejecuta la pieza y bailan. Al terminar el baile, aparece en el foro la figura altiva, gallarda y siniestra de Vanni. Aparte*). ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... ¡Cayó piedra!... ¿Este napoledano acá? ¡Hora si ca me parece que viene olore a quemado!... (*Casiana se le acerca, temblando de miedo*).

VANNI.—¿E Santuza?...

CASIANA.—¿No la ha visto?...

VANNI.—No, non ha venuto. ¡E come io non voglio essere lo scherzo di nessuno. allora vengo io cá!...

CASIANA.—Pero si hace un rato que se fué... ¡Haga el favor! ¡Váyase; lo estará esperando!...

VANNI.—¡Non voglio, dico! (*Saludando a todos*). ¡Salute, tutta la compañía!...

SOTILE.—¡Salude, amigue!... (*Es el único que contesta*).

CHICHO.—(*Al verlo tiene una sonrisa de rabia. Se serena un poco. Escupe muy sonoramente, se acerca a él y le dice casi al oído*): ¡Io voglio parlare cu té!

PETRO.—(*Acercándose*). ¡Oh, Vanni!... ¡Cume va! Una bicchieretto... (*Le ofrece un vaso*).

VANNI.—Grazie. A la salute nostra e di i nostri amicci... (*Lo bebe de un sorbo*).

PETRO.—¡Grazie! (*Lo abraza. A Chicho*). ¡Eh, Chicho! ¿Non ti salutate a Vanni? ¡Iamo! ¡Abracialo!...

CHICHO.—¡Iamo!.?. (*Se detiene, lucha un momento, luego lo abraza, mientras con la mano derecha le toma el cuello. Luego le muerde la oreja, escupe y pisa la saliva. El viejo se retira un poco*).

VANNI.—¿Cosa ti vole?...

CHICHO.—¡Tó detto di non venire cá! ¡Tú ai disonorato il nome del mío patre e quisto si paga co il sangüe! ¿Lo sae?

VANNI.—¡Lo só!...

CHICHO.—Bene. ¿Pe ché hay venutto cá, oggi?

VANNI.—¡Non gridare! Tutto si arrangerá... (*Se dan un apretón de manos*). ¡Vieni cu mé! (*Gritando y tomando un vaso*) ¡Eh, cumpá!... ¡A la salute di Cumpá Petro e di Vecchia Catherina!... ¡Bebiam!... ¡Eh, Chicho, bebiam!... (*Beben todos y cantan: ''Bebiam, bebiam, del vino bebiam''. Aprovechan esta canción para salir. A Chicho*). ¡Iamo!... (*Sale por el foro*).

CHICHO.—¡Iamo!... (*Va hasta el altar, saca el revólver, lo besa y sale después detrás de Vanni*).

SOTILE.—¡Esto me parece que no tiene compostura, ni echántele media suela!... ¡A ver esa múseca!... ¡Un tanque!...

TODOS.—¡Bene, bene!... ¡Tango creollo!...

SOTILE.—(*Toma a Carmen y baile*) ¡E come no, que criolle, hasta la muerte!... (*Bailan. Al terminar el tango se oyen dos tiros casi simultáneos. Gran alarma de todos*). ¡Ahora sí ca se quemó de veras!... (*Salen todos a foro. Observan un rápido segundo y luego estallan en un alarido general, angustioso. Entra Chicho apretándose el pecho con las manos y claudicante*).

PETRO.—¡Cosa é!... ¡Chicho!... ¡Figlio mío!...

CATHERINA.—¡Figlio mío! ¿T'hanno ferito, figlio mío! (*Lo toman en brazos y lo llevan hasta una silla en el centro de la escena, donde lo sientan*).

PETRO.—¡Parlate, figlio m6o!... ¿Quí fú?... ¿Quí fú?... ¡Parlate!...

CHICHO.—¿E... Santuza?...

PETRO.—(*Llamando*). ¡Santuza!... ¡Santuza!... ¡Viene cá!...

CATHERINA.—¡Santuza!... ¿Non ché?...

CASIANA.—¡No está acá... ahora!...

PETRO.—¡Dímelo, figlio mío! ¡Il nome dil bigliaco!...

CHICHO.—¡Santuza... lo sá! (*Moribundo. Dándole el revólver al padre*) ¡Véngami, tata... véngami!...

PETRO.—¡Ti lo giuro, figlio mío, ti vengaró!... (*Besa el revólver. Chicho va a incorporarse, tiende la mano al padre, camina dos pasos, conducido del brazo izquierdo por la madre y cae muerto. Un alarido general de angustia y dolor, resuena. Entra por foro Santuza y detrás Vanni. Catalina se ha arrojado, llorando, sobre el cadáver. Compá Petro queda como petrificado en el sitio donde estaba*).

SANTUZA.—¿Qué hay?... ¡Dios mío!... ¿Qué hay?... ¡Chicho!... ¡Chicho!... (*Se arroja sobre el cadáver*))

VANNI.—(*Tranquilamente avanza, mira el cadáver y pregunta*:) ¿Cosa suchede cá?...

PETRO.—(*Echándose en brazos de Vanni*). ¡Mio figlio, Vanni, mío figlio!... Dimi. ¿Tú no sae quí fú cá amazzato al mío figlio?

VANNI.—¡Io non sacho nulla!...

SOTILE.—(*Aparte*). ¡Pero qué grinco caradura!...

MUTACION A OBSCURAS

Cuadro segundo

(La misma decoración del cuadro anterior, pero con los farolitos apagados. Es de noche. Media hora después de lo transcurrido en el cuadro anterior.

Frente a la puerta de izquierda se ve un grupo de gente que observa con curiosidad el interior del cuarto, donde se supone que está el muerto. Comentarios en voz baja de los curiosos. Se oye la campana de la ambulancia, afuera. Los curiosos se agolpan a la puerta de calle).

Curiosos, Vigilante, Practicante y Sotile. Luego Casiana y Catherina

UN CURIOSO.—La asistencia.

VIGILANTE.—(*Que está en la puerta de calle*). ¡A ver, dejen paso! (*Entran desde el foro, a la pieza, un Practicante con una valija de mano, y el Vigilante*). ¡A ver!... ¡A ver!... ¡Afuera!... ¡Desalojen la casa!... ¡A ver!... (*Los va haciendo retroceder hasta la calle. Sale el Practicante con Pietro Sotile*).

SOTILE.—¿E qué me dice, dottore? ¿Hay esperanza?

PRACTICANTE.—¿Esperanza de qué?... ¿De que resucite?...

SOTILE.—¡Cóme! ¿Ya está muerte?...

PRACTICANTE.—¡Y frío! No sé para qué lo llaman a uno en estos casos. ¡Aquí el que hace falta es el enterrador!...

SOTILE.—¿Osté está segure?...

PRACTICANTE.—¡Claro que estoy seguro!...

SOTILE.—No, perché muy bien pode está en estade de catalepsia. Habría que primere pencharle la planta de los piece, pa ver se está bien muerte... (*El Practicante lo mira con sorpresa. Se ríe y se va por foro*). Claro. (*Mirándolo salir*). ¿Qué está riéntose? ¿Me va a decir a mí lo que es catalepsia?... ¿A mí... que he sido dos años cochero de un juez de paz?... ¡Desgraciade! (*Se oye de adentro un grito aterrador, un alarido terrible, de angustia y de dolor, como esos que dan las mujeres cuando ven a un hijo muerto, o se llevan el cadáver. Al alarido sigue el llanto y los sollozos de la misma mujer. Los curiosos se retiran impresionados hasta la puerta de calle. Pietro Sotile, se quita el sombrero respetuosamente. Un instante de pesado silencio, mientras no se oyen más que los sollozos entrecortados de la Vecchia Catherina. Salen Casiana, Carmen, Santuza y varias mujeres más, trayendo de ambos brazos a la Vecchia Catherina, que solloza continuamente*).

CASIANA.—No llore, señora. No se aflija. ¡Qué se le va a hacer! ¡Dios lo ha querido así! (*Santuza se coloca sola, sin llorar, hosca, taciturna, los ojos desorbitados, aparte del grupo que forma la madre con las otras mujeres. Cumpá Petro sale también y se para en la puerta, taciturno, como si no se hubiera dado cuenta todavía de lo que le pasa. Vanni detrás de él*).

CATHERINA.—(*Se da vuelta. Mira a la puerta del cuarto. Se da dos tirones de pelo con todo dolor y larga un prolongado:*) ¡Yuuu!... (*y luego, casi cantando, dolorosamente, dice:*) ¡Poveretto figlio mío! ¡Figliocello mío! ¡Ca disgracia cá avutto la tua mamma oggie! ¡La mamma ca te voleva tanto bene, figlio mío! ¡Hanno amazzato a la fiore de la casa mía e má lasciato asolata a o munno! ¡Figliocello mío! ¡Cómo possa consolarsi a quisto munno a mamma tua!... ¡Non lo vide venire chiú de laborare, figlio mío! ¡E godire tutte le sere le carezze ca le facheba la sua mamma!... ¡Poveretto figlio mío!... (*Rompe a llorar, ante el religioso silencio de todos*). ¡Non lo vide chiú, figliocello mío!... ¿Quí t'ha mazzato, figlio mío?... (*Se echa a llorar sobre el hombro de Casiana*).

CASIANA.—(*Llevándola con las otras mujeres a la segunda puerta izquierda*). No llore, señora, venga... no llore... (*Vanse todas las mujeres a la cantina, menos Santuza*).

Santuza, Cumpá Petro y Vanni

PETRO.—(*A Santuza, llamándola*). ¡Santuza, viene cá! ¿Quí fú cá mazzato a mío figlio?

SANTUZA.—¡Non lo sacho, patre!

PETRO.—Sí, tú, lo sae. Dítemelo, ¡pe la Maronna!

SANTUZA.—¡Io non lo sacho, patre, non lo sacho! ¡Io non staba cá cuano l'anno ammazato a Chicho!

PETRO.—¿E dove staba?

SANTUZA.—Fuora...

PETRO.—(*Tomándola de la muñeca, y haciéndola doblarse de dolor*). ¡Managgia l'ánima!... ¡Tú lo sae, Santuza!... ¡E io lo sapró pure!... ¡Io lo sapró!... (*La humilla en el suelo de un empellón. Se dirige a la puerta del cuarto donde está el muerto y con ademán siniestro dice:*) ¡Figliocello mío! ¡Supra a Maronna! ¡Ti lo giura il tuo patre! ¡Io ti vendicaró!... (*Besa la cruz que ha hecho con los dedos pulgar e índice de la derecha*).

VANNI.—(*Poniéndole la mano en el hombro, siempre altivamente*). ¿Cosa riche Cumpá Petro? ¿Cosa ti voi fare?...

PETRO.—¡Eh, Vanni! ¿Tú non sae qui fú cá mazzato al tuo amico?

VANNI.—Eh. ¡Non sacho!... (*Dice, acompañando la frase de un movimiento de hombros*).

PETRO.—Ma, ¿tú estaba cá?...

VANNI.—¡Eh, sí! ¡Ma non ho veduto niente!

PETRO.—¿Ma chí fú que l'ha chiamatto fora e l'ammazzato?... ¿Chí fú?...

VANNI.—¡Ma fú qui fú!... ¿Cosa ti voi fá?...

PETRO.—¿Cosa mi voi fá? ¡Ti lo diró!... (*Extiende la mano derecha en un ademán de juramento, y vase a la cantina*).

Dichos, Pipirichio, Papparullo y Sotile

SOTILE.—(*Por foro vuelven a aparecer los dos tanitos, llenos de miedo, acompañados de Sotile*). Aquí estano esto dos carcamano, otra vez...

PAPPARULLO.—¡Bona sira, signore!

PIPIRICHIO.—¡Signore, bona sira!

VANNI.—(*Acercándose*). ¿Cosa vó?...

PAPPARULLO.—¡Noialtri siami italiani!

PIPIRICHIO.—¡Siami taliani, ecco!

VANNI.—¿E bene?...

SOTILE.—¡Dice que quiérono salodare al defunto come se fuérano amigue vieje!...

PAPPARULLO.—¡Ecco! ¡Siamo amicci de lo signore!

PIPIRICHIO.—¡Ecco, di lo signore!

VANNI.—¿De lo muerto?...

PAPPARULLO.—¡Sí, de lo amazzato!

PIPIRICHIO.—¡Ecco! ¡Di lui!

VANNI.—(*Impaciente*). ¿E qué? ¡Managgia Sant'Antonio!...

SOTILE.—¡Parece mentira, amigue, ca siente osté también taliane no lo comprenta! ¡Viéneno a despedirse de la familia con un tocco de pizza, perché esto se despídano morfanto come hacíano los anticuos romanos!...

PAPPARULLO.—¡Ecco! Si venniamo a portare un pó di pizza con muzzarella a la mamma sua... (*Saca del pecho un pedazo de "pizza"*).

PIPIRICHIO.—¡Ecco!... ¡A mamma sua!...

PAPPARULLO.—¡Al uso nostro, signore, per la consolazione!...

PIPIRICHIO.—¡Ecco, al uso nostro!...

VANNI.—¡E bene! Portatela inta cantina. Va, ¡O lá!, dove stá lo muerte...

PAPPARULLO.—¿Lo muerte stá cá? (*Señala la pieza donde está el cadáver*).

VANNI.—¡Sí, lí ché!...

PAPPARULLO.—(*Llorando ridículamente, como anteriormente lo hizo Catherina*). ¡Oh, amico Chicho! ¡Amico mé! Non ti verrei chú, amico mé. ¡Non ti poi godire chú le macarrone cu lo pipe-tune, e lo vine meridionale al uso nostro, amicello mío!... ¡Amico mé!... ¡Yuuuu!... (*Llora largamente*).

SOTILE.—Esto tane recién lo conocierono hoy e ya lo llorano come se hubieran side amigues como chanchos...

PIPIRICHIO.—(*Siguiendo el llanto*). ¡Yuuu!... ¡Yuuu!... ¡Poveretto, amico mío! Noialtri ca ti volébano tanto bene, non ti vire chiú, amico mé! ¡E non si mangiarami chiú uno bello tocco di saña cu lo lopine, per bere vino, amico mé!... ¡Yu! ¡yu! ¡yu! ¡yuuu! (*Lloran a dúo*).

VANNI.—¡Eh, basta!... ¡Managgia l'ánima que te stramuerte! ¡Stá chite, pe la Maronna! ¡Va, va!... ¡Va a la cantina!... (*Los lleva a empellones a la cantina*).

SOTILE.—¡Me parece que la pizza e la muzarella me la come yo, perqué estas cosas me dan un apetito bárbare!... (*Mutis a la cantina*).

Vanni y Santuza

SANTUZA.—(*Acusadora*). ¡Fuiste vos!... ¡Asesino!...

VANNI.—¡Stá chito! ¡Sangüe de la Maronna! ¡Stá chito! ¿Cosa tu vole? ¿Ca me prendano e ma portano in carcele?... ¿Dí?...

SANTUZA.—¡Sí, que te lleven, asesino!...

VANNI.—¡Stá chito! (*La toma del brazo*). ¡Non songo assasino! ¡Lo ho amazzato bene! Al uso nostro. E prime de que lui m'amazzara a me, ¿hai capito? ¡Non songo assasino!

SANTUZA.—¡Cobarde!

VANNI.—¡Non dire quista parola cá!... ¿Cosa ti voi fá portándome in cárchele?... ¿Qué ti gana co quisto? Atendi, Santuza... Io ti voglio bene, ¡ti lo giuro! ¡Io ti disposaró! ¡Ho amazzato al tuo fratello peche lui voleba amazzarmi a mé!... ¡Lo ho amazzato legalemente! ¡Lui non ha avuto sorte! ¿Cosa posso fare io?... ¡Ma io ti promezzo di amogliarte! ¿Hai capito?...

SANTUZA.—¿Cuándo? ¿Cuándo te vas a casar conmigo?

VANNI.—¡In due messi chú! ¡Io faró quisto viaggio al Brasile, e torneró súbito con danaro e libertá! ¿Ti vó?

SANTUZA.—¿Nada más que dos meses? ¿Lo jurás? No puedo esperar más...

VANNI.—¡Ti lo giuro supra a Maronna! ¡Supra il mío cuore!...

SANTUZA.—Mirá, Vanni... ¡Sólo porque me encuentro así, así, que no puedo hacer otra cosa, tengo que callarme y perdonarte la muerte de mi hermano!... pero si me mentís, si no me cumplís tu palabra, yo también te juro, Vanni. (*Con un ademán terrible*). ¡Te acordarás de mí!... (*En este momento sale de la segunda izquierda Catherina llorando, y observa el juramento de Santuza, oyendo sus últimas palabras*).

VANNI.—¡O capito!...

Santuza, Vanni y Vecchia Catherina. Luego Cumpá Petro, Sotile, Carmen, Casiana, Comisario, Cabo, etc.

CATHERINA.—(*Yendo como loca hacia Vanni, sonriente de fiereza y de odio*). ¡Ahhh! ¡Sei tú! ¡Lo bigliacone cá amazzato al mío figlio! ¡Sei tú l'assasino, bigliacco, brigante!...

VANNI.—(*Tomándola de un brazo*). ¡Stá chito, pe la Maronna!...

CATHERINA.—¡¡No, bigliaco!! ¡Ti faró amazzare co Petro! (*Intenta correr hacia la cantina*).

SANTUZA.—(*Deteniéndola*). ¡No, mamma! ¡Ascoltami, spetta. Io songo matre, pure... como té!...

CATHERINA.—(*Cambiando bruscamente*). ¡Cosa riche, figlia mía, cosa riche!...

SANTUZA.—(*Llorando y postrándose de rodillas ante ella*). ¡Que io sonno matre come té, pure!...

CATHERINA.—(*Sin salir de su asombro*). ¿Tú?...

SANTUZA.—¡Sí!... ¡Io!... ¡E Vanni é il patre!...

CATHERINA.—(*Levantando los brazos al cielo*). ¡Oh, Maronna mía!... (*Transición*). ¡Má, tú (*a Vanni*) ti sposerei co illa!...

VANNI.—¡Eh... sí! ¡Io lo ho promesso! Lo ho giurato sopra il mio onore!...

CATHERINA.—¿E, pe ché, pe ché ai amazzato al mío figlio?

VANNI.—¡L'ho amazzato peche lui voleba amazzarmi a mé!... ¡Fú legalmente!... ¡Al uso nostro!...

CATHERINA.—(*Llorando*). ¡Assasino! ¡Bigliacone!

VANNI.—Non dire quista parola cá, mamma Catherina. ¡Io saró il tuo figlio! ¡Io ritorneró súbito, e la mía casa será la casa tua!... ¡Per ch'io saró il tuo figlio, mamma Catherina! ¡Ti lo giuro!...

CATHERINA.—(*Llorando sobre el pecho de la hija*). Pe té, figlia mía! ¡Pé il tuo figlio! ¡Assasino!... (*Salen de la puerta de la cantina, Cumpá Petro, un Comisario, un Oficial, un Vigilante, Sotile, Casiana, Carmen y otros curiosos*).

PETRO.—¡Noi altri non sappiamo niente!

COMISARIO.—¡A ver usted, señora! ¿Usted es la madre?

CATHERINA.—Sí...

COMISARIO.—¿No conocía algún antecedente, algún odio o enemistad que tuviera su hijo, con algún otro paisano?... Porque de este modo no vamos a conseguir nada. Nadie sabe nada. Nadie dice nada.

CATHERINA.—¡Io non sacho niente!...

COMISARIO.—Lo mismo de todos. Y usted, señorita... ¿Es la hermana?

SANTUZA.—Sí, señor; pero yo tampoco he visto nada. Estábamos bailando, divirtiéndonos... El salió afuera, se oyeron dos tiros y nada más...

COMISARIO.—¿Pero, no le conocen ningún enemigo, ningún rival? ¿Amores o algo así?...

SOTILE.—¿Pero osté crée que le van a decire ne una palabra se sábano algo?... Esto no baten ne medio, e menos a osté. ¡Per bonide e bien peinade!...

COMISARIO.—¿Y a usted quién le ha llamado? ¿Qué hace usted aquí?

SOTILE.—Soy une de los convedades, perque tengue algue que hacire co la presente, ayodanta de la planchadora, ca vive a esto domecilie...

CARMEN.—(*Adelantándose*). Per servir a ostedes... Cármine Scanapiecco.

COMISARIO.—(*A Sotile*). ¿Y usted sabe algo? ¿Ha visto algo?

SOTILE.—¡Aunque haya viste, yo no puedo decírsele a osté, perque de acuérde co lo artígolo dosciente trenta nueve del Códegue de procedimiente, me niegue a prestar declaración entagatoria!...

COMISARIO.—¡Qué no vas a declarar! (*Al Cabo*). Pásemelo a éste... y métalo al calabozo.

SOTILE.—¿A quién?... ¿A mé?... (*Retobándose*).

CABO.—¡Sí, a vos!

SOTILE.—¡Un momento! ¡No me toque! Yo voy a ire solo. Conozque el camine... ¡Buena tarde a toda la congorencia! (*Sale muy garifo, seguido por Carmen*).

COMISARIO.—¿De modo que no podemos salir de las mismas? (*A Santuza*). ¿No conoce a ninguna otra persona que pudiera darnos un dato siquiera?...

SANTUZA.—No, señor, a ninguna.

COMISARIO.—¿Y el señor aquél?... (*Por Vanni*). ¡Eh, amigo! ¿Usted qué hace acá? ¿Usted también es de los de la casa?

VANNI.—Non, signore; sono uno amico e ho venutto a lo ballo.

COMISARIO.—¡Ah! ¿Usted estaba en el baile también? ¿Y no ha visto nada? ¿No ha oído nada que nos pudiera sugerir una pista?

VANNI.—Non signore. ¡Non ho vedutto niente! ¿Non é vero, Santuza?...

SANTUZA.—Sí, el señor no se ha movido de aquí. Estaba bailando conmigo.

VANNI.—¡E io staba lo migliore amico de Chicho; lo suo fratello cuasi! ¿Non é vero, mamma Catherina?

CATHERINA.—¡Sí, le é vero!... Era il suo amico... (*Rompe a llorar sobre el hombro de Santuza*).

VANNI.—¿Non é vero, cumpá Petro?

PETRO.—Sí, l'é vero...

COMISARIO.—Bueno, muy bien. Ya se les citará, aunque sea para lo mismo. (*Al Oficial*). ¿Vamos? Con esta gente no se consigue nada. Mañana trataremos de reconstruir el hecho. Buenas noches...

TODOS.—Buenas noches. (*Casiana sale detrás del Comisario*).

CASIANA.—Yo le voy a enseñar donde, más o menos, lo hirieron, señor...

COMISARIO.—A ver... (*Salen. Vanni va hasta la puerta del foro, tranquilamente, acompañando al Comisario. Cumpá Petro toma a Catherina de un brazo y casi al oído le pregunta:*)

PETRO.—¿Qué fú cá amazzato al nostro Chicho? ¡Tú lo sae!

CATHERINA.—¡Non lo sacho!

PETRO.—Sí, tú lo sae!... ¡Dímelo! ¿Chi fú?

CATHERINA.—¡Non lo sacho!...

PETRO.—¡Sí!... ¡Lo ho vedutto tutto!... ¿Fú Vanni? ¡Dímelo! (*Ella calla*). ¿E, pe ché?... ¿Pé Santuza?... (*Ella calla*). ¡¡Bene!!... (*Se va hasta la puerta de la cantina y allí se para, cabizbajo*).

VANNI.—(*Volviendo, cuando ya se ha ido la policía. A Catherina*). ¡Grazie, mamma Catherina! ¡Grazie Santuza! ¡Io cumpliró lo que ho promeso! ¡¡Addío!! (*Catherina se echa a llorar sobre el hombro de Santuza y ambas entran a la pieza donde se supone que está el muerto. Al viejo, saludándolo con un ademán*). ¡Addio, cumpá Petro!... (*Sale por la puerta de duelas del foro, y dobla hacia la izquierda, o sea en sentido contrario a donde se dirigió el Comisario. Cumpá Petro lo ve irse. Corre a la puerta donde está el muerto. repite en silencio el juramento. Saca el revólver que le dió el hijo en el cuadro primero, lo besa y vase por la puerta de la cantina. Suena un tiro y vuelve Cumpá Petro con las manos en los bolsillos y en la actitud desgraciada de siempre. Vuelven corriendo el Comisario, Vigilante, etc. Salen a escena, intrigadas, Santuza y Catherina*):

CATHERINA.—¡Petro! ¡Petro! ¿Cosa sucede?... (*Santuza corre a la cantina*).

PETRO.—¡Non sacho! ¡Non sacho niente!...

TELON RAPIDO.

José González Castillo y Alberto T. Weisbach

Los Dientes del Perro

PIEZA EN UN ACTO Y DOS CUADROS

Estrenada en el Teatro Buenos Aires de esta Capital, el 26 de Abril de 1918, por la Compañia Nacional Muiño—Alippi.

REPARTO

María Esther........	Sra.	Poli	Payo Martinez......	Sr.	Muiño
Angélica............	»	Catá	Turdera.............	»	Pérez
Ivonne..............	»	Barrilaro	Patotero 1..........	»	Otegui
Doña Juana.........	»	Cornaro	» 2..........	»	Coiro
Pepa................	»	Pérez	» 3..........	»	Sánchez
Rosa................	»	Alonso	Viejo amigo........	»	Betoldi
María...............	niña	Alicia	Diego Martinez.....	»	Drames
Hector..............	Sr.	Alippi	Juanito.............	niño	Hernandez

Cuadro primero

Interior de un Cabaret en pleno funcionamiento. La orquesta (típica), sobre una tarima. Mesas, sillas y demás, en la disposición de costumbre.

María Esther, en primera mesa a la derecha; Angélica y Turdera, en segunda mesa a la izquierda; Viejo Amigo y Payo Martínez, en segunda mesa a la derecha; La Patota e Ivonne, en primera mesa a la izquierda.

(Un segundo antes de levantarse el telón, la orquesta típica comenzará a ejecutar un estilo triste. Al levantarse el telón, aparecerán todos escuchando con alguna religiosidad la música, a excepción de Ivonne).

PATOTERO 1.º—(*Ebrio, se lleva frecuentemente el pañuelo a los ojos, dando muestras de sentirse muy emocionado*). ¡Qué estilo!... ¡Parte el alma!... (*Tararea un poco la música y ahoga la voz en un sollozo. Entra Payo Martínez y busca ubicación, saludando a varios. Cesa la música*).

VIEJO AMIGO.—¡Che, Payo!... Venga, che, po amigo.

PAYO.—¡Hola!... ¿Cómo te va, Santiagueño? ¿Desde cuándo está por acá?

VIEJO.—Hoy día i yegao... ¡Pucha!... ya desesperaba de no ver una cara conocida. ¿Y con quién me había de topar?... ¡con el Payo! Calaverón viejo él. Siéntese, che, po...

PAYO.—No, che; gracias.

VIEJO.—¿Cómo ¿Que no me vas a acompañar? No faltaba sino eso. Sentate... no podís disairarme...

PAYO.—¡No!... es que... (*Aparte*). ¡Qué programita! (*Se sienta*).

VIEJO.—Pero che, Payo, te ha reventao la helada, andás blanqueando en canas.

PAYO.—Es de familia, che; mi padre ya a los treinta años tenía la cabeza blanca.

VIEJO.—Me vas a decir a mí. Tu padre a esa edad no tenía un pelo...

PAYO.—Un pelo 'e zonzo...

VIEJO.—No; ni de vivo, si era pelao. (*Ríe*).

PATOTERO 1.º—¡Pucha, que estoy triste!

PATOTERO 2.º—Pero che, estás con amigos...

PATOTERO 1.º—¡Es que todo están tristes!... ¡Somos unos pobres tristes!... ¡Vos... y éste... y todos!...

PATOTERO 2.º—(*Ríe*). ¡No embromés!

PATOTERO 1.º—Ahí tenés .. ¿Vos crees que te has reído? ¡Mentira!... Has contraído la cara en una mueca ridícula. (*Llora*). Se acabó la alegría. (*Con desconsuelo*). No ves, ya no puedo reirme... (*Hace una mueca para reir y llora*). No ves... (*Llora*).

VIEJO.—L'agarrao en sentimental, el tipo... (*Ríe*).

PAYO.—Che... ¡No se meta! (*Aparte*). ¡Este se la va a ligar!

VIEJO.—Son unos locos estos porteños. (*Ríe*).

PAYO.—Cállese, amigo... o espiantujen.

VIEJO.—Pero che...

PAYO.—Yo sé lo que te digo. No es un día que frecuento esto y puedo asegurarte que se puede alternar cómodamente con ellos, siempre que se esté a diapasón.

VIEJO.—Bueno, empezá, entonces... ¡Aura tocan a yorar... empezá!... (*Ríe*).

PAYO.—(*Aparte*). Este la liga...

IVONNE.—Mé... ¡está llorando de verás!... (*Ríe*). ¡A vuár!... (*Acariciándole la cara*). ¡Oh, quel ridicúl!... ¡Mon cherí!...

PATOTERO 1.º—¡Dejáme!...

IVONNE.—¡Mé tuá set un otarió!

PATOTERO 1.º—Respetá mis lágrimas...

IVONNE.—¿Lagrím de cocodríl?...

PATOTERO 1.º—¡Pa vos que no has llorao nunca!

IVONNE.—Vos tampoc, solament si estás borrach.

PATOTERO 1.º—(*Transición*). ¿Quién es borracho? ¡Hablá!... ¡Repetí lo que has dicho.

IVONNE.—Pardón, bon amí, ye croayaba qu'estabá de brom.

PATOTERO 1.º—Qué broma, ni qué broma. ¡Espiantá! Si no querés que te dé vuelta de un guantón.

IVONNE.—¡Pero che, mi queridó!...

PATOTERO 1.º—(*Se levanta en disposición de golpear a Ivonne*) ¡Yo no soy querido de ninguna imbécil!... (*Amagándole un golpe de puño. Los demás patoteros intervienen*).

PATOTERO 2.º—(*A Ivonne*). Bueno, andáte, vos también.

IVONNE.—(*Encogiéndose de hombros*). E bian... (*Vase a otra mesa*).

PAYO.—Tomá nota, che, Santiagueño.

VIEJO.—(*A Ivonne*). Venga isí, no le haga caso a esos loqués...

IVONNE.—(*Murmurando*). ¡Sovayes!

PAYO.—(*Aparte*). Este no sospecha la de patadas y trompadas que se está incubando. (*A Ivonne*). Che, no vengás a comprometernos.

IVONNE.—E bian, no me sale la gana. Yo rest'icí. (*Se sienta a la mesa del Payo*).

PAYO.—(*Mirando hacia la mesa de los patoteros y notando que éstos fulminan con la mirada a su viejo amigo*). ¡Uf!... ¡Qué fija! (*Retirando un poco la silla hacia la mesa de María Esther*). Tomemos precauciones, por si se les ocurre bombardear antes de atacar. (*El Viejo sigue animada conversación con Ivonne, pretendiendo enamorarla*).

PAYO.—(*A María Esther*). ¿Y usted, no baila?

M. ESTHER.—¡Cómo no! Para eso estoy aquí, señor.

PAYO.—¿Señor? (*En broma*). El Señor está en el cielo... ¿Se divierte?

M. ESTHER.—Tanto como divertirme... la obligación.

PAYO.—Ah... ¿usted está a sueldo, ahora?

M. ESTHER.—¡Que más remedio, señor!

PAYO.—¿Pero usted hace poco que frecuenta este cabaret?

M. ESTHER.—Sí, señor; poco. Antes me obligaban a venir, me traían a

divertirme, ahora... he vuelto sola para ganarme el pan. (*Patotero 1.º arroja un bollito a la mesa del viejo*).

PAYO.—(*Al Viejo*). ¡Che!... Me parece prudente que se vaya.

IVONNE.—¿Pur cuá?... Se puede mandag mudag usted si quiere...

PAYO.—(*A Ivonne*) ¡Cómo son ustedes!... Comprometen a cualquiera con tal de no quedarse con el agravio.

IVONNE.—¿Quiegue que le diga la cuestión?... ¡Con le valog que usté tien, puede muy bian montag un fabríc de jabón! (*El Viejo ríe*).

TURDERA.—(*A María Esther*). Vas a bailar conmigo el tango que van a tocar... (*María Esther lo mira como interrogándolo*) Pero... arrib'una mesa.

M. ESTHER.—Lo acompañaré, si quiere, pero para hacer el ridículo, ¡no!

TURDERA.—¿Quiere decir, que te negás a bailar conmigo?

M. ESTHER.—Ya le he dicho.

TURDERA.—No te vas a arrepentir después, ¿eh?

M. ESTHER.—Para eso, ahí tiene a su amiga.

ANGELICA.—(*Interviniendo*) ¿Qué es lo que hay?

TURDERA.—Nada, se niega a bailar conmigo.

ANGELICA.—(*A María Esther*) Che, a Turdera no le hace un desaire ni vos ni nadie.

M. ESTHER.—Yo no me niego a bailar, lo que sí, que no me presto a servir para el titeo de todos.

ANGELICA.—¿Por qué, para el titeo?...

M. ESTHER.—Bailar arriba de una mesa es dar epectáculo, y yo no quiero.

ANGELICA.—Jesús, la niña... (*A Turdera*) Vení, yo te acompaño, Papaíto, vení...

TURDERA.—¡Acordate, eh!... ya te va a pesar esto. (*Vase a su mesa*).

ANGELICA.—(*Volviéndose, y a María Esther*) ¡Che!... y eso que has dicho de titeo... créeme, tanto pa vos, como pa mí, como pa cualquiera de estas mujeres, es un orgullo bailar con mi Turdera. (*Vase a su mesa contoneándose. Los patoteros siguen arrojando proyectiles al Viejo*).

PAYO.—(*A María Esther*) ¿Usted conoce a ese mozo?

M. ESTHER.—(*Con dolor*). ¿Si lo conozco?... Es a quien debo toda mi desventura, señor...

PAYO.—¡Ahjá!... Pues por su aspecto nadie creería...

M. ESTHER.—Nadie, señor, nadie. ¿Cómo podía yo sospechar?...

PAYO.—Sí, es claro, lo de siempre. Visten tan bien su exterior, que fácilmente engañan...

M. ESTHER.—Venía a lo de Harrods, donde yo trabajaba, y se mostró tan amable, obsequioso y caballero, que lo presenté a mi madre... (*Pausa*) ¡Lo más contenta ella!... Le pareció tan bueno... que llegó a quererlo como a un hijo. Un día confié en él, en sus promesas... (*Pausa*). Logrado lo que quiso, no supo disimular más, o no lo pretendió siquiera. Me dí cuenta de mi situación, pero no atiné a nada. Por aquella casa empezaron a desfilar todos sus amigotes y amigas y me presentaba como ostentando su hazaña. Allí se bailaba y se bebía hasta el amanecer. Y así después en Palermo, en Armenonville, en los cabarets, me exhibía como si pusiese todo su afán en arrancar a girones el pudor que vanamente pretendía conservar. Mi madre lo supo y murió de pena. (*Pausa*).

PAYO.—¿Y cómo pudo desprenderse de sus garras?

M. ESTHER.—Cómo no me prestara después a sus combinaciones, me echó a la calle con lo puesto.

PAYO.—¡Qué infamia!

M. ESTHER.—Ya ve usted, señor, si lo conozco. (*Pausa*).

PAYO.—¿Y esa... Angélica?

M. ESTHER.—Es una que tocaba en la orquesta del Guarany.

PAYO.—Una nueva víctima.

M. ESTHER.—Sí... pero ella parece tan a gusto...

PAYO.—Efectivamente, a todos asombra por las grandes predisposiciones que demuestra para esta vida. Ha acertado esta vez, el bandido. Esa es la mujer que le conviene, aunque se ve que es una criatura inconsciente. (*La orquesta comienza a ejecutar un tango. Se ha de bailar el tango como en los cabarets. Una pareja de mujeres solas. Con ''cortes y quebradas''. En la orquesta debe haber los ruídos peculiares de las auténticas, gritos, ladridos, silbidos, etc.*).

ANGELICA.—¡Un momento!... Vení, Papaíto... Señores: este tigre (*Señalando a Turdera*) y no hay dos, es un bailarín científico del tango. ¿Percatan?... (*Turdera le amaga cariñosamente un golpe de puño*) ¡Parate!... ¿Y yo?... Aunque soy remanyadísima, ¡soy su papa!... (*Mirando a María Esther*) ¿Verdad, Papaíto? (*Bailan*).

PATOTERO 1.°—(*Que ha seguido haciendo libaciones, tararea el tango y se conmueve con sus notas*) ¡Ah! ¡Tango! ¡Tango! ¡La siento en el alma esta música tan nuestra!... (*Llorando*) ¡Pucha!... ¡Cómo estoy de triste! (*Tira una bolita al Viejo que pasa bailando, y sus compañeros lo imitan, hasta aumentar el calibre de los proyectiles*).

PAYO.—Compadre, abra el paraguas, que llueve...

VIEJO.—Al que yo le pesque, le voy a hacer sonar el coco. (*Arrecian los proyectiles y entonces el Viejo se encara con el Patotero 1.°*) ¡A vos mismo!... (*Patotero 1.o mira a un lado y otro, y después se ríe*) ¡A vos mismo, llorón!...

PATOTERO 1.°—¿A mí me habla?...

VIEJO.—¿Y a quién será?... (*Patotero 1.o se levanta y le da un trompazo, al que siguen otros de los demás patoteros. Intervienen los mozos y el patrón y se hace la calma, después de invitar al Viejo a que abandone el local. La orquesta acalla el bochinche, o mejor dicho, lo aumenta, a puro tango*) ¡Si los yego a garrar por mi provincia!... (*Vase*).

PATOTERO 1.°—(*A Payo*) Perdone, che, Payo, ¿no?

PAYO.—¿Yo?... ¿Por qué?... Le estuve diciendo que la iba a ligar... (*Turdera y Angélica, se sientan a invitación de éstos en la mesa de los patoteros y piden de beber*).

ANGELICA.—(*Riendo*) ¡Se dan masajes faciales gratuitos!... (*La orquesta continúa el tango. Ivonne canta una canción con estribillo y a continuación María Esther canta el estilo-tango ''¿Qué has hecho de mi cariño?'' Letra de J. González Castillo, música de J. Maglio (Pacho)*).

I

¿Qué has hecho de mi cariño?
....
¿Dónde mi sueño está?
¿Mi sueño de placer,
De juventud y amor?
¿Qué has hecho de mi alegría
Que todo es ahora dolor?
¿No ves que todavía
Me ha quedado el corazón
Que sólo vive de ilusión?

II

¡Yo soñé con un cuartito
Lleno de luz y de vida
Sin una nube de dolor,
Y en el medio un altarcito
Para nuestro mutuo amor!

¡Y con un pibe en la cuna,
Rubio como nuestros sueños...
Y mucha risa y mucho sol.
Y allí reinando como dueños
Solos vos y yo!

III

¿Qué has hecho de tanta dicha?...
....
Todo mentira fué
Todo vana ilusión
No queda nada ya
¡Mentira fué tu cariño,
Y mentira tu lealtad!
¡Sólo queda del nidito
Que soñara en mi ilusión
La cruel espina de tu amor!

TRIO

IV

(A boca cerrada)

V

¡Si nada ha de volver
Qué le he de hacer
Sinó matar mi amor
Buscándome placer...!
Y con el tango
Que alivia mi condena
Me olvido de la pena
Y hasta me olvido de él.

VI

¿Qué has hecho de tanta dicha?..
....
¡Todo mentira fué!
¡Todo vana ilusión!
¡No queda nada ya!
¡Mentira fué tu cariño
¡Y mentira tu lealtad!
¡Sólo queda del nidito
Qué soñara en mi ilusión
La cruel espina de tu amor!
....
¿Qué has hecho de mi cariño?

TURDERA.—¡Una farándola, muchachos, todos! ¡Que la bailen todos!... (*En seguida lo imitan todas las parejas, con excepción de María Esther y el Payo*). ¡Usted también, Payo!... ¡Ni Dios se salva de bailarla!...

PAYO.—¡Che, pero yo estoy viejo ya pa estas cosas!...

TURDERA.—¡Prendaselé a esa!... ¡Nada, nada! (*Por María Esther. El Payo se ve obligado a bailar, y tomando a María Esther se incorpora al final de la columna. Dan una vuelta por la escena y desaparecen por derecha, menos el Payo y María Esther*).

PAYO.—(*Al conseguir desprenderse*) ¡No puedo más! ¡Quién sigue a estos locos!... (*Mientras la música se pierde a la distancia, el Payo y María*

Esther han quedado frente a la puerta de entrada. Llega por ésta Héctor, y al enfrentar a ella, queda sorprendido contemplando al Payo).

HECTOR.—Muy bien, querido tío...

PAYO.—(*Pretendiendo disimular su turbación*) ¡Hola!... (*Aparte*) ¡Qué papelito!... ¡Quién me meterá a mí en estas cosas!

HECTOR.—Ante todo, tío, me va a permitir que lo felicite por la compañera...

M. ESTHER.—Muchas gracias...

PAYO.—¡No, te diré!... ¡te diré!... este... Se trata de una... señorita empleada... a quien procuro sencillamente distraer, pues... está presa... de una profunda melancolía... (*Aparte*) ¡Aquí de tu cara rota, Payo!...

HECTOR.—Así lo he comprendido yo, tío. ¿Cómo voy a sospechar siquiera que usted pretenda enamorar a su edad... y a una criatura así, tan gentil y buena moza... y que puede ser hija suya?... (*Cambia expresivas miradas de inteligencia con María Esther*).

M. ESTHER.—No tanto, no tanto...

PAYO.—(*Aparte*). ¡Uy! ¡éste la tiene más rota que yo!... ¡Me ha reventao el sobrino! ¡No te acoquinés, Payo! (*A Héctor*) Ante todo, señor sobrino, ¿puede saberse la razón de su presencia en este antro?

HECTOR.—(*Con marcada ironía*) Le diré a usted, señor tío. Por razón de estudios. (*Con énfasis*) Son estos antros la panacea de las almas juveniles. Son estos antros el panal...

PAYO.—Te voy a dar un castañazo en el panal...

HECTOR.—(*Riendo*). Qué gran tipo es este tío.

PAYO.—Che... pero el ejemplo que doy. No está bien.

HECTOR.—¿Pero usted con prejuicios, tío?... El hombre, como la piedra, debe rodar mucho para llegar al final de la cuesta convertido en un canto rodado, es decir, pulimentado. Es lo que voy persiguiendo, tío: perder esta rusticidad para llegar a ser un hermoso ejemplar de canto rodado, como es usted. ¿Hablo bien, tío?

PAYO.—Demasiado, querido sobrino. Bueno, y a sentarse que aquí tenemos la perrada de vuelta. (*Se sientan los tres a una mesa. Reaparece la "farándole", dan una vuelta por la escena y termina la música. dispersándose parejas por las mesas, animadamente. Héctor mientras, [illegible] gible conversación con María Esther. La orquesta ejecuta un [illegible]*

TURDERA.—(*Después de cambiar una mirada de inteligencia con los demás, haciendo "cortes" exagerados con el sólo propósito de h[illegible] caer a María y María Esther, después de un segundo de irresol[illegible] comprometer a Héctor, sale a bailar con Turdera. Turdera est[illegible]mula estarlo más, haciendo "cortes" exagerados con el solo pro[illegible]er a María Esther, festejándole ruidosamente la patota*).

HECTOR.—(*Que mira espantado, al Payo*) ¡I[illegible] (*Queriendo levantarse*) ¡Pero, cómo permiten estos salvajism[illegible]

PAYO.—¡Quieto!... ¡Dios te libre de entr[illegible] ¡Se volverían todos contra vos!... Salgamos, es lo mejor [illegible]

HECTOR.—¡No, tío, dejemé!... ¡Pero v[illegible]enza!... (*Turdera, en un giro de la danza, se ha tira[illegible]riendo arrastrar en su caída a María Esther, sin conseguirlo. F[illegible] dirige hacia Héctor llorando y al alcanzarla de nuevo Turd[illegible]one y escudando con su cuerpo a María Esther, se queda fren[illegible]dera, quien después de sostenerle un segundo la mirada; vase hacia su mesa, donde es increpado por los demás*).

PATOTERO 1.º—¡Sos un desgraciao!... ¿No sos capaz de dársela?... Voy yo...

TURDERA.—Paráte... (*Lo detiene*) Vos me dejás a mí... Nadie tiene derecho más que yo... p'arreglar esto. ¡Se acabó!...

PATOTERO 2.°—¿Pero quién es ese gato?
TURDERA.—Quien quiera que sea... (*Llama al mozo*) ¡Un whisky y un vaso cívico!...
MOZO.—¿Soda?...
TURDERA.—¡No, señor!... la soda pa los maricas. (*El mozo lo sirve*).
PAYO.—(*A Héctor, que procura consolar a María Esther*) Vos no te momás de ahí, porque te fusilan. Voy a ver si arreglo esto...
HECTOR.—¡Vea, tío, no hay nada que arreglar con estas sabandijas!
PAYO.—Vos te callás, ¿me entendés?... Yo te lo mando.
M. ESTHER.—Sí, déjeló, Héctor. A las malas es peor con esa gente. (*El Payo va hacia la mesa de los patoteros*).
PAYO.—(*A Turdera*) Una palabra, amigo Turdera...
TURDERA.—¿A mí?... Cómo no... (*Un poco aparte*).
PAYO.—Che, Turdera, vengo a decirle que no vaya a tomar a mal lo de mi sobrino...
TURDERA.—¡Ah!... ¿es su sobrino?
PAYO.—Todo fué una parada pa quedar bien con ella, ¿me entiende, che?...
TURDERA.—Sí, pero... me extraña mucho de usted, viejo, en estas cosas... ¿Cómo quedo yo ante los demás?... (*Al aludirlos se acercan los demás de la patota*).
PATOTERO 1.°—¿Qué hay, che?
PATOTERO 2.°—¿Venimos con componendas, ahora?...
PATOTERO 1.°—(*A segundo*) ¡Calláte vos, querés?...
TURDERA.—No sé... Aquí dice el Payo, que fueron paradas pa quedar bien con ella...
PATOTERO 1.°—¡Son cuentos!
PATOTERO 2.°—¡Es claro!... de puro compadre se metió.
PATOTERO 1.°— Y ahora sale pidiendo la...
TURDERA.—¡Un momento!... Se me ocurre una cosa... Vamos a ver si han sido paradas de su sobrino, como usted dice. Que la saque pa'l bosque de Palermo y vamos todos. Le damos la preferencia...
[illegible] sería inhumano, che, Turdera.
[illegible] ¿Pero... usted se va a asustar?
PAYO.—No, pero...
PATOTERO 1.°—Bueno, entonces que le dé una satisfacción acá, en público, ya que fué parada...
TURDERA.—No, dejáte de tonterías... Vaya, Payo, y propóngale eso... ¡vaya!...
PAYO.—(*Aparte, separándose*) ¡Dios mío! ¿qué hago?...
TURDERA.—En cuanto lleguemos al bosque, le quitamos la mujer.
PATOTERO 1.°—¡Ya está!...
PATOTERO 2.°—¡Ni que hablar!...
TURDERA.—¡Estos son programas! ¿Han visto?... (*Quedanse comentando en voz baja el plan, demostrando cada uno de ellos gran regocijo*).
PAYO.—(*Aparte*) ¡Aquí, la fracasa a uno, hasta la experiencia! (*Un poco aparte*) Héctor: me he valido ante esa gente, de una argucia, procurando evitarte una desgracia, inevitable por tu ligereza. ¡A qué habrás venido!
HECTOR.—No veo para qué...
PAYO.—Pues yo sí, aunque de nada me haya servido. Escuchame: vos les has inferido una afrenta y no es gente de quedarse con ella.
HECTOR.—¿Por no permitir que vejaran a esa pobre criatura?...
PAYO.—Bueno, pues es el criterio dominante en un lugar como éste. Pero dejemos esto ahora. Es preciso que te vayas, pero ya mismo, porque te van a provocar y ellos son muchos.
HECTOR.—¿Sin ella?

PAYO.—¿Y vos qué tenés que ver con esa mujer?...

HECTOR.—¡Ah! pues más de lo que usted se supone tío. Yo me voy, ¡pero con ella! De otra manera me mostraría ante ellos, ante María Esther sobre todo, como un cobarde, y no lo soy...

PAYO.—¿Sabés a lo que te exponés?... Mirá, escuchame, por favor. Hay esto además,.. (*Le habla quedo*).

TURDERA.—Le voy a ganar la puerta, porque estoy sospechando... (*Vase hacia la puerta de salida*).

PATOTERO 1.º—¡Demoselá!... ¡Demoselá!... ¡Qué diablos!... Ya estoy contento, ¿han visto?... Se me espiantó rápido la tristeza. ¡No hay como un buen programa!

M. ESTHER.—¡Por Dios, no!... No se comprometa por mí... déjeme... que yo no merezco...

PAYO.—¡Mirá lo que vas a hacer!... ¡Es una temeridad!... ¡Te jugás la vida!...

HECTOR.—¿Y en qué mejor ocasión, tío? ¡Por una mujer! (*A María Esther, tomándola por un brazo*) ¡Salgamos!... (*Al llegar a la puerta*).

TURDERA.—(*Cruzándosele*) Esa mujer me pertenece.

HECTOR.—¡Tómela, si es capaz!

TURDERA.—¡Que no!... (*Va a echarle mano y Héctor lo voltea de un golpe de puño. Todos los patoteros se levantan con intención de agredir a Héctor y entonces éste saca un revólver y los contiene, mientras sujeta con el brazo izquierdo a María Esther que se ha desmayado. Los patoteros van estrechando el círculo*).

PAYO.—(*Viendo a Turdera que saca revólver, se le va encima y quitándoselo, colócase al lado de Héctor y dice*): ¡Atrás, cobardes, o los quemo!... (*Retroceden los patoteros. A Héctor*) ¡Al automóvil, vos, ahora!... (*Vase Héctor y al sonar la bocina. A Turdera*): ¡Pagá el gasto, che! ¡Y mañana te mando la papeleta! (*Por el revólver*).

MUTACION

Cuadro segundo

Un salón interior, en la casa de modas de don Diego Martínez, padre de Héctor y hermano del Payo. Sofaes, sillones, sillas, un par de maniquíes y algunos muebles más que, por la variedad, dan la impresión de que esa pieza sirve para todo: salón, comedor, etc., de la casa comercial. A foro, una puerta con cortinados, los vidrios pintados de blanco, con letras al revés que dirán: "Tailleur-Costumes". Puertas laterales practicables. En el centro, gran mesa de comedor, cubierta con una carpeta y sobre ella una jardinera o centro de mesa, etc.

(Al levantarse el telón aparecerán en escena María Esther y las demás costureras, cosiendo a mano sus respectivos trabajos: vestidos, batas, etc. Doña Juana, observará uno de los vestidos).

María Esther, doña Juana, Rosa, Pepa, dos o tres costureras. Después Martínez.

JUANA.—(*Después de una pausa*) Bien... Traten de apurar, muchachas, esos dos vestidos de jacket... Son urgentes... Esta noche o mañana temprano, a más tardar, deben ser entregados...

MARTINEZ.—(*Entrando por la puerta del foro que se supone da al negocio. Martínez es la antítesis de su hermano, el Payo, a quien conocimos en el primer cuadro. De mayor edad que él, cincuenta y cinco años, es un hombre grave, circunspecto, con una gran convicción del honor familiar. Viste elegante pero severamente de jacket, usa barba, y en una palabra, tiene el aspecto del hombre serio, como se dice. Consultando su reloj*) Son las once y media... Pueden re-

tirarse. (*A las costureras. Estas se levantan, dejan sus trabajos y se disponen a salir, colocándose sus sombreros y blusas. María Esther queda en su sitio. A doña Juana*) Haz preparar el almuerzo, Juana... (*A Rosa*) Y tú, vete a atender el negocio... (*Rosa, obedece*).

COSTURERAS.—Hasta luego, señor... Hasta luego, señora.

JUANA.—Hasta luego... Y ya saben: no me falte ninguna.

COSTURERAS.—No, señora. (*Vase por foro. Doña Juana va hasta el foro y luego vuelve*).

JUANA.—(*A Pepa*) Estírame a la plancha estas polleras. (*Pepa, mutis izquierda*).

MARTINEZ.—(*A María Esther*) Deje eso, María. Descanse. No es hora de trabajar... (*María Esther obedece. Doña Juana vase por izquierda como si se dirigiera a la cocina. María Esther arregla sus trabajos y Martínez hace mutis por foro. Un momento de pausa. Entran luego por foro dos niños: Juanito y María, con sus útiles como si vinieran del colegio*).

María Esther, Juanito, María. Luego Héctor

JUANITO.—Buenos días... ¿Ya está la comida?...

M. ESTHER.—Caramba que vienes apurado... Ya te la están preparando.

MARIA.—¿Vamos a jugar, entonces?....

JUANITO.—Vamos... (*Se quitan las gorras y las carteras que arrojan descuidadamente en cualquier sitio*).

M. ESTHER.—Pero, chicos; no sean así... No tiren las cosas... ¿No ven que de esa manera le dan más trabajo a su mamá?... (*Recogiendo los libros que coloca sobre la mesa*) Vengan, les voy a quitar la blusa, por lo menos, para que no se manchen... (*Se dispone a arreglar a los chicos con solicitud maternal cuando entra por el foro, Héctor, que se detiene un momento a contemplarla. A los chicos*): Los niños deben ser juiciosos... y tratar de no dar más trabajo del que dan... Bueno, ya están. Ahora pueden ir a jugar... (*Los chicos salen corriendo por izquierda*).

María Esther y Héctor

HECTOR.—Haciendo de cariñosa mamita, ¿eh?

M. ESTHER.—¡Ay!... ¡Héctor!...

HECTOR.—Me vine disparando. (*Apretándole la mano con efusión aunque con recelo*). Ya se me ha hecho una necesidad hablarte siquiera dos palabras, a solas... ¿Estás bien?... ¿Estás contenta?... ¿No extrañas?...

M. ESTHER.—No... Al contrario... Me parece estar en mi casa... Tu mamá es muy buena... y tu papá, aunque tan serio, no parece malo...

HECTOR.—No; el viejo es así no más... Ya te tomará cariño, y... entonces, no habrá por qué disimular... Dame un beso...

M. ESTHER.—No... Aquí no... Podríamos echarlo todo a perder.

HECTOR.—Si no nos ven...

M. ESTHER.—No importa... Ahora no...

HECTOR.—Como quieras... ¿Y... aprendes?...

M. ESTHER.—Estoy recordando... Tanto tiempo sin hacer nada... Es cuestión de que tome la mano... (*Entra en este momento Martínez, por foro*).

Dichos y Martínez. Luego, doña Juana

HECTOR.—(*Al ver a su padre, con cierta sorpresa*). ¡Ah!... Papá... ¿Y mamá?...

MARTINEZ.—No sé... ¿No la has visto aún?... Estará en el interior.

HECTOR.—Voy a verla...

MARTINEZ.—(*Deteniéndolo con un gesto*). Un momento.

M. ESTHER.—(*Comprendiendo que está demás*). Con permiso... voy a ver a los niños... (*Vase por izquierda*).

MARTINEZ.—Te he recomendado muchas veces que no des confianza a las empleadas...

HECTOR.—Yo no les doy confianza, papá... Le preguntaba...

MARTINEZ.—Cualquier cosa que sea... Basta con el saludo... Uno no sabe quiénes son ni de dónde vienen... Y de las simples preguntas se pasa a los animados diálogos... Y no hay para qué... Ya lo sabes.

HECTOR.—Muy bien... (*Va a hacer mutis*).

MARTINEZ.—¿Adónde vas?...

HECTOR.—A cambiarme, para almorzar... (*Sale por izquierda. Al salir se encuentra con doña Juana que entra*). ¡Ah!... Mamá. Buen día. (*La besa*).

JUANA.—Buen día, hijo... (*Héctor vase, Juana entra a escena*).

Martínez y doña Juana

MARTINEZ.—(*A Juana, cuando ha desaparecido Héctor*). Va a ser necesario vigilar a ese muchacho... No me están gustando nada sus frecuentes charlas con esa otra joven...

JUANA.—¡Bah!... ¿Le vas a impedir que sea atento con las empleadas?...

MARTINEZ.—No son atenciones, simplemente... Dios me libre pensar mal de nadie... pero Héctor no conversa con ella por conversar... Para mí hay más confianza de la que tú y yo creemos... La busca siempre a solas, a solas hablan... y he notado miradas que... Vamos: que es necesario impedir a toda costa que ese muchacho se desvíe...

JUANA.—Pero, aunque así fuera... ella no es una mala mujer...

MARTINEZ.—Tú no la conoces... Ni yo tampoco. Es una simple recomendada de mi hermano Benito... y Benito no es el inventor de la moral... A pesar de sus seguridades y de sus garantías... yo no creo en ella, ni en Benito... Ya lo sabes, pues...

JUANA.—Exageraciones tuyas. Siempre están con las mismas... ¡Pobre muchacha!...

MARTINEZ.—No son exageraciones: es prudencia, previsión. Tenemos hijas mujeres y niños... y es necesario impedir el mal ejemplo, y, sobre todo, evitar a toda costa, que un desvío de esos, frecuentes en los muchachos, pierda a Héctor... Mi padre no me permitió nunca hasta la mayor edad que mirara a la cara a una mujer... Con que, entendido, ¿eh?...

Dichos y Rosa

ROSA.—(*Por foro*). Papá... Esas dos señoritas de los trajes de jacket... Las artistas...

MARTINEZ.—¿Pero no se les ha dicho que estarían para la tarde?

ROSA.—Sí, les dije así, pero me contestaron que pasaban por aquí, y que querían ver cómo siguen, no más...

JUANA.—Sí, atiéndelas...

MARTINEZ.—(*A Rosa*). Vamos. (*A Juana*). Prepáreles los vestidos por si quieren probarlos... (*Vase con Rosa, por foro*).

JUANA.—(*Llamando a la puerta derecha*). ¡María Esther!...

Juana y María Esther

M. ESTHER.—(*Entrando*). ¿Llamaba, señora?...

JUANA.—Tráiga esa pollera que está estirando Pepita... Hágame el favor...

M. ESTHER.—Muy bien, señora. (*Mutis. Juana cepilla y arregla el vestido que estará colocado en el maniquí. Entran por foro Martínez, Ivonne y Angélica*).

Juana, Martinez, Ivonne y Angélica

MARTINEZ.—(*A las dos mujeres*). No faltan más que algunos detalles... pero de cualquier modo convendrá que por lo menos usted (*A Ivonne*) pruebe el jacket.

IVONNE.—¡Oh!... Ouí... Será bian... Bonyour, madame... ¿Commant, aléz vú?...

JUANA.—Buen día, señorita...

ANGELICA.—¿Y el mío?... ¿Estará terminado hoy también?...

JUANA.—Sí... Lo están concluyendo...

IVONNE.—(*Examinando el suyo en el maniquí*). ¡Oh!... la, la!... C'est el mío... ¡Que tres yolí!... Mirá, mirá, Angelíc... Qué bonitó...

ANGELICA.—¡Qué monada!... Pruébeselo, señor, a ver como le queda...

MARTINEZ.—Con el mayor gusto... (*Toma el jacket del maniquí y se lo pone Ivonne*).

JUANA.—Ni pintado, que fuera...

ANGELICA.—Che, qué bien... Parecés una aristocrática, che...

MARTINEZ.—(*Corrigiendo*). Un poquito en el hombro, y le quedará a usted perfecto.

Dichos y María Esther

M. ESTHER.—(*Con una pollera en las manos*) La pollera, señora...

ANGELICA.—¡Ay, che!... ¡María Esther!... ¿Cómo te va? (*La abraza*) ¿Qué estás haciendo aquí?

IVONNE.—¡Oh!... ¡la, la!... ¡Mari-Sther!... La picará... ¿Cómo te va?... Adónde te has metid... tanto tiempó... ¡Che!... Qué estás gordá... (*María Esther, queda completamente corrida, sin poder decir palabra. En cuanto a Juana y Martinez, no salen de su asombro*).

ANGELICA.—Pero, che... ¡Contestá!... ¿Qué estás haciendo aquí?... ¿Por qué desapareciste?...

IVONNE.—¿Sos de la casa icí?...

M. ESTHER.—Trabajo aquí...

ANGELICA.—¿Que trabajás, decís?...

IVONNE.—¿Trabacás?... ¿De cuá?...

M. ESTHER.—¿Y... no lo ven?... Con los señores...

ANGELICA.—(*Mirando a Ivonne*). Trabaja...

IVONNE.—(*Mirando a Angélica*). Trabacá... (*Después de un gesto de asombro lanzan a coro una homérica carcajada...*)

M. ESTHER.—(*Corrida*). Bueno, con permiso. Adiós.

IVONNE.—¡Pero, che!... ¿Te vas a ir?... Esperát... Vamos a tomag un vermouth...

M. ESTHER.—No, gracias... Adiós... Con permiso, señora... (*Se va casi sollozando, por izquierda*).

ANGELICA.—¡Pero, mirala che, trabaja!... (*Vuelven a lanzar otra carcajada*) ¡Y se ha ido enojada, che!...

IVONNE.—Se ha hecho persón decent. ¡Se irá a casag bian!... (*Vuelven a reirse*).

MARTINEZ.—(*Rojo de ira, a Juana*): ¡Qué te decía yo!... ¡Oh, Benito!...

ANGELICA.—¿Y de qué trabaja aquí, ésta?...

JUANA.—Es media oficiala modista.

IVONNE.—Trabacagá con los pies... porgque para le tangó teniá buenos pies... (*Ríe*).

MARTINEZ.—¿La conocen ustedes?...

ANGELICA.—Sí, era compañera nuestra en el cabaret.., Baila bien, después de mí, era, puede decirse, la mejor...

IVONNE.—Pegó siempr le dió pog el santimentalism... ¿Te acogdás, che... ¡Quel bochinche!... con tu primer amante, y de ella osí, Turderá?...

MARTINEZ.—¿Y... la ven ustedes con frecuencia?...

ANGELICA.—No... Hace como un mes desapareció después de un bochinche... que tuvo con un amigo... pero es una pobre muchacha...

Dichos, menos María Esther, y el Payo

PAYO.—(*Entrando por foro*). Buenos Días...

IVONNE.—Oh... Migá quián está ici tambián... El Payó... ¡Pero aquí está ahoga todo el cabaret!...

PAYO.—(*Aparte*). ¡Adiós mi plata!...

ANGELICA.—¿Cómo te va, viejito?... ¿Qué hacés acá?... ¿Vos siempre donde hay mujeres, eh?

PAYO.—Pero... señoritas...

IVONNE.—¿Señogitás?... Dejat de pavad... Viejit... ¿O vos tambián trabacás ici?...

MARTINEZ.—¡Cómo! ¿Ustedes conocen también a éste?...

ANGELICA.—¿Y quién no lo conoce al Payo Martínez... Un viejo más verde que una aceituna... (*Las dos rien*).

PAYO.—Señoritas... yo...

IVONNE.—¡Ja! ¡Ja!... Se ha hech hombre decént... tambián...

MARTINEZ.—(*Cortando la burla*). Bien, señoras... Esta tarde a primera hora se les enviarán los vestidos...

ANGELICA.—Bueno, vamos che... es hora... (*A Martínez*): No se olvide, ¿eh?... temprano... (*Al Payo*): Adiós, viejito... Y a ver cuando vuelves por allá...

IVONNE.—Bián... Adié... O revuá, viejit calavegón... Y decil a Marí-Sther que no trabaque tantó... (*Las dos se rien*) Adié, señora. (*Martínez las acompaña hasta el foro*).

PAYO.—(*Aparte*) Me han reventado las atorrantas éstas... (*Juana se va por izquierda*).

El Payo y Martínez

MARTINEZ.—¿Qué te parece?... ¡Qué bonito es todo esto!... Puedes estar satisfecho... (*Silencio del Payo*). ¡Pero no te da vergüenza andar en estas... inmundicias?

PAYO.—¡Hombre!... Creo que se me ha pasado ya la edad de las reconvenciones... y de los peligros... Soy bastante crecidito...

MARTINEZ.—Lo que se te ha pasado es la vergüenza.

PAYO.—¡Diego!... Te prohibo que me ofendas... No tienen ningún derecho...

MARTINEZ.—¿Cómo que no?... ¿Voy a permitirte que me traigas aquí mujeres de esa calaña. (*Por María Esther*) con engaños y mentiras, prostituyendo mi hogar, pervirtiendo a mi hijo y llenando de oprobio esta casa... con el escándalo y el mal ejemplo?...

PAYO.—No digas tonterías, hombre... Tienes la obsesión de la moral, tú también... Esa muchacha es un alma de Dios, y yo...

MARTINEZ.—¡Qué! ¿La vas a defender?... ¿No la has traído acaso de un cabaret, engañándome que era una huérfana y que necesitaba nuestra protección moral, más que material?...

PAYO.—Y bien: la necesita... Yo no sé, ni me detengo a pensar de dónde viene ni cuál es su pasado... ¡Es una mujer, sola y desgraciada, y basta!...

MARTINEZ.—Dices bien... es una desgraciada... Una hija del fango... y es allí donde debe estar... y no aquí donde hay niñas y donde tengo un hijo que, entiéndelo, causa tuya, ya comienza a inclinarse a esa... desgraciada...

PAYO.—No seas infeliz... Qué va a comenzar... ¿Tú qué crees?... ¿que los muchachos de hoy, remontan barriletes a los veinte años?... No seas inocente... Y sobre todo: no seas hipócrita... Con esa estúpida moral, le boca afuera no hacés nada más que alimentar el vicio tanto más violento cuanto más disimulado...

MARTINEZ.—¡Benito!... No hables así, te lo prohibo... Mi hijo...

PAYO.—Tu hijo es como todos los jóvenes de hoy y de antes y de siempre... Y si se inclina a esa joven será porque la ama y la necesita... Y no me culpes a mí... Yo no he hecho nada más que acceder a un ruego de él, convencido de que tenía razón, y de que en cuestiones de amor, más vale la franqueza de hechos que la hipocresía de los disimulos... y convencido también de que sólo con la libertad, y la bondad y la protección podía hacerse un santo amor de lo que comenzaba como una pasión mezquina...

MARTINEZ.—Entonces, quiere decir que Héctor y esa mujer...

PAYO.—Eres un infeliz en no haberlo comprendido...

MARTINEZ.—¡Oh!... ¡Yo pondré remedio a esto!... (*A la puerta de izquierda. Llamando*): ¡María Esther!... ¡María Esther!...

PAYO.—¿Qué vas a hacer?...

MARTINEZ.—A cortar por lo sano, a pesar de tus teorías de pervertido...

PAYO.—Harás una injusticia...

MARTINEZ.—Haré lo que me da la gana... ¡Estoy en mi casa!

Dichos y María Esther

MARTINEZ.—(*A María Esther que se presenta cabizbaja y vergonzosa*): Señorita... Puede usted hoy arreglar lo que tenga aquí, y buscarse otro acomodo... Yo no puedo consentir que usted permanezca un día más en esta casa...

PAYO.—Pero, Diego, eso es una infamia...

MARTINEZ.—Lo que tú quieras... pero estoy en mi casa y en ella mando yo... Ya lo sabe usted, señorita...

M. ESTHER.—Yo no he hecho, señor, nada que pudiera ofenderlo...

MARTINEZ.—A usted le parecerá así... pero usted me ha engañado, en connivencia con mi hermano y con mi hijo, para traer el escándalo a esta casa...

M. ESTHER.—Yo he venido, bajo la protección del señor (*Por el Payo*) y porque creía que en alguna parte podía olvidar lo que ha sido mi desgracia... pero no se incomode usted, señor... Me he equivocado... y le dejaré su casa, mucho antes de lo que usted desea...

MARTINEZ.—Cuando usted guste.

PAYO.—María Esther, perdóneme... pero ya lo ve usted... ¡Esta no es mi casa!... ¡Yo no tengo casa!... Sin embargo...

M. ESTHER.—No importa, señor... Volveré al cabaret... Allá no me preguntarán de dónde vengo... (*Hace mutis por la puerta izquierda*).

PAYO.—Esto que hacés con esa joven es una infamia y una cobardía... ¡Si esto es tu moral y tu honor, reniego yo de tu honor y de su moral! ¡Cobarde!...

MARTINEZ.—Mira, Benito... No me ofendas, porque no te lo voy a consentir. No me saques de mi paciencia... ¿Entiendes?... (*Gritando*).

PAYO.—¡Eres un mal hombre!...

MARTINEZ.—Y tú eres un disoluto... un viejo pervertido...

PAYO.—¡Diego!...

Dichos y Juana, Héctor y Pepa. (Estos aparecen a los gritos de Martínez y el Payo).

JUANA.—¡Pero, Dios mío, qué es eso!... No discutan...

MARTINEZ.—(*A Héctor*) Venga usted acá, caballerito... Desde hoy trata usted de corregirse en sus costumbres o me deja usted esta casa... ¿Es ese

el modo de pagarme todos los sacrificios hechos por su porvenir y su educación? ¿Trayéndome una... una meretriz a su propia casa?... ¡A la casa de sus hermanas?...

HECTOR.—Papá... Yo no he traído una meretriz, como usted dice... He traído a una mujer que amo y que, por lo tanto, quiero dignificar...

MARTINEZ.—¿Y la va a dignificar usted haciéndola su querida?... ¿Es amor acaso la relación criminal y vergonzosa con mujeres de cabaret?...

HECTOR.—Papá... está usted ofendiendo a María Esther, y a mí.... Yo no he mirado de dónde viene, porque la quiero y nada más... y con sólo quererla la igualo a mí y la elevo sobre todo lo que puede contaminarla... Si se lo he ocultado ha sido porque quería que usted la conociera bien, y que ella demostrara que es capaz de regenerarse y porque ya mismo quiero comprobar mi propio cariño...

MARTINEZ.—Eres tan cínico como tu tío...

PAYO.—Diego...

HECTOR.—Pero, papá...

MARTINEZ.—¡Basta!... (*A Pepa*). Preparen la mesa... (*Pepa y Juana tienden la mesa. Entran los dos chicos, Juanito y María, con una casita de cartón y se sientan a la derechn, en el suelo, a armarla*). Y desde hoy en adelante le prohibo que vea más a esa mujer. El primer día que yo lo sepa va usted también a la calle... ¡No faltaba más!... (*Martínez sale por foro*).

HECTOR.—Es una injusticia, mamá...

JUANA.—Pero, hijo mío... Es una mujer de un triste pasado... Hoy han estado aquí dos mujeres que la conocen... Y tu padre tiene razón... Es una vergüenza...

HECTOR.—No; no tiene razón... Si esta casa es tan moral como él y usted dicen... ¿a dónde mejor va a ir para regenerarse una mujer así?... Por eso la he traído...

JUANA.—¿Pero tú no comprendes que tienes hermanas menores, y que sería un ejemplo desastroso para ellas?...

HECTOR.—El ejemplo es otra mentira... Nadie se pervierte por lo que ve, mamá... Ustedes acusan a esa pobre muchacha de venir de donde viene.... pero no tiene escrúpulos en que vengan otras mujeres de su misma naturaleza, cuando vienen a dejar dinero. Entonces no hay mal ejemplo... Entonces, hay buen negocio...

PAYO.—Bien dicho... ¡Esa es la relatividad de la moral!

JUANA.—Pero, ustedes se han vuelto locos...

HECTOR.—Peor sería que nos volviéramos también hipócritas...

Dichos y María Esther

(*Sale María Esther, de izquierda, con un paquete y cruza lenta y tristemente la escena para hacer mutis por el foro*).

HECTOR.—(*Sin poderse contener*). ¡María Esther!... (*Va a darle la mano*). Perdóname...

M. ESTHER.—No importa... Todo esto me lo esperaba... Y te lo dije. Pero tú no tienes la culpa...

HECTOR.—¿Y te vas a ir así?... ¿A dónde vas?...

M. ESTHER.—A cualquier parte... No me faltará... Si me buscas, siempre me encontrarás... pero no te conviene buscarme...

Dichos, Martínez y Rosa

(*Aparecen Martínez y Rosa, por foro. Todos quedan en silencio*).

M. ESTHER.—Adiós... Y muchas gracias... (*Rompe en un sollozo y vase por foro*).

HECTOR.—(*Precipitándose a ella*). ¡María Esther! (*Lo detiene de un brazo Martínez*).

MARTINEZ.—¡Si sale usted detrás de esa mujer, no me pisa usted más esta casa!...

JUANA.—(*A Héctor*). Tranquilízate, hijo mío. (*Lo abraza*).

HECTOR.—Es que yo la quiero, mamá... (*Se sienta cabizbajo en una silla*).

MARTINEZ.—(*A Pepa*). Haz servir el almuerzo... (*Pepa sale por izquierda y vuelve en seguida. Martínez va hasta los dos chicos que juegan con la casita de cartón y le pega un puntapié derrumbándola*). Basta de juguetes aquí... ¡A la mesa!...

JUANITO.—(*A María*). La hacemos luego en el patio, ¿querés?...

MARIA.—Bueno...

MARTINEZ.—A la mesa... Vamos. ¡Se acabó!... (*Se sienta a la cabecera. Alrededor de la mesa habrá nueve sillas puestas, cuyas ocho primeras ocuparán silenciosamente Martínez, Juana, el Payo, Rosa, Pepa, Héctor, Juanito y María, quedando la de la cabecera opuesta, vacía. Es el asiento de costumbre de María Esther. Una pausa*).

JUANITO.—(*A Payo*). Cuente un cuento, tío, de aperitivo...

PAYO.—Dejate de cuentos, hijito, ahora...

MARIA.—Cuente, no sea malo...

PAYO.—Bueno, lo contaré: (*Comienza el cuento en voz sonora e intencionada. Entretanto la sirviente sirve la mesa*). "Había una vez en Jerusalén, un perro muerto en una esquina... Muchos hombres alrededor del perro estaban comentando sus fealdades..." — "Qué animal más sucio", decía uno. — "Mire qué sarnoso estaba", agregaba otro... — "Era tuerto", dijo otro, viéndole el ojo vacío... — "Sí, agregó un cuarto; era un perro atorrante,, — y ladrón, y rabioso, decían los demás..." De pronto un hombre vestido todo de blanco, flaco y triste, dijo: "¡Sin embargo parecen perlas los dientes del pobre perro!..." Ese hombre era Cristo. El único que le había visto una cosa bella al feo y muerto animal... (*Una pausa*).

MARIA.—¿Se acabó ya? ¡Uff!... ¡Qué cuento más feo! (*Pausa*).

JUANITO.—(*Al notar la silla vacía*). ¡Cómo! ¿Y María Esther? ¿No viene a comer?... (*Héctor, como despertando de un triste sueño, se incorpora de golpe*).

HECTOR.—Tiene razón, tío... Hay algo más bello que todas esas miserias que ven ellos... (*Gritando, sale por foro*). ¡María Esther!... ¡María Esther!...

TODOS.—¡Cómo! ¡Papá!... ¿Lo dejas ir?... (*Se incorporan simultáneamente, hablando todos a la vez como si intentaran así detenerlo*).

PAYO.—(*Incorporándose e imponiendo silencio, grita a voz en cuello*): ¡Silencio!... Déjenlo ir... ¡Quién ha dicho que allá no esté, acaso, la verdadera felicidad! (*Quedan todos estupefactos, mientras cae el:*)

TELON.

N.º 40º **EL TIO SOLTERO**, de Hicken. — N.º 41: **EL VUELO NUPCIAL**, de Iglesias Paz. — N.º 42: **SILVIO TORCELLI**, de Mertens.— N.º 43: **EL ARLEQUIN**, de Cione, y **CUANDO SE QUIERE**, de De Rosa, (Agotada). — N.º 44: **LOS INVERTIDOS**, de González Castillo. (Agotada). — N.º 45: **EL CABO GALLARDO** y **LOS NOVIOS DE GENOVEVA**, de Vacarezza. — N.º 46: **LA SOMBRA**, de García Velloso.— N.º 47: **EL COMITE DE LOMA VERDE** y **LA PERLA DE LA MADONA**, de Saldías y Eguía. — N.º 48: **EL SECRETO DE LA VIRGEN**, de Fontanella. — N.º 49: **LOS DISFRAZADOS** y **TANGOS, TONGOS Y TUNGOS**, de Pacheco. — N.º 50: **EL SEÑOR X**, de Dartnés y Damel, y **GEORGINA SE CASA...**, de Aquino. — N.º 51: **LOS MIRASOLES**, de Sánchez Gardel. — N.º 52: **ACQUAFORTE** y **LOS DIENTES DEL PERRO**, de Weisbach y González Castillo. (Agotada).

N.º 53: **EL CUENTO DE DON HILARIO**, de Duhau.—N.º 54: **LAS NIÑAS DEL 33** y **LA HORA NONA**, de De Rosa.—N.º 55: **MAMA CULEPINA**, de García Velloso.—N.º 56: **LA SENDA DEL MAL**, de Oría.—N.º 57: **LA NOVIA DE ZUPAY**, de Schaefer Gallo.—N.º 58: **EL DOCTOR CARRICOCHE**, de De Rosa y Folco.—N.º 59: **LA MUJER DE ULISES**, de González Castillo.— N.º 60: **LA COMEDIA DEL AMOR**, de Mertens.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

CAPITAL:		INTERIOR:	
Trimestre	2.40	Trimestre	3.00
Semestre	4.80	Semestre	6.00
Año	9 60	Año	12.00

NUMERO SUELTO

En la capital 0.20 Ctvos. - En el interior 0.25 Ctvos.

Pida BAMBALINAS en todas las estaciones de Ferro-Carriles, tranvías, kioskos y librerías :: ::

Clichés de "La Zincográfica", H. Franzoni Rivadavia 1615-17—Bs. As.



LOS DIENTES DEL PERRO

J. González Castillo y Alberto T. Weisbach

LA COLA DEL PERRO

José Mazzanti y Martín Gamio

José Gonzalez Castillo y Alberto T. Weisbah

LOS DIENTES DEL PERRO

PIEZA EN UN ACTO Y DOS CUADROS

Estrenada en el Teatro Buenos Aires de esta Capital, el 26 de Abril de 1918, por la Compañía Nacional Muiño - Alippi

REPARTO

MARIA ESTHER	Sra. Poli
ANGELICA	„ Catá
IVONNE	„ Barrilaro
DOÑA JUANA	„ Cornaro
PEPA	„ Pérez
ROSA	„ Alonso
MARIA	niña Alicia
HECTOR	Sr. Alippi
PAYO MARTINEZ	„ Muiño
TURDERA	„ Pérez
PATOTERO 1.°	„ Otegui
PATOTERO 2.°	„ Cotro
PATOTERO 3.°	„ Sánchez
VIEJO AMIGO	„ Betoldi
DIEGO MARTINEZ	„ Drames
JUANITO	„ Hernández

CUADRO PRIMERO

Interior de un Cabaret en pleno funcionamiento. La orquesta (típica), sobre una tarima. Mesas, sillas y demás, en la disposición de costumbre. María Esther, en primera mesa a la derecha; Angélica y Turdera, en segunda mesa a la izquierda; Viejo Amigo y Payo Martínez en segunda mesa a la derecha; La Patota e Ivonne, en primera mesa a la izquierda.

(Un segundo antes de levantarse el telón, la orquesta típica comenzará a ejecutar un estilo triste. Al levantarse el telón, aparecerán todos escuchando con alguna religiosidad la música, a excepción de Ivonne)

PATOTERO 1.°—*(Ebrio, se lleva frecuentemente el pañuelo a los ojos, dando muestras de sentirse muy emocionado)* ¡Qué estilo!... ¡Parte el alma!.. *(Tararea un poco la música y ahoga la voz en un sollozo. Entra Payo Martínez y busca ubicación, saludando a varios. Cesa la música).*

VIEJO AMIGO.—¡Che Payo!... Venga, che, po amigo.

PAYO.—¡Hola!... ¿Cómo te va, Santiagueño? ¿Desde cuándo está por acá?

VIEJO.—Hoy día i yegao... ¡Pucha!... ya desesperaba de no ver una cara conocida. ¿Y con quién me había de topar?... ¡con el Payo! Calaverón viejo él. Siéntese, che, po...

PAYO.—No, che; gracias.

VIEJO.—¿Cómo? ¿Que no me vas a acompañar. No faltaba sino eso. Sentate... no podís disairarme...

PAYO.—¡No!... es que... *(Aparte)* ¡Qué programita! *(Se sienta).*

VIEJO.—Pero che, Payo, te ha reventao la helada, andás blanqueando

en canas.

PAYO.—Es de familia, che; mi padre ya a los treinta años tenía la cabeza blanca.

VIEJO.—Me vas a decir a mí. Tu padre a esa edad no tenía un pelo...

PAYO.—Un pelo 'e zonzo...

VIEJO.—No; ni de vivo, si era pelao. (*Ríe*).

PATOTERO 1.º—¡Pucha, que estoy triste!

PATOTERO 2.º—Pero che, estás con amigos...

PATOTERO 1.º—¡Es que todo están tristes!... ¡Somos unos pobres tristes!... ¡Vos... y éste... y todos!...

PATOTERO 2.º—(*Ríe*) ¡No embromes!

PATOTERO 1.º—Ahí tenés... ¿Vos crees que te has reído? ¡Mentira!... Has contraído la cara en una mueca ridícula. (*Llora*) Se acabó la alegría. (*Con desconsuelo*) No ves, ya no puedo reirme... (*Hace una mueca para reir y llora*) No ves... (*Llora*).

VIEJO.—L'agarrao en sentimental, el tipo... (*Ríe*).

PAYO.—Che... ¡No se meta! (*Aparte*) ¡Este se la va a ligar!

VIEJO.—Son unos locos estos porteños. (*Ríe*).

PAYO.—Cállese, amigo... o espiantujen.

VIEJO.—Pero che...

PAYO.—Yo se lo que te digo. No es un día que frecuento esto y puedo asegurarte que se puede alternar cómodamente con ellos, siempre que se esté a diapasón.

VIEJO.—Bueno, empezá, entonces... ¡Aura tocan a yorar... empezá... (*Ríe*).

PAYO.—(*Aparte*) Este la liga...

IVONNE.—Mé... ¡está llorando de verás!... (*Ríe*) ¡A vuár!... (*Acariciándole la cara*). ¡Oh, quel ridicú!... ¡Mon cherí!...

PATOTERO 1.º—¡Dejáme!...

IVONNE.—¡Mé tuá set un otarió!

PATOTERO 1.º—Respetá mis lágrimas...

IVONNE.—¿Lagrím de cocodríl?...

PATOTERO 1.º—¡Pa vos que no has llorao nunca!

IVONNE.—Vos tampoc, solament si estás borrach.

PATOTERO 1.º—(*Transición*) ¿Quien es borracho? ¡Hablá!... ¡Repetí! lo que has dicho!

IVONNE.—Pardón, bon amí, ye croayaba qu'estabá de brom.

PATOTERO 1.º—Qué broma, ni qué broma. ¡Espiantá! Si no querés que te dé vuelta de un guantón.

IVONNE.—¡Pero che, mi queridó!...

PATOTERO 1.º—(*Se levanta en disposición de golpear a Ivonne*) ¡Yo no soy querido de ninguna imbécil!... (*Amagándole un golpe de puño. Los demás patoteros intervienen*).

PATOTERO 2.º—(*A Ivonne*) Bueno, andáte, vos también.

IVONNE.—(*Encogiéndose de hombros*) E bian... (*Vase a otra mesa*).

PAYO.—Tomá nota, che, Santiagueño.

VIEJO.—(*A Ivonne*) Venga isí, no le haga caso a esos loqués...

IVONNE.—(*Murmurando*) ¡Sovayes!

PAYO.—(*Aparte*) Este no sospecha la de patadas y trompadas que se está incubando. (*A Ivonne*) Che, no vengás a comprometernos.

IVONNE.—E bian, no me sale la gana. Yo rest'icí. (*Se sienta a la mesa del Payo*).

PAYO.—(*Mirando hacia la mesa de los patoteros y notando que éstos fulminan con a lmirada a su viejo amigo*) ¡Uf!... ¡Qué fija! (*Retirando un poco la silla hacia la mesa de María Esther*) Tomemos precauciones, por si se les ocurre bombardear antes de atacar. (*El Viejo sigue animada conversación con Ivonne, pretendiendo enamorarla*).

PAYO.—(*A María Esther*) ¿Y usted, no baila?
M. ESTHER.—¡Cómo no! Para eso estoy aquí, señor.
PAYO.—¿Señor? (*En broma*) El Señor está en el cielo... ¿Se divierte?
M. ESTHER.—Tanto como divertirme... la obligación.
PAYO.—Ah... ¿usted está a sueldo, ahora?
M. ESTHER.—¡Que más remedio, señor!
PAYO.—¿Pero usted hace poco que frecuenta este cabaret?
M. ESTHER.—Sí, señor; poco. Antes me obligaban a venir, me traían a divertirme, ahora... he vuelto sola para ganarme el pan. (*Patotero 1.° arroja un bolito a la mesa del viejo*).
PAYO.—(*Al Viejo*) ¡Che!... Me parece prudente que se vaya.
IVONNE.—¿Pur cuá?... Se puede mandag mudag usted si quiere...
PAYO.—(*A Ivonne*) ¡Cómo son ustedes!... Comprometen a cualquiera con tal de no quedarse con el agravio.
IVONNE.—¿Quiegue que le diga la cuestión?... ¡Con le valog que usté tien, puede muy bain montag un fabríc de jabón! (*El Viejo ríe*).
TURDERA.—(*A María Esther*). Vas a bailar conmigo el tango que van a tocar... (*María Esther lo mira como interrogándolo*) Pero... arrib'una mesa
M. ESTHER.—Lo acompañaré, si quiere, pero para hacer el ridículo, ¡no!
TURDERA.—¿Quiere decir, que te negás a bailar conmigo?
M. ESTHER.—Ya le he dicho.
TURDERA.—No te vas a arrepentir después, ¿eh?
M. ESTHER.—Para eso, ahí tiene su amiga.
ANGELICA.—(*Interviniendo*) ¿Qué es lo que hay?
TURDERA.—Nada, se niega a bailar conmigo.
ANGELICA.—(*A María Esther*) Che, a Turdera no le hace un desaire ni vos ni nadie.
M. ESTHER.—Yo no me niego a bailar, lo que sí, que no me presto a servir para el titeo de todos.
ANGELICA.—¿Por qué, para el titeo?...
M. ESTHER.—Bailar arriba de una mesa es dar espectáculo, y yo no quiero.
ANGELICA.—Jesús, la niña... (*A Turdera*) Vení, yo te acompaño, Papaíto, vení...
TURDERA.—¡Acordate, eh!... ya te va a pesar esto. (*Vase a su mesa*).
ANGELICA.—(*Volviéndose, y a María Esther*) ¡Che!... y eso que has dicho de titeo... créeme, tanto pa vos, como pa mí, como pa cualquiera de estas mujeres es un orgullo bailar con mi Turdera. (*Vase a su mesa contoneándose. Los patoteros siguen arrojando proyectiles al Viejo*).
PAYO.—(*A María Esther*) ¿Usted cono ce a ese mozo?
M. ESTHER.—(*Con dolor*). ¿Si lo conozco?... Es a quien debo toda mi desventura señor.
PAYO.—¡Ajá!... Pues por su aspecto nadie creería...
M. ESTHER.—Nadie, señor, nadie. ¿Cómo podía yo sospechar?...
PAYO.—Sí, es claro, lo de siempre. Visten tan bien su exterior, que fácilmente engañan...
M. ESTHER.—Venía a lo de Harrods, donde yo trabajaba, y se mostró tan amable, obsequioso y caballero, que lo presenté a mi madre... (*Pausa*) ¡Lo más contenta ella!... Le pareció tan bueno... que llegó a quererlo como a un hijo. Un día confié en él, en sus promesas... (*Pausa*) Logrado lo que quiso, no supo disimular más, o no lo pretendió siquiera. Me dí cuenta de mi situación, pero no atiné a nada. Por aquella casa empezaron a desfilar todos sus amigotes y amigas y me presentaba como ostentando su hazaña. Allí se bailaba y se bebía hasta el amanecer. Y así después en Palermo ,en Armenonville, en los cabarets, me exhibía como si pusiese todo su afán en arrancar a girones el pudor que vanamente pretendía conservar. Mi madre lo supo y murió de pena. (*Pausa*).

PAYO.—¿Y cómo pudo desprenderse de sus garras?

M. ESTHER.—Como no me prestara después a sus combinaciones, me echó a la calle con lo puesto.

PAYO.—¡Qué infamia!

M.ESTHER.—Ya ve usted, señor, si lo conozco (*Pausa*).

PAYO.—¿Y esa... Angélica?

M. ESTHER.—Es una que tocaba en la orquesta del Guarany.

PAYO.—Una nueva víctima.

M. ESTHER.—Sí... pero ella parece tan a gusto...

PAYO.—Efectivamente, a todos asombra por las grandes predisposiciones que demuestra para esta vida. Ha acertado esta vez, el bandido. Esa es la mujer que le conviene, aunque se ve que es una criatura inconsciente. (*La orquesta comienza a ejecutar un tango. Se ha de bailar el tango como en los cabarets. Una pareja de mujeres solas. Con "cortes y quebradas". En la orquesta debe haber los ruídos peculiares de las auténticas, gritos ladridos, silbidos, etc.*)

ANGELICA.—¡Un momento!... Vení, Papaíto... Señores: este tigre (*Señalando a Turdera*) y no hay dos, es un bailarín científico del tango. ¿Percatan?... (*Turdera le amaga cariñosamente un golpe de puño*) ¡Parate!.. ¿Y yo?... Aunque soy remanyadísima, ¡soy su papa!... (*Mirando a María Esther*) ¿Verdad, Papaíto? (*Bailan*).

PATOTERO 1.º—(*Que ha seguido haciendo libaciones, tararea el tango y se conmueve con sus notas*) ¡Ah! ¡Tango! Tango! ¡La siento en el alma esta música tan nuestra!... (*Llorando*) ¡Pucha!... ¡Cómo estoy de triste! (*Tira una bolita al Viejo que pasa bailando, y sus compañeros lo imitan, hasta aumentar el calibre de los proyectiles*).

PAYO.—Compadre, abra el paraguas, que llueve...

VIEJO.—Al que yo, le pesque, le voy a hacer sonar el coco. (*Arrecian los proyectiles y entonces el Viejo se encara con el Patotero 1.º*) ¡A vos mismo!... (*Patotero 1.º mira a un lado y otro, y después se ríe*) ¡A vos mismo, llorón!...

PATOTERO 1.º—¿A mí me habla?...

VIEJO.—¿Y a quién será?... (*Patotero 1.º se levanta y le da un trompazo, al que siguen otros de los demás patoteros. Intervienen los mozos y el patrón y se hace la calma, después de invitar al Viejo a que abandone el local. La orquesta acalla el bochinche, o mejor dicho, lo aumenta, a puro tango*) ¡Si los yego a agarrar por mi provincia!... (*Vase*).

PATOTERO. 1.º—(*A Payo*) Perdone che, Payo, ¿no?

PAYO.—¿Yo?... ¿Por qué?... Le estuve diciendo que la iba a ligar... (*Turdera y Angélica, se sientan a invitación de éstos en la mesa de los patoteros y piden de beber*).

ANGELICA.—(*Riendo*) ¡Se dan masajes faciales gratuitos!.. (*La orquesta continúa el tango. Ivonne canta una canción con estribillo y a continuación María Esther sale a cantar. Apedido de los concurrentes canta "Mi noche triste"*).

TURDERA.—¡Una farándola, muchachos, todos! ¡Que la bailen todos!... (*En seguida lo imitan todas las parejas, con excepción de María Ether y el Payo*). ¡Usted también, Payo!... ¡Ni Dios se salva de bailarla!...

PAYO.—¡Che, pero yo estoy viejo ya pa estas cosas!...

TURDERA.—¡Prendaselé a esa!... ¡Nada, nada! (*Por María Esther El Payo se ve obligado a bailar, y tomando a María Esther se incorpora al final de la columna. Dan una vuelta por la escena y desaparecen por derecha, menos el Payo y María Esther*).

PAYO.—(*Al conseguir desprenderse*) ¡No puedo más! ¡Quién sigue a estos locos!... (*Mientras la música se pierde a la distancia, el Payo y María Esther han quedado frente a la puerta de entrada. Llega por ésta Hector, y al enfrentar a ella, queda sorprendido contemplando al Payo*).

HECTOR.—Muy bien, querido tío...

PAYO.—(*Pretendiendo disimular su turbación*) ¡Hola!.. (*Aparte*) ¡Qué papelito!... ¡Quién me meterá a mí en estas cosas!

HECTOR.—Ante todo, tío, me va a permitir que lo felicite por la compañera...

M. ESTHER.—Muchas gracias...

PAYO.—¡No, te diré!... ¡te diré!... este... Se trata de una... señorita empleada... a quien procuro sencillamente distraer, pues... está presa... de una profunda melancolía... (*Aparte*) ¡Aquí de tu cara rota, Payo...

HECTOR.—Así lo he comprendido yo, tío. ¿Cómo voy a sospechar siquiera que usted pretenda enamorar a su edad... y a una criatura así, tan gentil y buena moza... y que puede ser hija suya?... (*Cambia expresivas miradas de inteligencia con María Esther*).

M. ESTHER.—No tanto, no tanto...

PAYO.—(*Aparte*) ¡Uy! ¡éste la tiene más rota que yo... ¡Me ha reventao el sobrino! ¡No te acoquinés, Payo! (*A Héctor*) Ante todo, señor sobrino, ¿puede saberse la razón de su presencia en este antro?

HECTOR.—(*Con marcada ironía*) Le diré a usted, señor tío. Por razón de estudios. (*Con énfasis*) Son estos antros la panacea de las almas juveniles. Son estos antros el panal...

PAYO.—Te voy a dar un castañazo en el panal...

HECTOR.—(*Riendo*). Qué gran tipo es este tío.

PAYO.—Che... pero el ejemplo que doy. No está bien.

HECTOR.—¿Pero usted con perjuicios, tío?... El hombre, como la piedra, debe rodar mucho para llegar al final de la cuesta convertido en un canto rodado, es decir, pulimentado. Es lo que voy persiguiendo, tío; perder esta rusticidad para llegar a ser un hermoso ejemplar de canto rodado, como es usted. ¿Hablo bien, tío?

PAYO.—Demasiado, querido sobrino. Bueno, y a sentarse que aquí tenemos la perrada de vuelta. (*Se sientan los tres a una mesa. Reaparece la "farándole", dan una vuelta por la escena y termina la música, dispersándose las parejas por las mesas, animadamente. Héctor mientras, mantiene una inintelegible conversación con María Esther. La orquesta ejecuta un tango*).

TURDERA.—(*Después de cambiar una mirada de inteligencia con los demás Patoteros, va hacia María Esther*) Vení a bailar... (*Héctor se sorprende y María Esther, después de un segundo de irresolución, temiendo comprometer a Héctor, sale a bailar con Turdera. Turdera está ebrio, pero simula estarlo más, haciendo "cortes" exagerados con el sólo propósito de hacer caer a María Esther, festeándole ruidosamente la patota*).

HECTOR.—(*Que mira espantado, al Payo*) ¡Esto es brutal!... (*Queriendo levantarse*) ¡Pero, cómo permiten estos salvajismos?...

PAYO.—¡Quieto!... ¡Dios te libre de entrometerte en nada! ¡Se volverían todos contra vos!... Salgamos, es lo mejor...

HECTOR.—¡No, tío, dejemé!... ¡Pero vea!... ¡Es una vergüenza!... (*Turdera, en un giro de la danza, se ha tirado al suelo queriendo arrastrar en su caída a María Esther, sin conseguirlo. Esta al verse libre, se dirige hacia Héctor llorando y al alcanzarla de nuevo Turdera, Héctor se interpone y escudando con su cuerpo a María Esther, se queda frente a Turdera, quien después de sostenerle un segundo la mirada; vase hacia su mesa, donde es increpado por los demás*).

PATOTERO 1.o—¡Sos un desgracio!... ¿No sos capaz de dársela?... Voy yo...

TURDERA.—Paráte... (*Lo detiene*) Vos me dejás a mí... Nadie tiene derecho más que yo... p'arreglar esto. ¡Se acabó!...

PATOTERO 2.o—¿Pero quién es ese gato?

TURDERA.—Quien quiera que sea... (*Llama al mozo*) ¡Un whisky y un vaso cívico!...

MOZO.—¿Soda?...

TURDERA.—¡No señor!... la soda pa los maricas. (*El mozo lo sirve*).
PAYO.—(*A Héctor, que procura consolar a María Esther*) Vos no te movás de ahí, porque te fusilan. Voy a ver si arreglo esto...
HECTOR.—¡Vea, tío, no hay nada que arreglar con estas sabandijas!
PAYO.—Vos te callás, ¿me entendés?... Yo te lo mando.
M. ESTHER.—Sí, dejeló, Héctor. A las malas es peor con esa gente. (*El Payo va hacia la mesa de los patoteros*)
PAYO.—(*A Turdera*) Una palabra, amigo Turdera...
TURDERA.—¿A mí?... Cómo no... (*Un poco aparte*).
PAYO.—Che, Turdera, vengo a decirle que no vaya a tomar a mal lo de mi sobrino...
TURDERA.—¡Ah!... ¿es su sobrino?
PAYO.—Todo fué una parada pa quedar bien con ella, ¿me entiende, che?...
TURDERA.—Sí, pero... me extraña mucho de usted, viejo, en estas cosas... ¿Cómo quedo yo ante los demás?... (*Al aludirlos se acercan los demás de la patota*).
PATOTERO 1.º—¿Qué hay, che?
PATOTERO 2.º—¿Venimos con componendas, ahora?...
PATOTERO 1.º—(*A segundo*) ¡Calláte vos querés?...
TURDERA.—No sé... Aquí dice el Payo, que fueron paradas pa quedar bien con ella...
PATOTERO 1.º—¡Son cuentos!
PATOTERO 2.º—¡Es claro!... de puro compadre se metió.
PATOTERO 1.º—Y ahora sale pidiendo la...
TURDERA.—¡Un momento!... Se me ocurre una cosa... Vamos a ver si han sido paradas de su sobrino, como usted dice. Que la saque pa'l bosque de Palermo y vamos todos, le damos la preferencia...
PAYO.—Eso sería inhumano, che, Turdera.
TURDERA.—¿Pero... usted se va a asustar?
PAYO.—No, pero...
PATOTERO 1.º—Bueno, entonces que le dé una satisfacción acá, en público, ya que fué parada...
TURDERA.—No, dejáte de tonterías... Vaya, Payo, y propóngale eso... ¡vaya!...
PAYO.—(*Aparte, separándose*) ¡Dios mío! ¿qué hago?...
TURDERA.—En cuanto lleguemos al bosque, le quitamos la mujer.
PATOTERO 1.º—¡Ya está!...
PATOTERO 2.º—¡Ni que hablar!...
TURDERA.—¡Estos son programas! ¿Han visto?... (*Quédase comentando en voz baja el plan, demostrando cada uno de ellos gran regocijo*).
PAYO.—(*Aparte*) ¡Aquí, le fracasa a uno, hasta la experiencia! (*Un poco aparte*) Héctor: me he valido ante esa gente, de una argucia, procurando evitarte una desgracia, inevitable por tu ligereza. ¡A qué habrás venido!
HECTOR.—No veo para qué...
PAYO.—Pues yo sí, aunque de nada me haya servido. Escuchame: vos les has inferido una afrenta y no es gente de quedarse con ella.
HECTOR.—¿Por no permitir que vejaran a esa pobre criatura?...
PAYO.—Bueno, pues es el criterio dominante en un lugar como éste. Pero dejemos esto ahora. Es preciso que te vayas, pero ya mismo, porque te van a provocar y ellos son muchos.
HECTOR.—¿Sin ella?
PAYO.—¿Y vos qué tenés que ver con esa mujer?...
HECTOR.—¡Ah! pues más de lo que usted se supone, tío. Yo me voy, ¡pero con ella! De otra manera me mostraría ante ellos, ante María Esther sobre todo, como un cobarde, y no lo soy.
PAYO.—¿Sabés a lo que te exponés?... Mirá, escuchame por favor. Hay esto además... (*Le habla quedo*).

TURDERA.—Le voy a ganar la puerta, porque estoy sospechando... (*Vase hacia la puerta de salida*).

PATOTERO 1.º—¡Demoselá!... ¡Demoselá!... ¡Qué diablos!... Ya estoy contento, ¿han visto?... Se me espiantó rápido la tristeza. ¡No hay como un buen programa!

M. ESTHER.—¡Por Dios, no!... No se comprometa por mí... déjeme... que yo no merezco...

PAYO.—¡Mirá lo que vas a hacer!... ¡Es una temeridad!... ¡Te jugás la vida!...

HECTOR.—¿Y en qué mejor ocasión, tío? ¡Por una mujer! (*A María Esther, tomándola por un brazo*) ¡Salgamos!... (*Al llegar a la puerta*).

TURDERA.—(*Cruzándosele*) Esa mujer me pertenece.

HECTOR.—¡Tómela, si es capaz!

TURDERA.—¡Que no!... (*Va a echarle mano y Héctor lo voltea de un golpe de puño. Todos los patoteros se levantan con intención de agredir a Héctor y entonces éste saca un revólver y los contiene, mientras sujeta ocn el brazi izquierdo a María Esther que se ha desmayado. Los patoteros van estrechando el círculo*).

PAYO.—(*Viendo a Turdera que saca revólver, se le va encima y quitándoselo, colócase al lado de Héctor y dice*): ¡Atrás, cobardes, o los quemo!... (*Retroceden los patoteros. A Héctor*) ¡Al automóvil, vos, ahora!... (*Vase Héctor y al sonar la bocina. A Turdera*): ¡Pagá el gasto, che! ¡Y mañana te mando la papeleta! (*Por el revólver*).

Mutación

CUADRO SEGUNDO

Un salón interior, en la casa de modas de don Diego Martínez, padre de Héctor y hermano del Payo. Sofaes, sillones, sillas, un par de maniquíes y algunos muebles más que, por la variedad, dan la impresión de que esa pieza sirve para todo salón, comedor, etc. de la casa comercial. A foro, una puerta con cortinados, los vidrios pintados de blanco, con letras al revés que dirán "Tailleur-Costumes". Puertas laterales practicables. En el centro, gran mesa de comedor. cubierta con una carpeta y sobre ella una jardinera o centro de mesa, etc.

(*Al levantarse el telón aparecerán en escena María Esther y las demás costureras, cosiendo a mano sus respectivos trabajos: vestidos, batas, etc. Doña Juana, observará uno de los vestidos*).

MARIA ESTHER, DOÑA JUANA, ROSA, PEPA, dos o tres costureras. Después MARTINEZ

JUANA.—(*Después de una pausa*) Bien... Traten de apurar, muchachas, esos dos vestidos de jacket... Son urgentes... Esta noche o mañana temprano a más tardar, deben ser entregados...

MARTINEZ.—(*Entrando por la puerta del foro que se supone da al negocio, Martínez es la antítesis de su hermano, el Payo, a quien conocimos en el primer cuadro. De mayor edad que él, cincuenta y cinco años, es un hombre grave, circunspecto, con una gran convicción del honor familiar. Viste elegante pero severamente de jacket, usa barba. y en una palabra, tiene el aspecto del hombre serio, como se dice. Consultando su reloj*) Son los once y media... Pueden retirarse. (*A la costureras. Estas se levantan, dejan sus trabajos y se disponen a salir, colocándose sus sombreros y blusas, María Esther queda en su sitio. A doña Juana*) Haz preparar el almuerzo, Juana... (*A Rosa*) Y tú, vete a atender el negocio... (*Rosa, obedece*).

COSTURERAS.—Hasta luego, señor... Hasta luego, señora.

JUANA.—Hasta luego... Y ya saben: no me falte ninguna.

COSTURERAS.—No, señora. (*Vase por foro, Doña Juana va hasta el foro y luego vuelve*).

JUANA.—(*A Pepe*) Estírame a la plancha estas polleras (*Pepa, mutis izquierda*).

MARTINEZ.—(*A María Esther*) Deje eso, María. Descanse. No es hora de trabajar... (*María Esther obedece. Doña Juana vase por izquerda como si se dirigiera a la cocina. María Esther arregla sus trabajos y Martínez hace mutis por foro. Un momento de pausa. Entran luego por foro dos niños: Juanito y María, con sus útiles como si vienieran del colegio*).

MARIA ESTHER, JUANITO, MARIA. Luego HECTOR

JUANITO.—Buenos días... ¿Ya está la comida?...

M. ESTHER.—Caramba que vienes apurado... Ya te la están preparando..

MARIA.—¿Vamos a jugar, entonces?...

JUANITO.—Vamos... (*Se quitan las gorras y las carteras que arrojan descuidadamente en cualquier sitio*).

M. ESTHER.—Pero, chicos; no sena así... No tiren las cosas... ¿No ven que de esa manera le dan más trabajo a su mamá?... (*Recogiendo los libros que coloca sobre la mesa*). Vengan, les voy a quitar la blusa, por lo menos, para que no se manchen.... (*Se dispone a arreglar a los chicos con solicitud maternal cuando entra por el foro, Héctor, que se detiene un momento a contemplarla. A los chicos*). Los niños deben ser juiciosos... y tratar de no dar más trtabajo del que dan... Bueno ya están. Ahora pueden ir a jugar... (*Los chicos salen corriendo por izquierda*).

MARIA ESTHER y HECTOR

HECTOR.—Haciendo de cariñosa mamita, ¿eh?

M. ESTHER.—¡Ay!... ¡Héctor!...

HECTOR.—Me vine disparando. (*Apretándole la mano con efusión aunque con recelo*). Ya se me ha hecho una necesidad hablarte siquiera dos palabras, a solas... ¿Estás bien?... ¿Estás contenta?... ¿No extrañas?...

M. ESTHER.—No... Al contrario... Me parece estar en mi casa... Tu mamá es muy buena... y tu papá, aunque tan serio, no parece malo...

HECTOR.—No; el viejo es así no más... Ya te tomará cariño, y... entonces, no habrá por qué disimular... Dame un beso...

M. ESTHER.—No... Aquí no... Podríamos echarlo todo a perder.

HECTOR.—Si no nos ven...

M. ESTHER.—No importa... Ahora no...

HECTOR.—Como quieras... ¿Y... aprendes?...

M. ESTHER.—Estoy recordando... Tanto tiempo sin hacer nada... Es cuestión de que tome la mano... (*Entra en este momento Martínez, por foro*).

DICHOS y MARTINEZ. Luego, DOÑA JUANA

HECTOR.—(*Al ver a su padre, con cierta sorpresa*). ¡Ah!... Papá... ¿Y mamá?...

MARTINEZ.—No sé... ¿No la has visto aún?... Estará en el interior.

HECTOR.—Voy a verla...

MARTINEZ.—(*Deteniéndolo con un gesto*). Un momento.

M. ESTHER.—(*Comprediendo que está demás*). Con permiso... voy a ver a los niños... (*Vase por izquierda*).

MARTINEZ.—Te he recomendado muchas veces que no des confianza a las empleadas...

HECTOR.—Yo no les doy confianza, papá... Le preguntaba...

MARTINEZ.—Cualquier cosa que sea... Basta con el saludo... Uno no sabe quiénes son ni de dónde vienen... Y de las simples preguntas se pasa a los animados diálogos... Y no hay para qué... Ya lo sabes.

HECTOR.—Muy bien... (*Va a hacer mutis*).

MARTINEZ.—¿Adónde vas?...

HECTOR.—A cambiarme para almorzar... (*Sale por izquierda. Al salir se encuentra con doña Juana que entra*). ¡Ah!... Mamá. Buen día. (*La besa*).

JUANA.—Buen día, hijo... (*Héctor vase, Juana entra a escena*).

MARTINEZ y DOÑA JUANA

MARTINEZ.—(*A Juana, cuando ha desaparecido Héctor*). Va a ser necesario vigilar a ese muchacho... No me está gustando nada sus frecuentes

charlas con esa otra joven...

JUANA.—¡Bah!... ¿Le vas a impedir que sea atento con las empleadas?...

MARTINEZ.—No son atenciones, simplemente... Dios me libre pensar mal de nadie... pero Héctor no conversa con ella por conversar... Para mí hay más confianza de la que tú y yo creemos... La busca siempre a solas, a solas hablan... y he notado miradas que... Vamos: que es necesario impedir a toda costa que ese muchacho se desvíe...

JUANA.—Pero, aunque así fuera... ella no es una mala mujer...

MARTINEZ.—Tú no la conoces... Ni yo tampoco. Es una simple recomendada de mi hermano Benito... y Benito no es el inventor de la moral... A pesar de sus seguridades y de sus garantías... yo no creo en ella, ni en Benito... Ya lo sabes, pues...

JUANA.—Exageraciones tuyas. Siempre están con las mismas... ¡Pobre muchacha!...

MARTINEZ.—No son exageraciones: es prudencia, previsión. Tenemos hijas mujeres y niños... y es necesario impedir el mal ejemplo, y, sobre todo, evitar a toda costa, que un desvío de esos, frecuentes en los muchachos, pierda a Héctor... Mi padre no me permitió nunca hasta la mayor edad que mirara a la cara a una mujer... Con que, entendido, ¿eh?...

DICHOS y ROSA

ROSA.—(*Por foro*). Papá... Esas dos señoritas de los trajes de jacket... Las artistas...

MARTINEZ.—¿Pero no se les ha dicho que estarían para la tarde?

ROSA.—Sí, les dije así, pero me contestaron que pasaban por aquí, y que querían ver cómo siguen, no más...

JUANA.—Sí, atiéndelas...

MARTINEZ.—(*A Rosa*). Vamos. (*A Juana*). Prepárales los vestidos por quieren probarlo... (*Vase con Rosa, por foro*).

JUANA.—(*Llamando a la puerta derecha*). ¡María Esther!...

JUANA y MARIA ESTHER

M. ESTHER.—(*Entrando*). ¿Llamaba, señora?...

JUANA.—Tráiga esa pollera que está estirando Pepita... Hágame el favor...

M. ESTHER.—Muy bien, señora. (*Mutis. Juana cepilla y arregla el vestido que estará colocado en el maniquí. Entran por foro Martínez, Ivonne y Angélica*).

JUANA, MARTINEZ, IVONNE y Angélica

MARTINEZ.—(*A las dos mujeres*). No faltan más que algunos detalles... pero de cualquier modo convendrá que por lo menos usted (*A Ivonne*) *pruebe* el jacket.

IVONNE.—¡Oh!... Ouí... Será bian... Bonyour, madame... ¿Commant, aléz vú?...

JUANA.—Buen día, señorita...

ANGELICA.—¿Y el mío?... ¿Estará terminado hoy también?...

JUANA.—Sí... Lo están concluyendo...

IVONNE.—(*Examinando el suyo en el maniquí*). ¡Oh!... la, la!... C'est el mío... ¡Que tres yolí!... Mirá, mirá, Angelíc... Qué bonitó...

ANGELICA.—¡Qué monada!... Pruébesele, señor, a ver como le queda...

MARTINEZ.—Con el mayor gusto... (*Toma el jacket del maniquí y se lo pone Ivonne*).

JUANA.—Ni pintado, que fuera...

ANGELICA.—Che, qué bien... Parecés una aristocrática, che...

MARTINEZ.—(*Corrgiendo*). Un poquito en el hombro, y le quedará a usted perfecto.

DICHOS y MARIA ESTHER

M. ESTHER.—(*Con una pollera en las manos*) La pollera, señora...

ANGELICA.—¡Ay, che!... ¡María Esther!... ¿Cómo te va? (*La abraza*)

¿Qué estás haciendo aquí?

IVONNE.—¡Oh!... ¡la, la!... ¡Mar-Sther!... La picará... ¿Cómo te va?... Adónde te has metid... tanto tiempó... ¡Che!... Qué estás gordá... (*María Esther, queda completamente corrida, sin poder decir palabra. En cuanto a Juana y Martínez, no salen de su asombro*).

ANGELICA.—Pero, che... ¡Contestá!... ¿Qué estás haciendo aquí?... ¿Por qué desapareciste?...

IVONNE.—¿Sos de la casa icí?...

M. ESTHER.—Trabajo aquí...

ANGELICA.—¿Que trabajás, decis?...

IVONNE.—¿Trabacás?... ¿De cuá?...

M. ESTHER.—¿Y... no lo ven?... Con los señores...

ANGELICA.—(*Mirando a Ivonne*). Trabaja...

IVONNE.—(*Mirando a Angélica*). Trabacá... (*Después de un gesto de asombro lanzan a coro una homérica carcajada...*).

M. ESTHER.—(*Corrida*) Bueno con permiso. Adiós.

IVONNE.—¡Pero, che!... ¿Te vas a ir?... Esperat.... Vamos a tomag un vermouth.

M ESTHER.—No, gracias... Adiós... Con permiso, señora... (*Se va casi sollozando, por izquierda*).

ANGELICA.—¡Pero, mirala ch,e trabaja!... (*Vuelven a lanzar otra carcajada*) ¡Y se ha ido enojada, che!...

IVONNE.—Se ha hecho persón decent. ¡Se irá a casag bian!... (*Vuelven a reirse*).

MARTINEZ.—(*Rojo de ira, a Juana*) ¡Qué te decía yo!... ¡Oh, Benito!...

ANGELICA.—¿Y de qué trabaja aquí, ésta?...

JUANA.—Es media oficiala modista.

IVONNE.—Trabacagá con los pies... porque para le tangó teniá buenos pies... (*Ríe*).

MARTINEZ.—¿La conocen ustedes?

ANGELICA.—Sí, era compañera nuestra en el cabaret... Baila bien, después de mí, era puede decirse, la mejor...

IVONNE.—Pegó siempr le dió pog el santimentalism... ¿Te acogdás, che... ¡Quel bochinche!... con tu primer amante, y de ella osí, Turderá?...

MARTINEZ.—¿Y... la ven ustedes con frecuencia?...

ANGELICA.—No... Hace como un mes desapareción después de un bochinche... que tuvo con un amigo... pero es una pobre muchacha...

DICHOS, menos MARIA ESTHER, y el PAYO

PAYO.—(*Entrando por foro*) Buenos días...

IVONNE.—Oh... Migá quián está ici también... El Payó... ¡Pero aquí está ahoga todo el cabaret!...

PAYO.—(*Aparte*). ¡Adiós mi plata!...

ANGELICA.—¿Cómo te va, viejito?... ¿Qué hacés acá?... ¿Vos siempre donde hay mujeres, eh?

PAYO.—Pero... señoritas...

IVONNE.—¿Señogitás?... Dejat de pavad... Viejit... ¿O vos también trabacás icí?...

MARTINEZ.—¡Cómo! ¿Ustedes conocen también a éste?...

ANGELICA.—¿Y quién no lo conoce al Payo Martínez... Un viejo más verde que una aceituna... (*Las dos ríen*).

PAYO.—Señoritas... yo...

IVONNE.—¡Ja! ¡Ja!... Se ha hech hombre decént... también...

MARTINEZ.—(*Cortando la burla*) Bien, señoras... Esta tarde a primera hora se les enviarán los vestidos...

ANGELICA.—Bueno, vamos che... es hora... (*A Martínez*) No se olvide, ¿eh?... temprano... (*Al Payo*) Adiós, viejecito... Y a ver cuando vuelves por allá...

IVONNE.—Bián... Adié... O revuá, viejit calavegón... Y decil a Marí-Sther que no trabaque tantó... (*Las dos ríen*) Adié, señora (*Martínez las acompaña hasta el foro*).

PAYO.—(*Aparte*) Me han reventado las atorrantas éstas... (*Juana se va por izquieda*).

EL PAYO y MARTINEZ

MARTINEZ.—¿Qué te parece?... ¡Qué bonito es todo esto!... Puedes estar satisfecho... (*Silencio del Payo*). ¡Pero no te da vergüenza andar en estas... inmundicias?

PAYO.—¡Hombre!... Creo que se me ha pasado ya la edad de las reconvenciones... y de los peligros... Soy bastante crecidito...

MARTINEZ.—Lo que se te ha pasado es la vergüenza...

PAYO.—¡Diego!... Te prohibo que me ofendas... No tienes ningún derecho...

MARTINEZ.—¿Cómo que no?... ¿Voy a permitirte que me traigas aquí mujeres de esa calaña (*Por María Esther*) con engaños y mentiras, prostituyendo mi hogar, pervirtiendo a mi hijo y llenando de oprobio esta casa... con el escándalo y el mal ejemplo?...

PAYO.—No digas tonterías, hombre... Tienes la obsesión de la moral, tú también... Esa muchacha es un alma de Dios, y yo...

MARTINEZ.—¡Qué! ¿La vas a defender?... ¿No la has traído acaso de un cabaret, engañándome que era una huérfana y que necesitaba nuestra protección moral, más que material?...

PAYO.—Y bien: la necesita... Yo no sé, ni me detengo a pensar de dónde viene ni cuál es su pasado... ¡E una mujer, sola y desgraciada, y basta!...

MARTINEZ.—Dices bien... es una desgraciada... Una hija del fango... y es allí donde debe estar... y no aquí donde hay niñas y donde tengo un hijo que, entiéndelo, causa tuya, ya comienza a inclinarse a esa... desgraciada.

PAYO.—No seas infeliz... Qué va a comenzar... ¿Tú qué crees? ¿qué los muchachos de hoy, remontan barriletes a los veinte años?... No seas inocente... Y sobre todo: no seas hipócrita... Con esta estúpida moral, de boca afuera no hacés nada más que alimentar el vicio tanto más violento cuanto más disimulado...

MARTINEZ.—¡Benito!... No hables así, te lo prohibo.. Mi hijo...

PAYO.—Tu hijo es como todos los jóvenes de hoy y de antes y de siempre... Y si se inclina a esa joven será porque la ama y la necesita... Y no me culpes a mí... Yo no he hecho nada más que acceder a un ruego de él, convencido de que tenía razón, y de que en cuestiones de amor, más vale la franqueza de hechos que la hipocresía de los disimulos... y convencido también de que sólo con la libertad, y la bondad y la protección podía hacerse un santo amor de lo que comenzaba como una pasión mezquina...

MARTINEZ.—Entonces, quiere decir que Héctor y esa mujer...

PAYO.—Eres un infeliz en no haberlo comprendido...

MARTINEZ.—¡Oh!... ¡Yo pondré remedio a esto!... (*A la puerta de izquierda. Llamando*): ¡María Esther!... ¡María Esther!...

PAYO.—¿Qué vas a hacer!...

MARTINEZ.—A cortar por lo sano, a pesar de tus teorías de pervertido...

PAYO.—Harás una injusticia...

MARTINEZ.—Haré lo que me da la gana... ¡Estoy en mi casa!

DICHOS y MARRIA ESTHER

MARTINEZ.—(*A María Esther que se presenta cabizbaja y vergonzosa*). Señorita... Puede usted hoy arreglar lo que tenga aquí, y buscarse otro acomodo... Yo no puedo consentir que usted permanezca un día más en esta casa...

PAYO.—Pero Diego, eso es una infamia...

MARTINEZ.—Lo que tú quieras... pero yo estoy en mi casa y en ella mando yo... Ya lo sabes usted, señorita...

M. ESTHER.—Yo no he hecho, señor, nada que pudiera ofenderlo...

MARTINEZ.—A usted le parecerá así... pero usted me ha engañado, en connivencia con mi hermano y con mi hijo, para traer el escándalo a esta casa...

PAYO.—No exageres, Diego... Nadie te ha egañado, y menos ella...

M. ESTHER.—Yo he venido, bajo la protección del señor (*Por el Payo*) y por que creía que en alguna parte podía olvidar lo que ha sido mi desgracia... pero no se incomode usted, señor... Me he equivocado.. y le dejaré su casa, mucho antes de lo que usted desea...

MARTINEZ.—Cuenda usted guste.

PAYO.—María Esther, perdóneme.... pero ya lo ve usted.. ¡Esta no es mi casa!... ¡Yo no tengo casa!... Sin embargo...

M. ESTHER.—No importa, señor... Volveré al cabaret... Allá no me preguntarán de dónde vengo... (*Hace mutis por la puerta izquierda*).

PAYO.—Esto que hacés con esa joven es una infamia y una cobardía... ¡Si esto es tu moral y tu honor, reniego yo de tu honor y de tu moral! ¡Cobárde!...

MARTINEZ.—Mira Benito... No me ofendas, por que no te lo voy a consentir. No me saques de mi paciencia... ¿Entiendes?... (*Gritando*).

PAYO.—¡Eres un mal hombre!...

MARTINEZ.—Y tú eres un disoluto... un viejo pervertido...

PAYO.—¡Diego!

DICHOS y JUANA, HECTOR y PEPA. (*Estos aparecen a las gritos de MARTINEZy el PAYO*)

JUANA.—¡Pero, Dios mío, qué es eso!.. No discutan..

MARTINEZ.—(*A Héctor*) Venga usted acá, caballerito.. Desde hoy trata usted de corregirse en sus costumbres o me deja usted esta casa... ¿Es ese el modo de pagarme todos los sacrficios hechos por su porvenir y su educación? ¿Trayéndome una... una meretriz a su propia casa?... ¡A la casa de sus hermanas?...

HECTOR.—Papá... Yo no he traído una meretriz, como usted dice... He traído una mujer que amo y que, por lo tanto, quiero dignificar...

MARTINEZ.—¿Y la va a dignificar usted haciéndola su querida?.. ¿Es amor acaso la relación criminal y vergonzosa con mujeres de cabaret?...

HECTOR.—Papá... está usted ofendiendo a María Esther, y a mí.. Yo no he mirado de dónde viene, por que la quiero y nada más... y con sólo quererla la igualo a mí y la elevo sobre todo lo que pueda contaminarla... Si se lo he ocultado ha sido por que quería que usted la conociera bien, y que ella demostrara que es capaz de regenarse y por que yo mismo quiero comprobar mi propio cariño...

MARTINEZ.—Eres tan cínico como tu tío...

PAYO.—Diego...

HECTOR.—Pero, papá...

MARTINEZ.—¡Basta!... (*A Pepa*). Preparen la mesa... (*Pepa y Juana tienden la mesa. Entran los dos chicos, Juanito y María, con una casita de cartón y se sientan a la derecha, en el suelo, a armarla*). Y desde hoy en adelante le prohibo que vea más a esa mujer. El primer día que yo lo sepa va usted también a la calle... ¡No faltaba más!... (*Martínez sale por foro*).

HECTOR.—Es una injusticia, mamá...

JUANA.—Pero, hijo mío... Es una mujer de un triste pasado... Hoy han estado aquí dos mujeres que la conocen... Y tu padre tiene razón... Es una vergüenza...

HECTOR.—No; no tiene razón... Si esta casa es tan moral como él y usted dicen... ¿a dónde mejor va a ir para regenerarse una mujer así?... Por eso la he traído...

JUANA.—¿Pero tú no comprendes que tienes hermanas menores, y que sería un ejemplo desastroso para ellas?...

HECTOR.—El ejemplo es otra mentira... Nadie se pervierte por lo que ve, mamá... Ustedes acusan a esa pobre muchacha de venir de donde viene... pero no tienen escrúpulos en que vengan otras mujeres de su misma naturaleza, cuando vienen a dejar dinero. Entonces no hay mal ejemplo... Entonces hay buen negocio...

PAYO.—Bien dicho... ¡ Esa es la relatividad de la moral!

JUANA.—Pero ustedes se han vuelto locos...

HECTOR.—Peor sería que nos volviéramos también hipócritas...

DICHOS y MARIA ESTHER

(*Sale María Esther, de izquierda, con un paquete y cruza lenta y tristemente la escena para hacer mutis por el foro*).

HECTOR.—(*Sin poderse contener*). ¡María Esther!... (*Va a darle la mano*). Perdóname...

M. ESTHER.—No importa... Todo esto me lo esperaba... Y te lo dije. Pero tú no tienes la culpa...

HECTOR.—¿Y te vas a ir así?... ¿A dónde vas?...

M. ESTHER.—A cualquier parte... No me faltará... Si me buscas, siempre me encontrarás... pero no te conviene buscarme...

DICHOS, MARTINEZ y ROSA

(*Aparecen Martínez y Rosa, por foro. Todos quedan en silencio*).

M. ESTHER.—Adiós... Y muchas gracias... (*Rompe en un sollozo y vase por foro*).

HECTOR.—(*Precipitándose a ella*). ¡María Esther! (*Lo detiene de un brazo Martínez*).

MARTINEZ.—¡Si sale Vd. detrás de esa mujer, no me pisa más esta casa!..

JUANA.—(*A Héctor*). Tranquilízate, hijo mío. (*Lo abraza*).

HECTOR.—Es que yo la quiero, mamá... (*Se sienta cabizbajo en una silla*).

MARTINEZ.—(*A Pepa*). Haz servir el almuerzo... (*Pepa sale por izquierda y vuelve en seguida. Martínez va hasta los dos chicos que juegan con la casita de cartón y le pega un puntapié derrumbándola*). Basta de juguetes aquí... ¡A la mesa!...

JUANITO.—(*A María*). La hacemos luego en el patio, ¿querés?...

MARIA.—Bueno...

MARTINEZ.—A la mesa... Vamos. ¡Se acabó!... (*Se sienta a la cabecera. Alrededor de la mesa habrá nueve sillas puestas, cuyas ocho primeras ocuparán sileciosamente Martínez, Juana, el Payo, Rosa, Pepa, Héctor. Juanito y María, quedando la de la cabecera opuesta, vacía. Es el asiento de costumbre de María Esther. Una pausa*).

JUANITO.—(*A Payo*). Cuente un cuento tío, de apertivo...

PAYO.—Dejate de cuentos, hijito, ahora...

MARIA.— Cuente, no sea malo...

PAYO.—Bueno, lo contaré: (*Comienza el cuento en voz sonora e intencianada. Entretanto la sirviente sirve la mesa*). "Había una vez en Jerusalén, un perro muerto en una esquina... Muchos hombres alrededor del perro estaban comentando sus fealdades..." — "Que animal más sucio", decía uno. —"Mire qué sarnoso estaba", agregaba otro... — "Era tuerto", dijo otro, viéndole el ojo vacío... — "Sí, agregó un cuarto; era un perro atorrante, — y ladrón, y rabioso, decían los demás..." De pronto un hombre vestido todo de blanco, flaco y triste, dijo: "¡Sin embargo parecen perlas los dientes del pobre perro!..." Ese hombre era Cristo. El único que le había visto una cosa bella al feo y muerto animal... (*Una pausa*).

MARIA.—¿Se acabó yá? ¡Off!... ¡que cuento más feo!..

JUANITO.—(*Al notar la silla vacía*). ¡Cómo! ¿Y María Esther? ¿No viene a comer?... (*Héctor, como despertando de un triste sueño se incorpora de golpe*).

HECTOR.—Tiene razón, tío... Hay algo más bello que todas esas mise-

rias que ven ellos... (*Gritando, sale por foro*). ¡María Esther!... ¡María Esther!...

TODOS.—¡Cómo! Papá!... ¿Lo dejas ir?... (*Se incorporan simultáneamente, hablando todos a la vez como si intentaran así detenerlo*).

PAYO.—(*Incorporándose e imponiendo silencio, grita a voz en cuello*). ¡Silencio!... Déjenlo ir... ¡Quién ha dicho que allá no esté, acaso, la verdadera felicidad! (*Quedan todos estupefactos, mientras cae el:*)

TELON

José Mazzanti y Martín Gamio

LA COLA DEL PERRO

(Glosa y epílogo probable de: «Los dientes del Perro.»)

Pieza en *un acto*, dividido en dos cuadros, original
Estrenada en el teatro "Buenos Aires", de esta Capital, el viernes 25 de abril de 1919, por la ompañía nacional *Muiño-Alippi.*

A José González Castillo y a Elías Alippi, cordialmente. J. M. y M. G.

REPARTO

DOÑA JUANA	Sra. Cornaro
MARIA ESTHER	„ Poli
IVONNE	„ Barilaro
CRIADA	Sta. Tomasini
HECTOR	Sr. Alippi
PAYO MARTINEZ	„ Muiño
DIEGO MARTINEZ	„ Drames
SANTIAGUEÑO	„ Betoldi
SEBASTIAN	„ Peris
EL RORRO	

(La acción en Buenos Aires. El primer cuadro pasa a los seis meses del segundo cuadro de "Los dientes del perro". El segundo, seis meses después.)

ACTO UNICO

CUADRO I.

(Pieza en una casa de pensión, con entradas a derecha e izquierda, y un balcón practicable al foro. Al fondo, a través de él, se advierte la casa del frente, en la que funciona un café cantante. Es de noche. Al levantarse el telón, la escena está sola. Se oye el eco un poco apagado de la orquesta del café. Al terminar, y tras una breve pausa, aparecen por izquierda Héctor y María Esther.)

ESCENA I

HECTOR y MARIA ESTHER. Luego CRIADA. Luego SEBASTIAN.

HECTOR.—¿Qué te parece?... ¡Hasta esto! ¡Todavía esta humillación!

ESTHER.—Hay que ver si ha sido a propósito, Héctor... Puede ser un olvido del criado... (*Héctor llama. Timbre.*) ¿Qué vas a hacer?... ¡Héctor, por favor!... No vas a meterte en discusiones y en líos ahora... ¡Te lo ruego!

CRIADA.—(*Por izquierda.*) ¿Llamaban de aquí?

HECTOR.—Dígale a Sebastián si puede venir un momento. (*Mutis la Criada.*)

ESTHER.—¿Para qué lo llamas?

HECTOR.—¿Querés dejarme tranquilo? Yo sé lo que lo que debo hacer.

¡Parece que te propusieras excitarme más con tus pavadas!

SEBASTIAN.—(*Por izquierda, después de un instante.*) ¿Permiso?

HECTOR.—Pase.

SEBASTIAN.—Usté dirá.

HECTOR.—Hemos ido a la mesa y nos hemos encontrado sin cubiertos. Deseo saber si es orden suya o un simple olvido.

SEBASTIAN.—Pues... usté verá cómo ha de tomarlo.

HECTOR.—¿De manera que es orden suya?

SEBASTIAN.—Yo creo que hemos hablado muy claro ayer. Un mes, pase; dos, todavía... Pero tres, ya no es posible. Usté sabe que yo no soy aquí el único dueño, al fin...

HECTOR.—Pero a usté le consta que pudiendo pagar, siempre he cumplido.

SEBASTIAN.—Por otra parte, tengo la pieza ya comprometida; de manera que todo esto está demás.

HECTOR.—(*Violento.*) ¡Ah!... ¿ya la comprometió?... (*Se pone de pie.*) ¿Y si a mí no se me antojara irme?

ESTHER.—¡Héctor... por favor!...

SEBASTIAN.—Me obligaría usté a apelar a otros medios.

ESTHER.—¡Vea, Sebastián... váyase, se lo ruego!

HECTOR.—(*Dominándose.*) Sí... es mejor... ¡Váyase, váyase!... Ya tendrá la pieza...

SEBASTIAN.—Nos hemos entendido, entonces... (*Mutis.*)

ESCENA II

HECTOR y MARIA ESTHER.

ESTHER.—(*Después de una pausa.*) Haces mal en violentarte de ese modo, Héctor... En nuestra situación...

HECTOR.—En nuestra situación, lo que debemos hacer es mandarnos mudar de aquí... ¡nada más!

ESTHER.—Es una humillación, ya lo sé... Pero, Héctor, es que hay que comprender... (*Se sienta a su lado, en el sofá.*) ¡Sé razonable!

HECTOR.—¡No puedo salir a robar!

ESTHER.—Nadie habla de que salgas a robar.

HECTOR.—¿Y entonces?... ¿en qué quedamos?

ESTHER.—Me refiero a que los tolerantes debemos ser nosotros, no él. Al fin, no tiene por qué seguir aguantándonos...

HECTOR.—(*Amargamente.*) Sí... Tienes razón... Entiendo el reproche... Demasiado ha aguantado ya él... ¡y sobre todo vos!

ESTHER.—¡Héctor... por favor!... ¡Por mí nada te reprocho, de manera que no digas tonteras!...

HECTOR.—Es que soy realmente un inútil, ésa es la verdad...

ESTHER.—(*Se pone de pie.*) Es mejor que cambiemos de tema...

HECTOR.—No, María Esther; no nos hagamos ilusiones... ¿Acaso vamos a seguir engañándonos a nosotros mismos todavía?... ¡Seamos francos al fin!

ESTHER.—(*Un poco intranquila, volviendo.*) ¿Qué quieres decir?... No te entiendo.

HECTOR.—Quiero decir que esto no puede seguir así, nada más. Que hay que hacer algo... o confesar que en realidad hemos sido dos locos, y que mi padre tenía razón... ¡Esta vida no es posible! (*Larga pausa. María Esther llora en silencio.*) Con lágrimas no vamos a arreglar nada.

ESTHER.—¡Tu padre tenía razón, sí!... ¡Y con qué amargura me lo dices! ¡Para no llorar!

HECTOR.—(*Un poco arrepentido de haber ido demasiado lejos.*) Yo no te acuso a ti de nada... ¡Es necesario que me entiendas!... Si estoy amargado, es contra mí mismo. El loco, el insensato fuí yo, al creer que bastaría el cariño para vencerlo todo... ¡Y ya ves! ¡Cómo hemos de engañarnos, si

sólo te ha servido a ti de amarra y a mí de remordimiento! ¡Eso es lo qué quiero decir, ¡porque yo no tenía el derecho de obligarte a esta vida de miserias!

ESTHER.—¡Yo estoy hecha a las miserias, que ya no me asustan, bien lo sabes!... ¡Haces mal en hablar de ese modo, porque yo jamás te reproché nada!

HECTOR.—Bueno... Podrías suspender las lágrimas; no es para tanto.

ESTHER.—¡Es que parece que tuvieras el afán de echarme en cara no sé qué culpas!... Si estás cansado de mí, no tienes necesidad de humillarme con tus quejas para hacérmelo entender... ¡Yo bien te dije un día que no te convenía seguirme! (*Pausa.*)

ESCENA III

DICHOS e IVONNE.

IVONNE.—(*Por izquierda.*) ¿Se puede?

HECTOR.—Adelante.

IVONNE.—¡Cómo!... ¿Pero ustedes no van?... ¡Estamos a la mesa ya!

HECTOR.—Yo estoy indispuesto.

IVONNE.—¿ Y vos?

ESTHER.—Yo tampoco tengo ganas...

IVONNE.—¡Ohhh!... C'est mal... L'amour está muy bonito, yo creo, me... hay que manger osí... (*Quiere llevarla.*) ¡Vián!

ESTHER.—No, Ivonne; déjeme. No me siento bien.

HECTOR.—Vea, Ivonne: discúlpenos, pero no insista. Nadie mejor que usté sabe nuestra situación aquí... Y dígale al viejo que me haga el favor de no meterse por su parte a arreglar este asunto. ¡Estoy harto de protección!

IVONNE.—Protección, no; ¡bah!...

HECTOR.—O lo que sea... Estoy harto.

IVONNE.—¿Entonces no van?... ¡Qué locos!... (*Mutis por donde vino. Hay una larga pausa. Quedan Héctor y María Esther en actitud de honda preocupación.*)

ESCENA IV

HECTOR y MARIA ESTHER.

HECTOR.—Cebá mate. (*María Esther, silenciosamente, se dispone a prepararlo. Enciende el calentador. En el café de enfrente recomienza la orquesta.*) Haceme el favor de cerrar ese balcón; no estoy para músicas ahora. (*María Esther obedece.*)

ESCENA V

DICHOS y SANTIAGUEÑO.

SANTIAGUEÑO.—(*Que aparece por izquierda, con la servilleta al cuello.*) Me dice Ivonne que ustedes no comen... ¡Che! ¿pero y la van de aiunadores, entonces?... ¡Déjense de macanitas, po!... Los estamos esperando...

HECTOR.—Vea, viejo... ¡Haga el favor!... No venga a fastidiar porque no estoy de humor. Ya le he dicho a Ivonne que no vamos.

SANTIAGUEÑO.—¡Pero una pavada, che!... ¿O no podís dejar pa mañana el entripao?... Io te lo arreglo al patrón lueguito, pa que te dé una prórroga, si querís... ¡Ia sabís que tengo crédito, po!

HECTOR.—(*Terminante.*) ¡Mirá!... ¡dejame de macanas!... ¿querés?

SANTIAGUEÑO.—¡Pero es que te perjudicás, po, hermano!... ¡Y con un menute osí!... Date cuenta: Hay cabecita a la vinagrette..., de lo más "boeú", como dice Ivonne... Hay sopita a la reina; hay asso a la tira...

HECTOR.—¡Sí!... ¡a la tira y afloja!... Vaya a comer, vaya, y déjenos tranquilos...

SANTIAGUEÑO.—¡Hay, m'hijo: palabra! ¿No vís que estamos a jueves hoy día? Y continúo: ensalada a la radicheta, banana a la brasilera y café... a la achicoria. ¡Mirá lo que te perdís!... (*Ríe.*)

HECTOR.—(*Alargándole el que le da Esther.*) ¿Quiere un mate?

SANTIAGUEÑO.—¡Estás mal del coco!... ¡Sí, estoy cenando, po! ¿No vís?

HECTOR.—¡Y vaya entonces!... No se le enfríe el asado de tira.
SANTIAGUEÑO.—¡Qué rico tipo!... ¡Vos estás tuché de la tête! (*A María Esther.*) ¿Y usté no va, che?
ESTHER.—Yo tampoco tengo ganas.
SANTIAGUEÑO.—¡Buen par de dos!... ¡Ta bueno!... Ahora les ha dao por la neurastenia...

ESCENA VI

DICHOS y la CRIADA.

CRIADA.—(*Por derecha.*) ¿Permiso?... Lo buscan a usté, señor Héctor.
HECTOR.—¿Quién?...
CRIADA.—Un señor... No ha dicho quien es.
HECTOR.—Hágalo pasar. (*Mutis la Criada.*)
SANTIAGUEÑO.—Io voy a seguir, entonces... Ia veo que están empacaos, y no hay caso.
HECTOR.—Y no se preocupe por nosotros, viejo. Haga el favor.
SANTIAGUEÑO.—Io me lavo las manos... ¡Ustedes se lo pierden! (*Mutis por izquierda.*)

ESCENA VII

HECTOR y MARIA ESTHER

HECTOR.—¡Qué clavo el tipo!... (*Pausa. Toma el mate que le ofrece María Esther.*)

ESCENA VIII

DICHOS y EL PAYO.

PAYO.—(*Por derecha.*) ¡Muchachos!... ¡Qué dicen!...
HECTOR.—¡Tío... usté!... (*Se abrazan.*) ¡Qué sorpresón!...
ESTHER.—(*Le da la mano.*) ¡Tanto tiempo, Payo!
PAYO.—¡La pucha que está buena moza!... ¡Alarmante, hija!
HECTOR.—¿Y de dónde diablos sale?
PAYO.—De la misma punta del cerro, che... Llegué esta mañana de Montevideo...
HECTOR.—Venga, siéntese. (*Se sientan los tres.*)
PAYO.—¿Y qué es de tu vida?... Digo, de la vida de ustedes, de los dos...
HECTOR.—Tío... no me amargue este momento; no me pregunte.
PAYO.—No todas son flores...
HECTOR.—Así es... Pero hablemos de usté, más vale... ¿Qué es de la suya? ¿Cómo le va?...
PAYO.—Por la pinta ya puedes ir figurándote... (*Alude a su aspecto, en el que se advierte, en efecto, algo de derrotado.*) Con decirte que he tenido que andar todo este tiempo por la otra orilla, poco menos que fugado... ¡Qué tres meses, m'hijo!... (*Con convicción.*) Tu padre fué mi ruina...
HECTOR.—¡Pobre tío!... ¡Por mi culpa!
PAYO.—Hombre... no vengo a pedirte plata, de manera que ahorrate las lástimas. Por lo demás, hoy he hablado clarito con él, y creo que al fin ha de amainar. No hay derecho, che, para que salga pagando yo los platos rotos...
HECTOR.—¿Y por casa?
PAYO.—Ahí van; tirando. Pero... cuenten algo ustedes, pues.
HECTOR.—¡Y qué quiere que contemos!... Miserias! Tío, yo creía que sólo era cuestión de tener voluntad y de decir "trabajo". Pero la vida es otra...
PAYO.—¡Me lo decís a mí!... Y menos mal ustedes, si en medio de todo se llevan bien y son felices. (*Ante el silencio de ellos.*) ¿O no es así?... ¡Hola, hola, hola!... ¿De manera que las cosas andan... que no andan?...
HECTOR.—La realidad es amarga, tío...
PAYO.—Pero para éso precisamente, para endulzarla, está el amor... ¿O no le parece, María Esther?
ESTHER.—(*Nerviosa, como no pudiendo ya contenerse.*) ¡Sí, Payo... tie-

ne razón Héctor!... La vida es muy dura, muy amarga... ¡Pero lo que hay realmente es otra cosa!

PAYO.—¿Hola?...

ESTHER.—¡Lo que hay, es que hemos sido dos locos, dos verdaderos locos! Y yo más que él, por no haber tenido fuerza de voluntad para rechazarlo cuando me buscó... y por no tenerla tampoco ahora para abandoanrlo, cuando lo veo ya aburrido, cansado de mí... (*Llora.*) ¡Pero si él supiera!...

HECTOR.—María Esther... ¡no digas pavadas!...

ESTHER.—Hay momentos en que pienso... ¡no sé!... ¡volvería al cabaret!...

HECTOR.—¡Haceme el favor!... ¿querés?

PAYO.—(*Después de un momento.*) Está bueno... Sin pensarlo, he venido a poner el dedo en el ventilador... Creí encontrarlos un poco más optimistas...

ESTHER.—(*Enjugándos 'el llanto.*) Discúlpeme, Payo... Es que necesitaba un desahogo...

PAYO.—¿Y qué decís vos a ésto?... (*Silencio de Héctor.*) Por lo visto no decís nada...

HECTOR.—Ya ha oído que es un desahogo... ¡Qué quiere que diga!

PAYO.—Está bueno... (*Para cambiar de tema.*) ¿Y desde cuándo viven aquí?

HECTOR.—Hace cerca de seis meses ya.

PAYO.—Porque la dirección primera que me mandaron...

HECAOR.—Después cambiamos dos casas más... Y aquí nos aguantaron hasta ahora, gracias a Ivonne...¿ Se acuerda de la francesita?

PAYO.—Cómo no...

HECTOR.—¿Usté no sabe que vive aquí con el santiagueño?

PAYO.—¡Hombre! No estaba enterado. No leo la vida social... ¡Mirá el loco ése!

HECTOR.—Desde la noche aquella que ligó las trompadas por meterse a defenderla, le ha dado fuerte al viejo por aprender el franchute, como dice él...

PAYO.—¡Hacé el favor!... ¡Y con semejante profesora!... ¿Y?

HECTOR.—Nada... Que ellos han sido nuestra salvavación más de una vez...

PAYO.—¡No! Si con toda esa cara de opa suela ser gaucho el viejo... Pero, dejemos esto, che: otra cosa me interesa ahora, y con las novedades casi me olvido... ¿Estás dispuesto a acompañarme diez minutos? Hay una persona que quiere verte.

HECTOR.—¿A mí?

ESTHER.—Discúlpeme, Payo... He sido indiscreta, sin pensar que ustedes tendrían que hablar... (*Se pone de pie.*)

PAYO.—María Esther... disculpe usté. Sólo dos palabras...

ESTHER.—Valiente... (*Abre el balcón y se instala en él, de espaldas al público.*)

PAYO.—(*A Héctor, a media voz.*) Tu madre está ahí a la vuelta, en un coche, y quiere hablarte.

HECTOR.—¿Mi madre?... ¿Y por qué no sube?

PAYO.—¡Eh, compañero!... Ya supondrás que no tiene mucho interés en ver a María Esther... Además, viene a ocultas.

HECAOR.—Sí, tiene razón... Vamos, tío. (*Llama.*) María Esther.

PAYO.—No hay necesidad de que se lo digas ahora...

ESTHER.—(*Baja a la escena.*) ¿Me llamabas?

HECTOR.—Voy a salir un momento con tío... Cinco minutos.

ESCENA IX

DICHOS e IVONNE.

IVONNE.—(*Por izquierda.*) ¿Se puede?

PAYO.—¡Hola!... ¿Cómo te va?
IVONNE.—¡Viejite! ¡vos por icí!... (*Lo palmotea.*) ¿Qué vientos te traen?
PAYO.—Ya lo ves... A visitar a los muchachos.
HECTOR.—(*Ya con el sombrero.*) Bueno, tío; vamos.
IVONNE.—¡Me, com!.!! ¿se lo lleva?... ¡Ooohhh!...
PAYO.—Un minuto... Decile al viejo que me espere. (*A María Esther.*) Hasta luego.
ESTHER.—Hasta luego.
HECTOR.—Chao... (*La besa. Mutis por derecha con el Payo.*)

ESCENA X

MARIA ESTHER e IVONNE.

IVONNE.—¿Qué sorprés el viejite, no?...
ESTHER.—Llegó hoy de Montevideo.
IVONNE.—(*Se sienta.*) ¿Et tuá?... ¿Se te pasó la rabieta?
ESAHER.—¿Rabieta?... ¡Bah! ¡por qué! Nosotros no discutimos que tengan razón... Si no pagamos...
IVONNE.—No pagamos, no pagamos... ¡No pagamos porque vos estás una zonza!
ESTHER.—¡Ivonne!... ¡no empiece, haga el favor! No tengo el ánimo para oir consejos ahora.
IVONNE.—¿Et muá te doy consejo?... ¡Bah, a mí qué me import! A la fin, la perjudicada estás vos...
ESTHER.—Si me perjudico o no, es por mi gusto, y a nadie le interesa. De manera que dejemos el tema.
IVONNE.—¡Lindo modo para hablar, caramba!... "¡Por mi gusto!..."
ESTHER.—Usté me obliga.
IVONNE.—Si yo te digo, c'est porque soy tu amiga a tuá, no por el interés... Te digo porque te estimo; porque me hace lástima de verte sentimental por ese "misho" que te da sólo que miseria... Vos estás una criatura, y no sabés la vida... ¡Yo sé, sí! Yo tengo experiencia... Vos estás una gran zonza a sacrificarte... ¿Para qué?... ¿Qué te da él?... ¡Amor!... Oh, sí: ¡amor!... Mirá: eso es bonito, sí, me al teatro, no a la vida... Al teatro sí. (*Exagerando.*) Oh, qué lindo, la muchacha buena, que tiene el cotorro "todo adornado de moñito del mismo color"... ¡Oh, qué bonito la muchacha que trabaja contenta, y que lava la ropa, y que hace la comida, y que cose el calzoncillo!... Oh, qué lindo el marido, que está un gran pato! (*Transición.*) ¿A qué tenés también la guitarra al ropero?...
ESTHER.—Basta, Ivonne, ¿quiere?... ¡Se lo ruego!
IVONNE.—Muy bonito, muy lindo... ¡Me... sacate eso de la cabeza! Bonito al teatro, sí, me no a la vida; a la vida está otra cosa. ¡C'est cela qu'il faut dir, ma cheri!... Et aprés: ser honrada está difícil, sí; me "volver" a ser honrada... n'est pas possible! Cuando un vín se volvió agrio, vos sabés qué se hace?... ¡Vinagre!... Me, el vinagre yo no se hace más vín. On ne revien pas dans la vía, ma cherí!...
ESTHER.—Si usté supiera lo que es querer, no hablaría de ese modo...
IVONNE.—Oh, cómo no!... Yo sé, sí: más que vos sé! (*Con leve melancolía*). Una vez, me acuerdo, yo también estaba así... muy enamorada... y pagué la consecuencia... ¿Vos sabés?... ¡Yo sentía qué gran content de ser mamá!... Quería volver honrada, buena... ¿Qué zonza, no?... Me, él no quiso. Me ponía fea, dice, y perdía más y más del chic... y por el compromiso osí, claro. Esto estuvo un gran mal a muá, oh, cómo no! Yo me puse muy triste... Qué zonza!... Me, qué iba a hacer?... Me quedé vinagre! Para qué hijos!... Demasiados infelices están ya al mundo, para poner más.
ESTHER.—(*Agitada.*) ¡Pero eso es inicuo!...
IVONNE.—¿Qué óso?

ESTHER.—No es un crímen ser madre...
IVONNE.—Crimen, no... Me... ¿qué te pas?...
ESTHER.—Ivonne... tengo miedo!
IVONNE.—¿Miedo?... ¿de qué?
ESTHER.—¡De lo que acaba de decir!... Porque a mí... a mí me pasa lo mismo, Ivonne!
IVONNE.—(*Estupefacta*). Ohhhh!...
ESTHER.—Si usté supiera cómo me preocupa, cómo me inquieta ésto desde hace tiempo!
IVONNE.—Me... ¿él que dice?... ¿no quiere?
ESTHER.—El no sabe nada todavía... No me he atrevido a decírselo... no sé qué! ¡Ivonne!... ¿Qué debo hacer?... ¡Usté en el fondo no es mala: aconséjeme!...
IVONNE.—Si vos querés... "éso" se arregla.
ESTHER.—¡Ah, no!... ¡nunca!
IVONNE.—Entons... yo no sé qué consejo: ¿consejo para qué?
ESAHER.—¡Usté no me entiende!
IVONNE.—¿El miedo está él, entons?...
ESTHER.—Si él me deja, Ivonne... si él no quiere... ¡Qué hago, qué hago yo!...
IVONNE.—Eso estaría una solución a vos... '¡Mejor, si te deja! ¡Bah! ese "misho"... (*María Esther ha quedado en actitud pensativa*). Los va a mantener él, sí, los hijos!... (*Pausa*).

ESCENA XI

DICHAS y SANTIAGUEÑO

SANTIAGUEÑ.—(*Por izquierda, con un libro*). No hay caso, che... Yo me pongo—meta y meta—pero no me dentra pas nadita... (*Se sienta junto a Ivonne.*) Tenís que explicarme vos la pronuncia, "mon" cherí...
IVONNE.—(*Con fastidio*). Déjase ahora, ¿quiere?
SANTIAGUEÑO.—¡Oh!... ¿Qué les pasa icí?... ¿Se han peliado?.... (*A María Esther.*) ¿O sigue con la neurastenia, che?
ESTHER.—¿Quiere dejarme tranquila?
SANTIAGUEÑO.—Tá bueno, pó! Si es que molesto, avisen... (*María Esther se dirige al balcón, quedando allí*). Che... ¿qué le pas a mademussell, que está osí?... ¡Sacré nom de Dieu!...
IVONNE.—¡Que gran zonza!... Está preocupad con ese pat... Muá iba a aguantar de eso!... ¡cómo no!
SANAIAGUEÑO.—¿Hubo batifondo, che?
IVONNE.—No... qué batifondo!... Hubo que ese canalla está un gran puerco: éso hubo!
SANTIAGUEÑO.—"Mon" cherí: si no te explicás plus clarament, ye ne comprend pas...
IVONNE.—Lo que hubo—¿entiende?—es que ustedes los hombres están todos unos grandes cochons: ¿entiende ahora?...
SANTIAGUEÑO.—¿Querís aclararme éso de "cochón"?
IVONNE.—¡Chancho!... ¿entiende?
SANTIAGUEÑO.—¿Y qué tengo que ver ío en el asunto?... Tá bueno, pó! Cuándo no he de salir ligando algo de arriba!
IVONNE.—¡Caramba!... Usté está todos los días más bruto... Usté no entiende nada!
SANTIAGUEÑO.—Es que si te ponís a hablar un petí de franchute y otro petí de castiya, claro que se me tiene que hacer un lío en la moyera. A mí, o tenís que hablarme todo en franchute, o pas de franchute y todo en castiya, si querés que te comprand.
IVONNE.—Ecutes, donc... (*Recalcando*). Ce que pas icí... ¿Entendez?
SANTIAGUEÑO.—Güi: ¡dale avanti!
IVONNE.—Bué: ce que pas... no te importa pas. Nada más.

SANTIAGUEÑO.—(*Con exagerado acatamiento*). Mercí, madam!... (*Reverencia*).

IVONNE.—¡Claro! Están cuestiones de mujeres que usté no tiene que meterse, ¿sabe?

SANTIAGUEÑO.—¡Tare bian, madam!... ¡Entêndidos!... Yo compraud perfectament... Mercí bocú! Encantado, che... ¡Epatant!

ESCENA XII

DICHOS, EL PAYO y HECTOR, por derecha.

PAYO.—¡Qué hacés, vejete!... ¿Qué contás?...

SANTIAGUEÑO.—Mirá quién... (*Se abrazan.*) ¡Dánde irá saliendo!

PAYO.—¿Y cómo te vá?... ¿Qué es de tu vida?

SANTIAGUEÑO.—Macanudo, che!... Pero sentate, pó! No!... esperate un poco: Aseyez vú, mon cherí!

PAYO.—Nó!... si ya sé que la franchuteás en grande!... Lindo, viejo!... Te felicito... y a vos también, Ivonne... Ya me contaron los progresos del discípulo éste.

IVONNE.—¡Oh, sí! mucho!

SANTIAGUEÑO.—Se hace lo que se puede, hermano... pero, qué!.... soy más duro!... Meta y ponga... ¡pero no me dientra pas!

PAYO.—(*A Ivonne*). ¡Cómo es éso!

IVONNE.—Yo no tengo la culpa... ¡Yo ayudo!...

SANTIAGUEÑO.—La pronuncia es lo que me acobarda plusmente!

IVONNE.—¡La cabeza tiene dura, sí, no la pronuncia!

PAYO.—¿Raro, no?... Suelen ser más inteligentes estos santiagueños!

HECTOR.—(*Que ha estado paseándose preocupado*). Bueno, tío! Pueden seguir la conferencia en otro momento... (*Al Santiagueño*). Disculpe, viejo... Tenemos que tratar un asunto importante ahora...

PAYO.—Sí, che... Perdoná... Luego paso por tu pieza más vale...

SANTIAGUEÑO.—¡Cómo no!... Ya sabís que no me gusta ser indiscreto. Pero te espero, eh... No mi hagás la pera...

PAYO.—Perdá cuidado... Tenemos mucho que hablar.

SANTIAGUEÑO.—Hasta lueguito, entonces... (*A Ivonne, haciendo mutis*). De mientras vos me repasás a pronuncia... (*Deteniéndose y consultando el libro.*) ¡Ah, no!... esperate... Che, Payo... oí: "A revoir", mon cherí!... (*Mutis ambos por izquierda*).

ESCENA XIII

HECTOR, el PAYO y MARIA ESTHER.

ESTHER.—(*Que baja a la escena cuando los otros hacen mutis*). Ya están de vuelta?...

PAYO.—Fuimos hasta la esquina...

ESTHER.—¿No los molesto?

PAYO.—Al contrario: es necesaria su presencia... (*A Héctor*). Porque supongo que ya no es cuestión de andar con paños tibios... Los malos tragos hay que pasarlos pronto. (*A María Esther, que frunce un poco el ceño, inquieta*). Siéntese, María Esther.

ESTHER.—Por lo visto es cosa importante... y no muy agradable...

PAYO.—Sí, muy importante... (*A Héctor, tras breve pausa, al ver que no resuelve*). Bueno, compañero... al grano!... ¿O es necesario que hable yo?...

HECTOR.—(*Resuelto*). Sí, tío; tiene razón... Es mejor. (*Con gravedad y emoción*). María Esther... lo que tengo que decirte es muy doloroso, pero creo que no hay otro medio para que salgamos de una vez de esta situación imposible para los dos... Te pido que me escuches con tranquilidad.

ESTHER.—Pero, ¿qué hay?... ¿Qué pasa?... Me asustas, Héctor!

PAYO.—Nó; no se alarme, que no hay por qué. Es cuestión de encarar las cosas con serenidad...

ESTHER.—Pero, habla!... ¿qué pasa?

HECTOR.—Mi madre ha venido a verme, y me aconseja que liquidemos ésto... Y yo creo que tiene razón... (*Pausa. María Esther llora.*)

PAYO.—¡Caramba!... Si vamos a empezar llorando...

ESTHER.—Tenía que suceder ésto!... Yo ya lo esperaba!

HECTOR.—María Esther... yo sufro tanto como vos; bien sabés cuánto te quiero... Pero debemos ponernos en lo razonable; ya no somos dos criaturas... Yo no tengo para vos sino motivos de gratitud, y si me resuelvo a esta violencia es porque creo hacerte un bien, que vos misma has de reconocer algún día... Lo hago por vos, no por mí... ¿Qué vas a hacer a mi lado sino seguir pasando miserias y humillaciones como hasta ahora?... Separándonos, por lo menos te dejo en libertad para que te desenvuelvas sola... Y si algún día puedo serte útil, ayudarte en algo...

ESTHER.—(*Como una protesta*). ¡Ayudarme!... ¿Y en qué?... Yo siempre me he bastado sola!

HECTOR.—Más razón, precisamente... Yo no he sido más que un obstáculo para vos, y no es justo que te sacrifiques llevándome a remolque...

ESTHER.—(*Casi resignado ya.*) Está bien, Héctor... ¡Vete, ya que está resuelto! Yo no me quejo, ni te reprocho nada... ¡Al fin qué derecho tengo!

PAYO.—No, María Esther. Aquí no se trata de discutir derechos, sino de aceptar una fatalidad... Usté disculpará que yo intervenga en este asunto, pero sí contribuí a meterlos en el berengenal, es justo que también contribuya a sacarlos de él, y a desollar el rabo del famoso perro aqule... ¡qué no sé para qué ditblos habrá mostrado los dientes en Jerusalem! Lo que dice Héctor es razonable: la mejor solución, tanto para usté como para él, es liquidar esto... (*Una pausa.*) ¿Y?... ¿Qué resuelven?...

HECTOR.—Yo no tengo nada que resolver. Yo haré lo que ella diga. (*Larga pausa. La orquesta del café inicia el tango de "Los dientes del perro". Al oirlo, María Esther reacciona súbitamente.*)

ESTHER.—¡Sí, Héctor!... ¡Tú madre tiene razón!... ¡Vete!... ¡Pero antes, es necesario que sepas algo!...

HECTOR.—Hablá...

ESTHER.—¡Es necesario que sepas que no me dejas sola!

HECTOR.—¡María Esther!... ¿qué quieres decir?...

ESTHER.—¡Que no me dejás sola, porque conmigo... dejás a tu hijo!...

HECTOR.—(*Yendo hacia ella.*) ¡María Esther!... ¡Y por qué no hablabas!... (*La abraza, quedando así hasta el fin.*)

PAYO.—(*Para sí.*) Aquí le fracasa a uno hasta la experiencia...

HECTOR.—¡He sido un cobarde, María Esther!... ¡Perdóname!... (*Al Payo.*) ¡Tío... ya ve que no era posible!...

PAYO.—Ya lo veo, sí. Pero... ¿y a tu madre qué se le contesta?

HECTOR.—¡Que no!... ¡que yo no vuelvo solo a mi casa!... Mi padre habrá tenido o no el derecho de expulsar a su hijo, y no se lo discuto... ¡pero yo no abandono el mío!...

TELON.

CUADRO II.

(*Pieza pobremente amueblada. Una puerta al foro (calle), y otra a la derecha (interior). En el ángulo de la izquierda, una cuna, un poco reparada por un pequeño biombo. En segundo término, también a la izquierda, una cama. A la derecha, en el ángulo con el foro, un lavatorio de hierro, y en primer término, un pequeño aparador. En medio del cuarto una mesa y dos sillas. La mesa está a medio poner.*)

ESCENA I

MARIA ESTHER. Luego HECTOR.

(*Al levantarse el telón, la escena está sola. Se oye llorar al rorró en la cuna. A poco sale María Esther, por derecha, con platos y cubiertos, los que deja sobre la mesa para acudir al chico.*)

ESTHER.—¡Voy, mi señor; voy!... (*Toma el chico en brazos.*) ¡Jesús, si está hecho una sopa!... Con razón se quejaba el inocente... (*Se inclina sobre la cama para cambiarle los pañales.*) ¡A ver... a ver... quietito!... ¡Así!... Ya está... ya está... ¡Bueno! ¿Ahora se calla, eh?... que su mamita tiene que hacer. (*El chico, en efecto, no tarda en callar. María Esther, siempre con él en brazos, termina de poner la mesa.*)

HECTOR.—(*Por foro.*) Hola... (*Deja el sombrero en cualquier parte.*)

ESAHER.—Creí que ya no venías... Es casi la una.

HECTOR.—Me entretuve con unos amigos. (*La besa, y luego al nene.*) ¿Y este caballerito?...

ESTHER.—Dejalo a este bandido... Ha estado insoportable.

HECTOR.—¿Sí?... ¿No estará enfermo, che?

ESTHER.—Yo no sé... Ayer lo mismo.

HECTOR.—¿No serán los dientes?... ¡A ver! ¡abra esa boquita!...

ESTHER.—¡Jesús, Héctor!

HECTOR.—¡Qué sabés vos!... Los chicos se ponen así cuando empiezan a echar los dientes. Me acuerdo mi hermano Juanito, que se había vuelto un energúmeno... ¡Llegó hasta a querer comerse las perillas de la cama, de rabia!...

ESTHER.—¡Pero si éste no tiene un mes todavía!

HECAOR.—¿Y eso?... ¡Bah! hay niños prodigios...

ESTHER.—Por muy prodigio que sea, los dientes no le van a salir antes de los tres o cuatro años... Digo, me parece. Es cuestión de sentido común...

HECTOR.—¡Qué infeliz sos, mujer!... Mirá: éste, de aquí a tres o cuatro años, tiene hasta la muela del juicio.

ESTHER.—¡Cómo exageras en todo!... ¡Bueno! Tomalo; voy a traer la comida.

HECTOR.—¡Venga, querido!... ¡venga a los brazos de "so" tata!...

ESTHER.—¡Héctor... por favor!... ¡a ver si me lo hacés caer!... No seas grosero...

HECTOR.—¡Mirá... mirá... mirá cómo se ríe!... ¡Ah, gaucho lindo!

ESTHER.—¡Pobrecito!... lo martirizas!

HECAOR.—Y la carita de gil que pone... Fijate: parece que comprendiera... (*Satisfecho.*) ¡No! ¿La verdad que es vivo, eh?...

ESTHER.—Ya lo creo; va a ser lo más inteligente.

HECTOR.—Fijate: braquicéfalo clavado. Date cuenta qué testa.

ESTHER.—¿Qué, che?...

HECTOR.—"Testa": cabeza.

ESTHER.—No... eso que dijiste...

HECTOR.—¡Ah!... "braquicéfalo": cráneo casi redondo, como un queso de bola... Estos son los tipos de talento, no esos gilibertos que lo tienen largo y aplastado como un queso de chancho.

ESTHER.—Héctor... ¡Jesús!... ¡estás hablando de tu hijo!

HECAOR.—Es una comparación.

ESTHER.—Bien podía buscar otra un poco más delicada... (*Acaricia al chico, como en desagravio.*) ¡Pobre inocente!

HECTOR.—¡Qué rica tipa!... ¡Bueno, che! pero, ¿y aquí se come o no se come?... Es la una y pico.

ESTHER.—Sí... Voy. Es que con este demonio una se olvida todo... (*Toma la sopera y vase por derecha.*)

HECTOR.—(*Se sienta.*) ¿Y usté, compañero, a ver si se duerme, oye?... que su mamita teine que comer... ¡Cierre esos ojitos, vamos! (*Lo acuna sobre sus rodillas, tarareando el "arorró". Cuando al fin lo ve dormido, suspende el canto y queda un instante contemplándolo. Le palpa el cráneo con curiosidad.*) ¡Qué fenómeno!... Cómo le late...

ESTHER.—(*Vuelve con la comida.*) ¿Duerme?...

HECTOR.—(*A media voz.*) Sí... Hablá bajo. Che: vení, mirá una cosa...

ESTHER.—(*Deja la fuente y acude.*) ¿Qué?
HECAOR.—Fijate aquí, qué blandito... ¡y cómo le late! Parece que tuviera el corazón en la cabeza...
ESTHER.—¡Sí todos los chicos son así, tonto! Dámelo, voy a acostarlo.
HECTOR.—(*Preocupado.*) ¡Qué fenómeno!... (*Va a lavarse las manos.*)
ESTHER.—(*Lleva el chico a la cuna, y vuelve.*) A ver si hoy nos deja comer tranquilos. (*Se sientan a la mesa e inician la comida.*)
HECTOR.—(*Después de una pausa.*) Che... Vos necesitás un libro de puericultura. Te lo voy a comprar a fin de mes.
ESTHER.—¿Un libro?... Otras cosas hacen más falta. ¿Para qué lo quiero yo?...
HECTOR.—¿Cómo para qué?... Para aprender una punta de cosas... ¿O te crees una sabia ya?
ESTHER.—(*Después de un momento.*) ¿Agricultura, dijiste?
HECAOR.—Pue: pue-ri-cul-tu-ra. Viene a ser algo por el estilo... Sólo que la agricultura enseña a cultivar los vegetales: la zanahoria, por ejemplo; y la puericultura a cultivar los chicos. Es una ciencia.
ESTHER.—Si es así, compralo. Siempre algo aprenderé.
HECTOR.—Sobre todo, no está de más documentarse en estas cuestiones. No vayamos a salir haciendo alguna barrabasada con el pibe...
ESTHER.—Voy a traer la sopa... (*Mutis por derecha, con la sopera.*)

ESCENA II

HECTOR y a poco el PAYO.

PAYO.—(*Por foro.*) Buen provecho...
HECTOR.—¡Hola, tío! Pase. Llega a tiempo...
PAYO.—¿Estás solo?
HECTOR.—Ahora viene María Esther. (*El Payo se sienta en la silla de ésta.*) ¿Qué cuenta?... ¿No anduvo por casa?
PAYO.—De allá vengo.
HECTOR.—¿No hay novedades?... ¿La vieja, los chicos?...
PAYO.—Ahí están; todos buenos. (*Vuelve María Esther con la comida.*)

ESCENA III

DICHOS y MARIA ESTHER.

ESAHER.—Tío... qué milagro tan temprano...
PAYO.—Hola, sobrina...
ESTHER.—¿Almorzó?
PAYO.—Ya; gracias. (*Se levanta para dejarle la silla.*)
ESTHER.—No, no... Está bien...
PAYO.—Valiente... Ocupe no más. Yo me acomodo por aquí. (*Se sienta al borde de la cama. María Esther y Hector continúan la comida. Hay una pausa.*)
HECTOR.—¿Y qué cuenta?...
PAYO.—Y qué querés que cuente...
HECTOR.—Lo veo medio tristón... ¿Qué le pasa?
PAYO.—Nada... Ando un poco preocupado con un negocio... ¡Pavadas! ¿Y el mocoso?
ESTHER.—A propósito, Payo... ¿a qué edad empiezan a apuntar los dientes?... ¿Usté sabe?
PAYO.—Hombre... Es una consulta... (*Uno poco perplejo.*) Yo conocí un individuo que nació con dientes...
ESTHER.—¡Qué barbaridad!...
HECTOR.—¡Sí!... Con dientes como los del perro... que parecían perlas... ¿Se acuerda, tío? (*Ríe.*)
PAYO.—¡Famoso perro!... Como Alcibíades, yo también tendré que cortarle la cola algún día.
HECAOR.—¿Un cuento, tío?... Veamos, refiéralo... Usté es el de los cuentos a la hora de comer...

PAYO.—No es cuento: es historia. Alcibíades era un general griego, célebre por sus locuras y por un hermoso perro que tenía. Llegó el hombre a tales excesos, que el pueblo pidió a gritos su cabeza. Entonces Alcibíades, que conocía el carácter novelero del pueblo, le cortó la cola a su perro para desviar de sí la atención pública. Y eso es lo que necesitamos hacer aquí: desviar la ira de tu padre, para atraer su sentimentalismo... (*Transición.*) Pero, ¿a qué venía la pregunta de los dientes; se puede saber?...

ESTHER.—Es que el nene yo no sé qué tendrá; desde ayer está un poco fastidioso...

PAYO.—Bah... Pavadas de criaturas. No hay que hacer caso.

HECTOR.—¡Cómo no hay que hacer caso!... ¡Serán pavadas para usté, que no es el padre!

PAYO.—Ya salió la paternidad a relucir... ¡Milagro!

HECTOR.—(*Que ha terminado ya de comer y se levanta.*) Usté es un rico tipo... Para usté nada tiene importancia... (*Toma la jarra del lavatorio y vase por derecha en busca de agua.*)

ESCENA IV

EL PAYO y MARIA ESTHER.

PAYO.—(*A media voz, apenas vase Héctor.*) Tengo que pedirle un favor, María Esther. A eso vengo.

ESTHER.—Cómo no... Pudiendo...

PAYO.—Sí, puede. Necesito hablar con usté a solas dos minutos. ¿A qué hora se va Héctor al empleo?

ESAHER.—Hoy no va; hacen sábado inglés... ¿No sabía?

PAYO.—¡Cuándo no me habían de jorobar los ingleses!.. Pues es necesario que lo haga salir con cualquier pretexto... ¡Pero, ya, ya!... O mejor... déjelo por mi cuenta... (*Vuelve Héctor con el agua.*)

ESCENA V

DICHOS y HECTOR.

HECTOR.—(*Al verlos en actitud confidencial.*) ¡Qué estarán tramando ustedes... (*Va a lavarse las manos.*)

PAYO.—(*Aparte, paseándose preocupado.*) Vaya una broma...

HECTOR.—¿Qué le pasa?... ¿Anda hablando solo?... (*Silencio del Payo.*) ¿Fuma? (*Ofrece.*)

PAYO.—¡Mirá!... ¡dejame de macanas!...

HECTOR.—La pucha... Le ha venido de golpe... (*Fuma él. María Esther, mientras dura el diálogo siguiente, se ocupa en sacar la mesa. Entra y sale por derecha para llevar los platos y cubiertos.*)

PAYO.—(*Después de una pausa.*) Che... ¿Vos no trabajás esta tarde?

HECTOR.—No. ¿Por?...

PAYO.—Tenés que hacerme un favor.

HECTOR.—Pudiendo...

PAYO.—Mirá... Ando completamente pato—¡cuándo no!—y el santiagueño me debe cuarenta pesos y prometió pagármelos hoy... Yo no quiero llegarme al escritorio porque lo tengo medio atravesado al socio... un alemán cabeza cuadrada...

HECAOR.—Claro... Usted tan aliado...

PAYO.—No; por otra pavada... Macanitas...

HECTOR.—¿Y me los dará a mí?

PAYO.—Ya sabe él. Vos le decís no más que te mando por "aquello".

HECTOR.—(*Toma el sombrero.*) ¿Dónde es la cosa?

PAYO.—Reconquista 777. Escritorio 7. En media hora estás de vuelta.

HECTOR.—Vamos a ver.

PAYO.—Yo te espero haciéndole compañía a María Esther.

HECTOR.—Chao... (*La besa.*)

PAYO.—Tendrás para el tranvía, supongo...

HECTOR.—Estoy pobre, pero no tanto...

PAYO.—Bueno... Vas tirando veinte de los cuarenta...

HECTOR.—Ahora sí que los traigo, entonces... ¡Chao! (*Mutis por foro. El Payo cierra la puerta tras él.*)

PAYO.—¡Pucha que lo vas a enontrar!... ¡Cómo no lo vayas a buscar a Santiago!

ESCENA VI

EL PAYO y MARIA TERESA.

PAYO.—Venga; siéntese y escúcheme. Tiene que hacerme un gran favor.

ESTHER.—(*Se sienta.*) Vamos a ver...

PAYO.—Necesito que me preste la pieza por media hora, para recibir una visita. ¿Puede? (*María Esther hesita.*) ¡Conteste, pues, bah!

ESTHER.—Yo no sé qué dirá Héctor...

PAYO.—Escúcheme, hija mía. Va a venir la madre de Héctor, ahora, dentro de un momento.

ESTHER.—¡Cómo!... ¿Aquí?

PAYO.—Sí, aquí. Y seguramente también el padre.

ESTHER.—Pero... ¿van a venir aquí?

PAYO.—Hija... ¡qué es dura de entendederas! Aquí, sí... a este miserable "bulín". Pero conviene que hasta que sea oportuno no se vean ni con Vd. ni con Héctor. Yo debo "operar" previamente.

ESTHER.—Pero... ellos saben lo del nene... ellos no ignoran que estoy yo aquí... ¿verdad?

PAYO.—Eso no el interesa a usted por ahora.

ESTHER.—Discúlpeme, Payo... pero... y que nos hemos casado... ¿saben?

PAYO.—¡Caray que necesita explicaciones!... ¡Sí, lo saben! Y por ahora bástele a usté, por su parte, saber que hoy, si Dios me ayuda, pienso dar cima a esta famosa empresa. Tengo una gran idea: ¡una idea macabra!

ESTHER.—Yo no entiendo, pero... en fin, haga usté lo que le parezca.

PAYO.—Es menester arreglar algo, María Esther. No es posible que continúen ustedes viviendo en esta miseria... Héctor forzosamente debe reconciliarse con su padre para que lo ayude en alguna forma. Este muchacho, por otra parte, sufre con el distanciamiento de su familia, aunque por pudor o amor propio lo calle ante usté. Y la madre, y los hermanos, y todos sufrimos. Y no es justo eso. ¿Usté tiene fe en mí?

ESTHER.—(*Sincera.*) Sí, Payo: tengo fe en usté. A usté le debo en parte mi redención y mi felicidad, porque, a pesar de lo que acaba de decir y de todas las miserias, y aunque me crea una egoísta, yo le confieso que soy feliz... ¡y no sé!... hay algo que me dice que también he de deberle a usté la dicha de mi nene y la de Héctor!... ¡Tengo fe en usté, Payo, como la tendría en mi padre si lo hubiese conocido!

PAYO.—Entonces, hija, déjeme hacer... (*Llaman a la puerta del foro. A media voz.*) ¡Son ellos!... Escuche: usté no me entra aquí, suceda lo que suceda, hasta que yo la llame. ¿Oye?... Usté, por un momento, está "muerta".

ESTHER.—¿Y el nene?...

PAYO.—Déjelo, lo necesito. Es único de padre "viudo"... por ahora. ¡Y nada de escuchar detrás de la puerta, eh!... ¡Cuidadito! (*Le hace salir por derecha y cierra la puerta. Luego abre la del foro.*)

ESCENA VII

DIEGO MARTINEZ, el PAYO y doña JUANA.

PAYO.—Adelante... (*Con cara de circunstancia, exagerando el tono fúnebre.*)

JUANA.—Hemos tardado un poco... Discúlpenos, Benito.

PAYO.—Hace media hora que los espero. Siéntense. En seguida vuelve Héctor. (*Se sientan; Martínez grave y tieso como siempre; el Payo al borde de la cama.*)

JUANA.—(*Que de un vistazo se hace cargo de la misérrima pobreza del cuarto.*) Pobre hijo mío!...

DIEGO.—No empecemos con ayes y suspiros, que no hemos venido a eso. (*Al Payo.*) ¿Has hablado ya con él, supongo?

PAYO.—Me pareció más oportuno que ustedes, como padres...

DIEGO.—Podías habernos ahorrado la escena del abordaje. Sabes que siempre fuí enemigo de teatralidades.

PAYO.—También yo lo soy. Y además, te repito, suponía que a tí, como padre, te sería más fácil convencerlo... Aparte de que para eso del "abordaje" te doy la alternativa... Siempre has demostrado más condiciones de pirata que yo.

DIEGO.—¡Benito! No admito chanzas ahora.

JUANA.—¡No comiencen ustedes, por Dios!

DIEGO.—... ¡y menos en este hogar santificado hoy por el dolor!

PAYO.—¿Ves?... ¡Ahí, ahí has estado bien! Esa frase te eleva un codo en mi concepto... ¡Santificado por el dolor! ¡Magnífico! Ahora estás conmigo, entonces, en que el dolor puede redimir, y depurar, y santificar...

JUANA.—La muerte todo lo borra.

PAYO.—Sí. Sobre todo las muertes "oportunas", como me dijo éste, cuando le dí la triste noticia... ¡Qué bruto!... En eso sí que estuviste mal. Esa frase merecía dos patadas... Pero cambiemos el disco.

JUANA.—Es mejor, Benito... Lo que sí yo le reprocho es que no nos haya avisado antes del entierro.

PAYO.—¿Y para qué?... Quise ahorrarles esa escena teatral, como dice éste. (*Breve pausa.*)

JUANA.—Pobre Héctor... ¡Debe sufrir mucho!

PAYO.—¡Bien breve ha sido su felicidad, desdichados!... Porque, a pesar de todo, eran felices... ¡Se querían como locos! La pobrecita era tan abnegada, tan buena, que supo convertir este triste cuartucho en un nido de aomr y de alegría... (*Una lágrima.*) ¡Le llamábamos "el bulín sonriente"!... (*Pausa.*)

JUANA.—(*Llorosa.*) Yo siempre dije que la chica no era mala...

DIEGO.—Yo jamás afirmé que lo fuera. Si en algo hice hincapié, fué en el pasado.

PAYO.—¡El pasado!... Sin embargo, Cristo perdonó a la Magdalena...

JUANA.—Esa es la verdad.

DIEGO.—Será esa la verdad; pero ni yo soy Cristo, ni son éstos sus tiempos. Y basta. No removamos el tema, que no he venido aquí a juicio para que se me acuse.

JUANA.—Nadie te acusa a tí de nada. Ha sido el destino.

PAYO.—¡Sí!... La "forza del destino", como dicen los italianos. ¡Muy cómoda la teoría! Claro... muerto el perro, se acabó la rabia... ¡y qué se le va a hacer!... ¡la "forza del destino"!

JUANA.—¡Todos debemos acusarnos un poco, todos!... (*Llorando silenciosamente.*)

PAYO.—¿Todos?... ¡Todos ustedes, querrá decir! Yo, por mi parte, no tengo nada de qué acusarme.

DIEGO.—Vamos, Juana... que no hemos venido a esto.

JUANA.—¡Pobre hijo mío!... ¡Ha tenido bien poca suerte, sí!

PAYO.—¡Y ella, qué me cuentan!... Tan joven, tan lindita, tan... tan... (*Llora.*) ¡Qué "ieta", como diría el santiagueño!

DIEGO.—Van a terminar por contagiarme... (*Se suena, para disimular su emoción.*) ¡Y no hemos venido a esto!

JUANA.—¡Las miserias que han debido sufrir!... ¡Días sin pan, tal vez!

PAYO.—¡Sin pan... y sin cigarrillos!... ¡Parte el alma!

JUANA.—¡Diego!... ¡hemos sido muy culpables! (*Lloran los tres. Diego, silenciosa y discretamente, como con pudor; el Payo, en cambio, como atacado de hipo, domina el concierto con amplias sonoridades. Al rumor de*

éste, el rorro se despierta y chilla.)

DIEGO.—(*Reaccionando.*) ¡Cómo!... ¿pero, no dijiste que el chico no estaba aquí?

PAYO.—¡Pobre inocente!... Lo trajo recién Héctor de casa de esa vecina caritativa que lo había recogido... (*Va a la cuna y toma el niño.*) Fígense qué ricura... Parece de manteca...

JUANA.—¡Angelito!... ¡bien pronto ha empezado a sufrir! (*Lo besa y acaricia, sin atreverse a tomarlo.*) Es el retrato de él... Míralo, Diego.

PAYO.—¡Qué mofletes!... Y si vieran las picardías que sabe hacer ya... (*Al chico, acercándolo a su hermano.*) ¡A ver, compadre! ¡Salude a su jefe, a su abuelito, para que le tenga lástima!... Hágale la venia... ¡Así!

JUANA.—¡Inocente! Parece que entendiera... (*De pronto.*) ¡Bonito! ¿no le nota usté un aire al abuelo?

PAYO.—¡Ajah! ¡Un aire de familia... un aire colado!

JUANA.—¡Qué rico es... qué mono!...

DIEGO.—¡Juana!... ¡que no hemos venido a esto, digo! Déjate de novelerías.

JUANA.—¡Hombre, Jesús!... Ni que fuera un criminal el pobre niño...

DIEGO.—¿Pero, dónde demonios ha ido ése, que tanto tarda?

PAYO.—Me extraña... Fué aquí a la vuelta... (*Melodramáticamente, como ahogando un sollozo.*) ¡A comprar leche para la mamadera!

JUANA.—¡Diego!... ¡eso es conmovedor! Ese solo detalle es todo un cuadro... ¡No podemos consentir este abandono! ¡Sería criminal!

DIEGO.—Pues a eso hemos venido: a no consentirlo. De manera que no exageres. Ya veremos a su tiempo qué se hace con él y con su padre.

PAYO.—(*Con sencilla emoción, acercando la criatura a su hermano.*) Diego... estamos solos... es tu nieto... ¡hermano!... ¿no lo besas siquiera?...

DIEGO.—(*Después de mirarlo un buen rato, y como venciendo un escrúpulo, lo besa, aunque sin mucho entusiasmo.*) ¿Cómo se llama?

PAYO.—Calendario...

DIEGO.—¡Pues vaya un nombre!... Alabo el gusto...

PAYO.—Confiese usté, Juana, si ante este cuadro no hubiesen preferido usté colgado casi todo el santoral al infeliz: Diego, Héctor, Juan, Benito, Mario... ¡y qué se yo!... Como si hubiesen querido incluir a toda la familia en un homenaje colectivo. Héctor quería sortear, pero a la madre se le puso que no, que éso le traería suerte...

JUANA.—(*Que ha estado entretanto en último término, sacándose los guantes.*) Démelo... (*Toma al chico.*)

DIEGO.—¿Y en qué se ocupa ese muchacho?... Porque supongo que debe hacer algo.

PAYO.—Ahora sí; recién... Está con un comisionista, pero ganando una miseria... creo que setenta pesos. Figurate los milagros... ¡Y con la enfermedad de ella!

JUANA.—(*Ofreciéndole el niño.*) Un poquito, Diego... Siquiera de lástima...

DIEGO.—Sabes que nunca me ha gustado cargar ni a mis propios hijos...

JUANA.—¡No importa! Prueba... Hazlo por mí... (*Diego vacila, y luego toma al chico en brazos, poco menos que a la fuerza.*)

PAYO.—Confiese usté, Juan, si antes este cuadro no hubiesen preferido usté y él sacrificar mil veces los prejuicios de esa moral estúpida, en un gesto de santo perdón... ¿No hubiera sido más hermoso, más cristiano, acaso?

JUANA.—(*Con un suspiro.*) Es tarde ya, por desdicha...

PAYO.—(*Amistosamente, poniéndole la mano sobre el hombro.*) La verdad, Diego... Abre tu conciencia... ¿No estás un poco arrepentido?... La moral, créeme, es relativa; sólo la bondad es a veces absoluta, porque por ella se ama, y se perdona, y se olvida... ¡Y es tan fácil ser bueno! ¡Y es tan hermoso! (*Breve pausa. Han quedado los tres pensativos.*)

DIEGO.—(*Con desagradable sorpresa.*) ¡Juana!... ¡que me arruina la ropa! (*Le alarga el chicho.*) ¡Pues vaya el presente!...

JUANA.—A ver... No es nada...

PAYO.—No: es algo... (*A Diego.*) ¡Es tu bautismo de abuelo!

ESCENA VIII

DICHOS y HECTOR.

HECTOR.—(*Desde la puerta del foro, al Payo, que es el primero en advertir su presencia.*) ¡Tío!... ¿qué es esto?

PAYO.—(*Aparte y rápidamente.*) Le estoy cortando la cola al perro... ¡A ver si metes la pata!

JUANA.—(*Corriendo hacia él para abrazarlo, cuando ya ha dejado el chico sobre la cama.*) ¡Hijo mío!...

HECTOR.—Pero, ¿qué significa esto?... ¿Qué pasa?...

PAYO.—Esto significa que tus padres te perdonan... (*Héctor y su padre, frente a frente, se miran un segundo, indecisos.*) ¡Vamos! Se acabó todo... (*Los hace abrazarse. Héctor, luego, vencido por la emoción, se deja caer sobre una silla con el rostro entre las manos.*) ¿Y ahora?... ¿qué te pasa?...

HECTOR.—Tío... déjeme... no sé, no sé lo que tengo... ¡Es la alegría!

PAYO.—¡Tremendo hombre llorando!... ¡lindo espectáculo! (*Venciendo su propio llanto.*)

JUANA.—Déjelo que se serene... Es la emoción...

HECTOR.—Yo no me esperaba esto... Ha sido una sorpresa... ¡Pero, explíquense!... ¿Por qué?... ¿Qué ha pasado?

DIEGO.—(*Dueño de sí.*) Hemos sabido la desgracia, y desde luego puedes suponer que la sentimos... a pesar de todo.

HECTOR.—¿La desgracia?... (*El Payo le hace una seña, como indicándole callar.*)

JUANA.—Es menester confortarse en la fe y resignarse al destino, hijo mío... ¡Piensa en ese inocente!

HECTOR.—¡Mamá!... Yo no entiendo... ¿qué quieren decir?... ¿de qué desgracia hablan?... (*Con repentina alarma, de pie.*) ¡Tío!... ¿y María Esther?... ¿dónde está Mara Esther?...

PAYO.—(*Tranquilo, resuelto a aguantar el chubasco ya inevitable.*) No te alarmes... María Esther está ahí... (*Por derecha. Héctor, angustiado, vase por derecha, abriendo violentamente la puerta.*)

DIEGO.—¡Benito!... ¿Qué significa esto?

JUANA.—¡Por Dios! ¡hable usted!

PAYO.—No hay por qué gritar... Esto significa...

DIEGO.—¡Ya lo sé... ¡esto significa que se han reído ustedes de nosotros indignamente! (*Toma el sombrero, violento.*) Estamos aquí demás, Juana. ¡Arréglate!

PAYO.—Diego... No te exaltes ni exageres... Aquí nadie ha pretendido reirse de tí. He querido, sólo, llegar hasta tu conciencia con una piadosa mentira... Y no ha de estar ella muy tranquila cuando el simple engaño ha bastado para despertar tus remordimientos.

DIEGO.—¡Ha sido ésta una farsa indigna y grotesca!

PAYO.—No. Lo indigno y lo grotesco sería que ahora pretendieras negar a la vida el perdón que hipócritamente, por cobardía de tu conciencia, te apresuraste a otorgar a la muerte. Ni Héctor, ni ella, ni nadie más que yo ha tenido parte en esto. ¡Sólo yo!... Y no me ha movido otro impulso que el de la piedad por ellos y por tí... (*Ante el gesto de él.*) Sí: por tí también, que la necesitas tanto como ellos, porque eres también un extraviado... Extraviado en tu propio amor de padre, porque quieres ser austero y eres injusto. (*Diego, pensativo, vencido, déjase caer sobre una silla, con la cabeza entre las manos. El Payo se acerca a él, hablándole en tono cada vez más insinuante.*) Hasta contigo mismo eres injusto... Ya ves... ¿acaso tú mismo no sufres?... ¡Y esta santa mujer a quien has privado de su hijo!... Diego:

¡es tan fácil ser bueno!

JUANA.—Perdónalos, Diego... Ella no es mala... ¡y han sufrido tanto ya!... (*El Payo, como con una idea, vase por derecha, sin llamar la atención. Hay una pausa.*)

ESCENA IX

DIEGO, JUAN, el PAYO, HECTOR y MARIA ESTHER.

(*Reaparece el Payo con María Esther y Héctor. Estos, cohibidos, se detienen junto a la puerta, pero él los hace avanzas, quedando Héctor al lado del padre y ella un poco detrás.*)

HECTOR.—(*Le toca apenas el hombro, sin atreverse a abrazarlo. Con voz casi imperceptible.*) Papá...

DIEGO.—(*Bajo, disimulando la emoción.*) ¿Y María Esther? (*Héctor la hace avanzar hasta junto a su padre, quedando él casi en segundo plano. Un instante, y Diego, como en súbito impulso, pónese de pie y abraza breve y rotundamente a ambos.*)

PAYO.—¡Vaya, hombre, al fín!... ¡Demontre que habían sido duros de pelar! (*Al chico, que recomienza a chillar.*) ¿Y usté?... ¡Déjese de llantos ahora, Calendario!

ESTHER.—(*A Héctor, que se ha adelantado a tomar al niño.*) Dámelo... ¡Pobrecito!... ¡Debe estar hambriento!

JUANA.—Héctor, ¿y la leche?

HECTOR.—¿Qué leche?...

JUANA.—¿No habías ido a comprar?

ESTHER.—Si no toma mamadera...

PAYO.—¡No! ¡Toma tetita!

TELON.

Librería EL TEATRO NACIONAL

Publicaciones teatrales que se encuentran en venta

482-TALCAHUANO-482

H	M	Actos	Titulos Autores	P o V
8	6	3	Al Campo, por Nicolás Granada. Comedia P.	$ 1.50
2	6	3	Almafuerte, por S. Medina Onsubia, C. P.	» 0.50
16	2	3	Alma gaucha, por A. Ghiraldo, Dráma P.	» 0.50
8	2	3	Arlequín el Salvaje, por D. de Lachevetiere, C. P.	» 0.50
15	5	3	Camila O'Gorman, por L. Mendoza Ortiz, D. P.	» 0.50
12	5	3	Comandante Militar, por A. Fontanella D. P.	» 0.50
5	3	3	Don Gregorio el Capataz, por A. Fontanella D. P.	
			Divorciópolis, por A. Duhau J., Cómico P.	» 0.50
6	2	3	El Arlequin, por O. M. Cione, Tragedia P.	» 0.50
8	5	3	El caballo de Bastos, por J. A. Saudias, C. P.	» 1.00
7	2	3	El crímen de la Justicia, por J. R. Sollet, D. P.	» 0.50
9	3	3	El derrumbe, por V. Martinez Cuitiño, C. D. P.	» 0.50
9	3	3	El estanque, por E. Herrera, Dráma P.	» 0.50
13	2	3	El grillete, por J. G. Castillo, Dráma P.	» 0.50
5	3	3	El león ciego, por E. Herrera, Dráma P.	» 0.50
11	5	3	El movimiento continuo, Discépolo y Rosa, C. P.	» 1.00
11	5	3	El secreto de la Vírgen, A. Fontanella, D. P.	» 0.50
11	6	4	El tango en París, por E. Garcia Velloso, D. P.	» 0.50
10	4	3	El trofeo, por N. Granada Comedia P.	» 0.50
7	3	3	Entre el hierro, por A. Discépolo, Dráma P.	» 0.50
9	8	3	El Ruido del Oro, por Carlos de Paoli, C. P.	» 0.20
6	3	4	Felicidad, por A. Remme, Dráma P.	» 0.50
5	5	3	Hacia el Triunfo, por B. D'Amato, Comedia P.	» 0.50
7	5	3	Hebe, por Cesar Viale, Comedia P.	» 0.30
13	3	3	La casa de los Batallán, A. B. Vacarezza, D. P	» 0.30
13	3	3	La chica de la fonda, por M. Buranelli, C. P.	» 0.50
6	6	3	La cruz, por A. Ghiraldo y A. Gómez, D. P.	» 1.00
10	1	3	La cruz de Lerma, por A. Fontanella, D. P.	» 0.50
9	3	3	La fortaleza, A. Fontanella y Vidal, D. P.	» 0.50
9	4	3	La fragua, por Discépolo, D. P.	» 0.50
8	3	3	La Montaña de las brujas, por S. Gardel, D. P.	» 0.50
3	4	3	La moral de mísia Paca, E. Herrera, Com. D. P.	» 0.50
8	6	3	La mujer de Ulises, por J. G Castillo, D. P.	» 0.50
6	8	3	La murmuración pasa, A. Duhau, Comedia P.	» 1.00
7	1	3	La Santa, por E. G. López, Dráma P.	» 0.50
4	8	3	La soltera, por P. E. Pico, Com. Drámtica P.	» 0.50
8	7	3	La sombra, por E. G. Velloso, Dráma P.	» 0.50

NOTA—Comunicamos que la letra D. quiere decir Dramático, la letra C. cómico y las letras P. y V. quieren decir Prosa y Verso.

LOS ALACRANES

Entre la larga falange de literatos que aspiran a entrar en el templo de la fama, figuran como nota discordante los mil y un alacranes que merodean por todos los teatros, asaltan todos los camarines, se propasan con todas las mujeres que viven de la taquilla, se entrometen en todas las redacciones, y en todas partes van dejando el rastro de su saliva venenosa.

Eunucos de las ideas, e incapaces de crear una sola línea original, convierten su lengua en daga florentina, y no tienen otra satisfacción que sembrar la cizaña en todas partes. Se creen superiores o genios incomprendidos; encuentran desastrosa la producción ajena; se ceban con el principiante que quiere triunfar con armas de buena ley, y hacen anatemía de la obra del ya sancionado por el público, y que ha logrado imponerse con constancia y talento.

En los segundos ven el enemigo del presente, y en los primeros, el del porvenir.

Cobardes y rastreros, no afrontan el peligro como hombres de temple, sino que se escudan en la sombra para clavar más certeramente el estilete a la víctima que han elegido de antemano.

De palabra fácil y convincente, logran a veces embaucar a los incautos que los escuchan, y aprovechando la ausencia de aquel que han elegido para el titeo, sacan a relucir sus defectos físicos o cualquier otro punto vulnerable, en el camarín del actor A, B o C, para convertirlo en el hazmereir de los que escuchan.

¡Fulano de tal!... Pero si fulano de tal es un pobre gato... ¿Qué se puede esperar de ese desgraciado que ni siquiera tiene título de doctor? ¡Su obra!... Pero si está plagada de falsedades y macanas... ¡Su comedia "El Remate de Campana"... Pero si es un plagio descarado de una obra española que se estrenó el año cincuenta...! y así continúan el tema poniendo de relieve faltas y defectos que sólo existen en la imaginación del detractor que, incapaz de crear, se entretiene en demoler la obra ajena.

Pero como la calumnia y la ironía tienen fácil acogida, el *detractor* ve colmado su triunfo en la mayoría de los casos. Firmas que podían llegar a cotizarse, se eclipsan para siempre. Entusiastas del arte, quiebran su pluma en un momento de rabia, para dedicarse al comercio o la ganadería, y bohemios sublimes que pudieron recoger el cetro que dejó abandonado el malogrado Florencio Sánchez, terminan sus días arrumbados en la trastienda de algún almacén.

Podría citar nombres propios entre los ases del alacranismo. Algunos se han hecho célebres por su impudicia, y viven sobre el terreno, pues todavía hay quien les lleve el apunte por temor a sus campañas insidiosas, y como ellos saben que son temidos, afilan el sable con el mayor cinismo, para ir defendiendo el miserable mendrugo a fuerza de arrastrarse.

Pero, hasta cierto punto no son ellos los culpables, sino el tonto que les lleva el apunte y se deja explotar, o aquellos que no hacen oídos de mercader cuando van con adulonerías a su lado para que escuchen sus insidiosas palabras.

Haría falta un nuevo Nazareno que empuñara con mano férrea el látigo de siete colas para echar a latigazos a esos mercaderes del templo de Talía, y puede ser que así volvieran a imponerse los valores positivos.

J. Marañón

EL TEATRO NACIONAL

Revista Semanal de Teatros

Se publica los Miércoles con una, dos o tres obras completas de éxito

Redacción y Administración: Talcahuano 482 B. Aires

EXTRACTO DE NÚMEROS PUBLICADOS HASTA LA FECHA

1. La Espina, de Carlos M. Pacheco. (Agotado).
2. La Casa de los Batallán, de Alberto B. Vaccarezza.
3. Misia Pancha la Brava, de Alberto Novión. (Agotado).
4. S. M. El Amor, de Carlos R. de Paolis.
5. La Orquidea y El Malevo don Juan, de Benjamín Riccio.
6. Luigi, de José González Castillo.
7. Los Curdas, de Florencio Sánchez.
8. Los Vividores y Registro Civil, de Nemesio Trejo.
9. Martín Fierro, de José González Castillo.
10. Sol de Invierno, de Julio Sánchez Gardel.
11. La Carcoma, de Alberto T. Weisbach.
12. La Brecha, de Benjamín Aquino.
13. Las Chicas de Cabrera, de Alberto Novión.
14. Conrado, de Camilo M[illegible]gurria.
15. Tierra Virgen y ¡Para ese pago!, de Pedro E. Pico.
16. El Payaso y El Alcalde Rojas, de Eugenio G. López.
17. El Pato Crónico, de Arturo Pedestá
18. ¡Amurado!, de Julio F. Escobar. (Agotado).
19. Los dientes del Perro, de J. G. Castillo y A. Weisbach. (Agotado).
20. Jacinta y A la vejez, viruela, de Alberto Novión.
21. La Fonda de la Estación, de Carlos M. Pacheco.
22. Nubes de paso, de César Viale.
23. El Hombre Fácil y Conferencia contra la mujer, de Julio F. Escobar.
24. El Mamboreta, de Arnaldo Barsanti. (Agotado).
25. El Buey Corneta, de Alberto Vacarezza.

26 y 27. Tierra Bajada, de José Marañón. (Agotado).

28. De Igual a Igual, de J. Marañón y F. Hostench. (Agotado).
29. La Liga Antialcohólica, de Alfredo Lagazio. (Agotado).
30. El Ultimo Gaucho, de Alberto Vacarezza.
31. El Velorio del Angelito, de Carlos R. de Paoli.
32. Zapatero a tus zapatos, de Julio F. Escobar.

33 y 34. Triste Ley y Compañía de Verano, de J. Marañón y F. Hostench.
35 y 36. ¡Lo que está bien, está bien! y Tangomanía, de Carlos Romeu.
37 y 38. La Milonga y La Coyunda, de Carlos R. de Paoli.
39 y 40. La Víbora de la Cruz, de Julio Escobar. (2.ª edición).
41 y 42. El Tajamar y Rea[illegible] de Alberto T. Weisb[illegible]
43 y 44. Cosas del Barrio y El Ladrón de Gallinas, de Alberto y Mari Rada.
45 y 46. El Barrio de los Judíos y La otra noche en los corrales, de Alberto Vaccarezza.
47 y 48. El Ruido del Oro y Zapatería la "Formalitá", de Carlos R. de Paolis.
49 y 50. Hebe y Guillermo Warten, 1.º de César Viale; 2.º de E. Gerardo López.
51 y 52. Maximalismo, de José Quesada.
53 y 54. La Telaraña y Yunta Brava de J. González Castillo.